

Los primeros pasos

Eduardo Mosches

La gente entra y sale por la puerta ancha del banco. Malhumorados algunos, apresurados otros. ¡Esto es un asalto! Fue el grito que rebotó en los oídos de los presentes, la angustia creció, las manos llenas de billetes pasaban a una bolsa de loneta clara y desaparecen por la puerta ancha. Sucede, y a veces, salen bien los ladrones, pequeña venganza social ante el latrocinio persistente de los bancos a los ciudadanos. Robos en las esquinas iluminadas de cualquier ciudad; una llave atenaza el cuello, asfixia, y en terrenos descampados fosas y cadáveres desconocidos; soldados disparan hacia civiles manifestantes, momentos de realidad convertidos en la probeta literaria, de esa búsqueda y encuentro doloroso de y con la violencia máxima que acompañó, y acompaña la vida de los humanos de nuestra Latinoamérica. Y la ficción literaria se toma de la mano en su relación con la historia, con la memoria y la violencia, sustentada en los miserables que rascan en la basura, en los niños que cargan sus panzas como globos, en las mujeres violadas, asesinadas o secuestradas para formar parte del negocio de la carne. Las pandillas armadas y tatuadas como

un ejército de la descomposición, los campesinos amenazados y asustados siembran amapola, entre la presión del narcos y el hambre que tasajea la piel propia y la de los hijos. Todo es un mundo de violencia, desde el hogar golpeador a la intimidación brutal de la corrupción de los personajes de cuello blanco, hasta la impunidad asesina de los gobernantes y los jueces que prevarican, en fin, cuesta respirar. Aunque también encontramos sonrisas y manos que se estrechan solidarias, un flujo de agua que corre entre los buenos sentimientos, ese construir papalotes-cometas que pueden flotar y avanzar en el pesado oxígeno de la vida. La literatura entreteje miradas hacia la violencia para ir formando hilados de testigos activos que son los propios lectores.



Latinoamérica entre ladrones, policías y parias

Cada cual a su juego

Atzin Nieto

En cierta ocasión salí con una enigmática mujer que después de algún tiempo de charlar sobre nuestros gustos literarios me preguntó por qué si era un gran lector de novelas policiacas no leía también las obras de los escritores latinoamericanos, a lo que le respondí que, según una definición de Jerry Palmer, que a su vez se basa en un ensayo de Kingsley Amis, hay una gran diferencia entre ser un adicto a las novelas policiacas y un lector a estas, pues la diferencia radica en que el primero lee cualquier obra de este tipo, mientras que el lector sabe discriminar. Y por ende, son raras las novelas policiacas de escritores contemporáneos que podría llegar a recomendarle, ya que por lo regular, la gran mayoría termina por ser un cliché mal escrito de algún clásico norteamericano o son escritas de tal forma que su final es predecible y terminan por ser un pastiche más del montón.

Claro que había sus excepciones y una de ellas era la del escritor brasileño Marçal Aquino, a quién leí por vez primera por allá del 2013, en una antología de cuento brasileño que publicó la editorial Cal y Arena. Le dije que tenía estilo magistral, a tal grado que, me enamoré de la forma en la que narraba esa historia de amor y otros objetos puntiagudos. Motivo suficiente para leer sin demora las traducciones de sus tres

novelas, dos de ellas policiacas, en dónde los buenos no siempre ganan y las mujeres, en el mejor de los casos tienen la última palabra.

Ella me miró como se mira la lencería que se usará en la luna de miel y agregó que estaba deseosa por escuchar mi sesudo análisis sobre la evolución de la novela policiaca, porque según para algunos sujetos resentidos con la vida, yo tenía fama de ser un mujeriego antes que ser un crítico mamón, ya que la mayoría de las veces hablo más de mujeres que de libros.

Sonreí al escuchar aquellas malas noticias de sus lindos labios, por ende, le expliqué que en mi defensa primero debíamos tomar algunas cervezas oscuras pues no me gusta hablar de novela policiaca sin algo de alcohol en las venas. Ella sugirió su departamento y yo sólo la seguí sin sospechar nada.

El simple hecho de admirar ese tumbao que sus caderas religiosamente marcaban al ritmo del piano de Chucho Valdés, me hizo desearla como si mi vida dependiera de ello. Era una mujer de quien no podía dudar, a quien no podía condenar o criticar.

Sí hay algo que me gusta más que una fémina con vestido rojo, medias de negras, tenis Converse blancos y moral dudosa es una biblioteca con



ediciones especiales de la *serie noir* de Gallimard bellamente empastados y acomodados por año de publicación. Por lo que mientras aquel ejemplar de piel clara y caderas que harían sacar al ser incivilizado que hay en cualquiera de nosotros, preparaba nuestras cervezas yo me entretenía en ese cuarto amarillo con el prólogo escrito por Marcel Duhamel, creador de la *Série Noire*, contenido en el ejemplar de *El pequeño César*, recordando con cierta nostalgia la primera vez que leí esa novela criminal publicada el mismo año que *Cosecha Roja* de Dashiell Hammett, y *El discípulo del diablo* de Shiro Hamao, quien hasta la fecha es considerado el padre de la novela negra japonesa y cuya obra apenas comienza a ser traducida al español, por lo que es poco conocida de este lado del charco.

Cuando me di cuenta, la dueña de ese paraíso literario sujetaba en cada mano un vaso de cerveza

oscura y me invitó a ponerme cómodo en un sillón de piel, con el fin de comenzar a narrarle que mi interés por conocer absolutamente todo del género me había llevado a descubrir tanto autores como novelas policiacas de países en donde se pensaría que no podría existir rastro del género policiaco, como por ejemplo, el caso de Edogawa Rampo, otro escritor japonés representante del *ero-guro* nipón y cuyo seudónimo es la traducción fonética de Edgar Allan Poe a ese idioma, o en la India, en donde incluso existe una versión bastante interesante de Sherlock Holmes, llamado Byomkesh Bakshi, creación del escritor bengalí Sarandindu Bandyopadhyay.

Antes de continuar con mi monólogo, ella se excusó para ir a la cocina y volver con una botella de vino, un par de copas y un botón de menos en su escote. Intenté concentrarme y recordar cómo inició

el género en Latinoamérica, así que le mencioné que en México la tradición por escribir novela policiaca es relativamente joven si se la compara con otros países de habla hispana, como Cuba, Chile o Argentina, país que tiene el privilegio de contar con la primer obra policiaca escrita en español en el año de 1877 —titulada *La huella del crimen*, publicada primero en forma de folletín en el diario *La Tribuna* de Buenos Aires, y posteriormente, ese mismo año aparece como libro, la novela escrita por Raul Waleis (anagrama de Luis V. Varela, jurista, político, poeta, dramaturgo y novelista argentino)—, está ambientada en el París de Victor Hugo, aunque bajo la influencia de Emile Gaboriau, de quien Varela se declara uno de sus discípulos.



Fue a mediados y finales de la década de los años treinta del siglo pasado, con las revistas *Misterio* y *Detectives y Bandidos*, las cuales se encargaban de publicar relatos policiales, cuando se dieron los primeros intentos de imitar un género que tiene su origen “de manera oficial” en Edgar Allan Poe. Hasta hace algunos años se creía que *Ensayo de un crimen*, del dramaturgo Rodolfo Usigli, era la primera novela de género policiaco escrita en México. Sin embargo, pude decirle sin temor a equivocarme que dos años antes, en 1942, un catalán llegado a estas tierras a raíz de la guerra civil española le ganó la primicia con *El crimen de la obsidiana*, novela que sigue el estilo clásico en donde se imita el esquema de la escuela inglesa, también conocida como novela de enigma, novela problema o novela de “cuarto cerrado” y protagonizada por un sabueso con pedigrí, entrenado para seguir hasta el más mínimo rastro, capaz de resolver cualquier misterio y atrapar al más inteligente asesino, con lo que se podría decir que comienza a desarrollarse el género en nuestro país.

Otro dato curioso que le dije a la mujer de escote pronunciado fue la diferencia entre género policiaco y género negro, pues, en el primero tenemos como protagonista a un detective, ya sea todo un profesional como Sherlock o un aficionado como Joseph Rouletabille, mismo que representa la razón y el cual utiliza diversos métodos para intentar resolver un crimen dentro de un cuarto cerrado con el único fin de reestablecer el orden. Aquí podemos encontrar a diversos exponentes que van desde Poe con su C. Dupin hasta Matsumoto con el subinspector Mihara de la Policía Metropolitana de Tokio, mientras que en el género negro, que surgió durante la Ley Seca en los Estados Unidos, los detectives no representan precisamente la justicia o intentan resolver el crimen; es más, a veces ni siquiera existe un crimen, como en las novelas de Goodis. Lo curioso sucede en

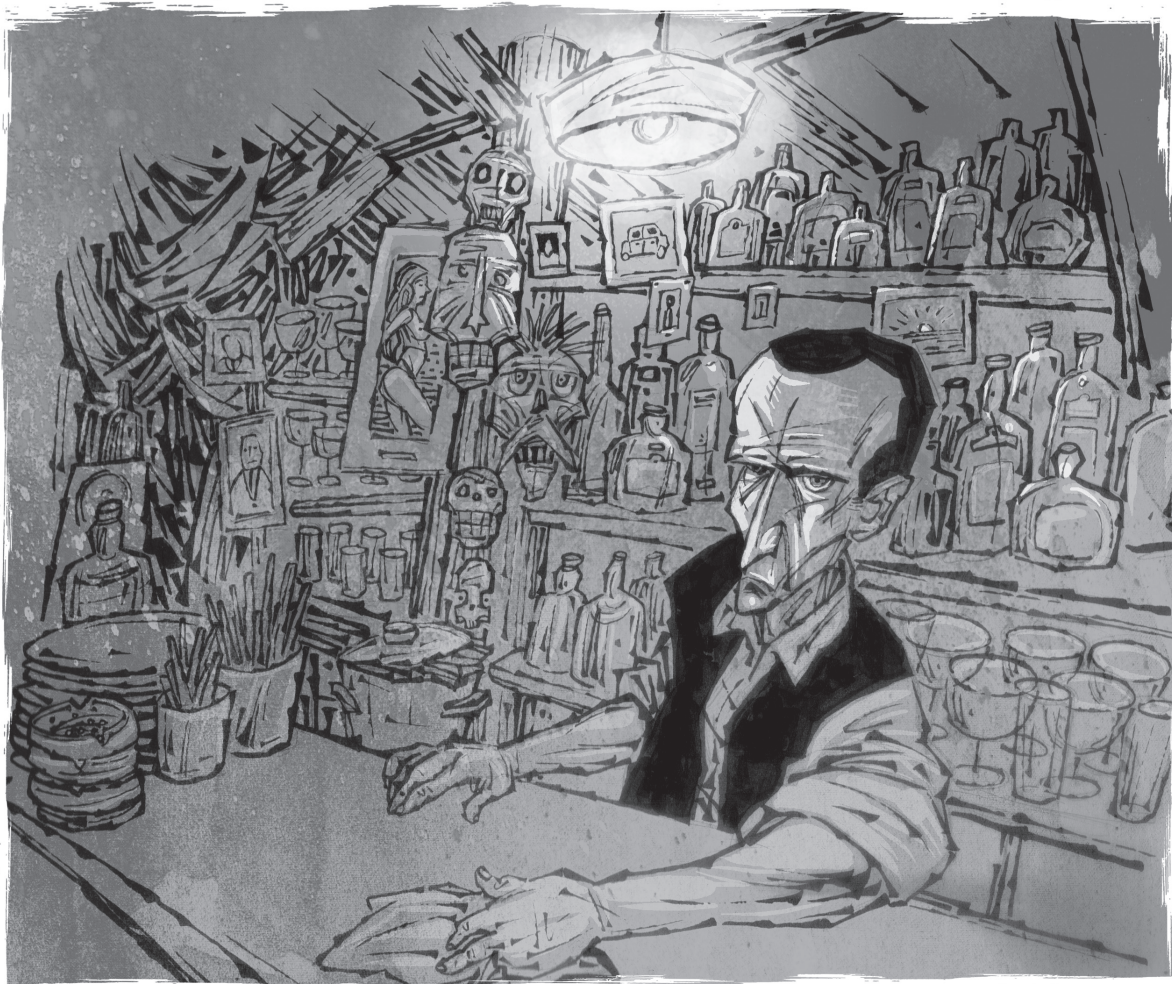
Latinoamérica en donde el género se ha convertido en un híbrido de ambas corrientes.

Por último, le mencioné una pequeña lista de algunas autoras latinoamericanas que sin lugar a equivocarme podría recomendarle, nombres como Ivonne Reyes Chiquete, Nylsa Martínez, Norma Yamille Cuéllar, Mercedes Rosende, Iris García Cuevas y Rebeca Murga, que son autoras de un calibre brutal y que pronto darían mucho de qué hablar, sobre todo porque algunos de sus mejores cuentos saldrían publicados en el nuevo número de la revista *Blanco Móvil* dedicado al género policiaco.

Para concluir le dije que esperaba no haberla aburrido con todo este debraye sobre el *noir* y el policiaco, y que me perdonara, pues para mí el

término de “neopolicial” es algo obsoleto debido a la gran producción de obras policiacas, que, de alguna u otra forma, rebasan los estandartes de lo que podría ser considerado o no como “neopoliciaco”. Y aunque me consideraba un fiel lector de novelas policiacas también lo era de la belleza femenina. Así que a cada cual lo suyo. Ella cruzó los pies a la altura de los tobillos y miró sus esculturales piernas rosadas. Yo también las miré y de un golpe terminé mi cerveza.

La noche apenas comenzaba y acepté besarla y fue agradable porque quizá después de todo no la volvería a ver, así que no pasó mucho tiempo para que me modelara la mejor lencería que unos ojos acostumbrados a leer novelas de misterio serían capaces de poder disfrutar.



Nariz de botella

Imanol Caneyada*

Llegaron en una camioneta con las mandíbulas trabadas, el frío en los huesos y la mirada queriendo abarcar el amanecer. El sol despuntaba tras los cerros que bordean la ensenada. El azul de la bahía aún no dejaba atrás las últimas olas grises del alba. La música reventaba las bocinas de la camioneta, se desparramó por la playa y acalló el escándalo de gaviotas y albatros. Se trataba de un himno a la muerte. Una celebración del poder de la sangre derramada de los enemigos, y la certeza de que la propia pronto empaparía la tierra. Raymundo apenas desvió los ojos de la red que envolvía sus piernas. La reparaba con una aguja gigante, del tamaño de su dedo anular. Se esmeraba en crear un rectángulo simétrico con el hilo de cáñamo para mantener la integridad estructural

de la red. No les prestó atención. Llegaron como un escalofrío que sacudió la orilla: sudaban alcohol y furia. Descendieron de la camioneta como si el pedazo de arena que pisaban les perteneciera, incluido cada ser vivo que se atreviera a respirar en él. Caminaron hacia Raymundo escupiendo esa saliva seca que deja la coca cuando gotea de las fosas nasales a la garganta. Antes de llegar a la arena se evaporaba. Se detuvieron a unos tres metros del hombre, sentado sobre una cubeta de plástico, de perfil a la brisa, los ojos cuadriculados, la espalda vencida por la soledad de la bahía. Raymundo apenas hizo un gesto de repulsión cuando el bombo, los platillos, la tuba y la tambora de la banda estallaron como interludio de dos estrofas que una voz nasal y obesa reproducía, allá en la camioneta, abierta de puertas, mostrando impúdica

* San Sebastián, España, 1968. Narrador y periodista vasco pero mexicano por adopción, radica desde hace 30 años en México, país del que ha adoptado la nacionalidad y en el que ha desarrollado su trabajo periodístico y literario. Ha publicado los libros de cuentos *La nariz roja de Stalin* (Premio Nacional de Cuento Efrén Hernández 2011), *La ciudad antes del alba* (Premio Regional de Cuento Ciudad La Paz 2009), *Los confines de la arena* (Premio nacional de Cuento Gerardo Cornejo 2008) e *Historias de la gaya ciencia ficción*; y las novelas *Un camello en el ojo de la aguja*, *Espectáculo para avestruces*, *Tardará un rato en morir* (Premio Concurso del Libro Sonorense 2008), *Las paredes desnudas*, *Hotel de arraigo* (Premio Nacional de Literatura José Fuentes Mares para Obra Publicada 2015), *La fiesta de los niños desnudos y 49 cruces blancas*. Cuentos de su autoría han sido incluidos en antologías nacionales e internacionales.

las cuerno de chivo sobre los asientos. Habló uno de ellos, el más viejo, como si hacerlo le significara una renuncia al odio.

—¿Tú eres Raymundo el pescador, a la verga?

—El mismo —y Raymundo hizo una pausa llena de reticencias—, señor.

El albañil, el mecánico, el dentista, el abogado, el médico, el alcalde, el policía, el maestro, sus mujeres, sus hijos y sus hijas pronunciábamos las dos palabras con una inflexión en la voz que encerraba todo el respeto, todo el terror, todo el asombro, todo el amor y todo el odio que nuestro ser era capaz de ofrecer: el señor. Era un golpe de aire poderoso que llenaba el artículo, se desinflaba apenas en la primera sílaba del sustantivo para terminar en un susurro cuando llegaba a la segunda sílaba. No iba acompañado del nombre y el apellido. Era autosuficiente, poderoso en su soledad



y se explicaba a sí mismo. Porque no nombraba a una persona sino a una idea. Una idea brutal, escalofriante, viral, tranquilizadora e inquietante. Una enfermedad que padecíamos y amábamos irremediamente. Era el dueño de nuestra existencia. Respirábamos, comíamos, nos divertíamos o nos encerrábamos en nuestras casas gracias a él: el señor.

Raymundo tenía una cabaña sobre un pedazo de playa, una panga y una red camaronera. Raymundo conocía el golfo como si las mareas, corrientes, vientos y marejadas emanaran de su cuerpo magro, curtido, silente, y le hablaran en un lenguaje simple pero ineludible. A Raymundo lo queríamos como se le quiere al mar. En sus ojos había esa apacible inmensidad que esconde las peores tormentas. Nunca le hizo daño a nadie, nunca nadie se metió con él. Vivía en ese pedazo de playa como si la marea lo hubiera arrojado ahí mucho tiempo atrás.

Pero cuando el señor tocó a su puerta, no se atrevió decirle que no. Nadie lo hacía.

En un pueblo como ése las noticias saltan de boca en boca como salmones contracorriente. Brillantes, empapadas de aburrimento, recorren las calles, se meten en las casas, las cantinas, sacuden la plaza y se desvanecen. Pero esa noticia tuvo un efecto sobre nuestro ánimo que ninguna otra había tenido antes. Sentimos como el último y diminuto rincón de nuestra dignidad se oscurecía.

El viejo Raymundo se haría a la mar aquella noche con la gente del señor para recoger un cargamento. Raymundo era mortal. No, no, Raymundo le temía a la muerte como cualquiera de nosotros.

El señor necesitaba un navegante a la antigua usanza, capaz de seguir las estrellas, de surcar las aguas del golfo sin más luz que la luz de la luna.

Ese día Raymundo se acercó al pueblo con las hieleras rebosantes de camarón. La herrumbrosa pick up, corroída por el salitre, iba dejando su rastro



de humo negro por las calles. Nos asomamos a las ventanas de las casas para verlo pasar. Desde que el señor era el señor, nos asomábamos mucho a las ventanas pero salíamos poco. Lo vimos pasar y la inmensa tristeza que lo acompañaba parecía una nube espesa que impregnaba el pueblo. Conocíamos muy bien ese halo. Era el mismo que envolvía a las muchachas que el señor tocaba, a los padres cuyos hijos eran reclutados por el señor, a las viudas cuyos maridos habían trabajado para el señor. Era la luz mortecina que despedía nuestro orgullo quebrado.

Lo vimos pasar, adusto como siempre, pero en sus ojos ya no había vestigios de esa fuerza contenida que el mar le contagiaba. Vendió el camarón a quienes habitualmente se lo comprábamos, y todos sentimos que aquello era una despedida. Regresó a su parcela de playa y ya no preparó los aperos de pesca, no revisó el motor de su panga, no puso el café colado en las brasas, no calentó los burritos de frijol en el anafre. Se sentó a la orilla y contempló el horizonte con tal empecinamiento que su mirada se llenó de lejanía. Dejó de ser el hombre que había llegado de alguna parte.

Raymundo no aceptó aquel trabajo por dinero. Tampoco, como creímos al principio, por miedo a morir. Tuvieron que pasar algunos días para que el rumor se confirmara y adquiriera un rostro. Rosario, una niña de ocho años, era hija de nuestra puta oficial, la de siempre, la que había acogido a los hombres del pueblo antes de que el señor fuera el señor y las muchachas del pueblo mercancía prostibularia. A Asunción, la Negra, mujer de oficio reposado, le bastó un par de horas con Raymundo para saber que era el indicado. No se enamoró del pescador porque las mujeres como la Negra no se enamoran. Sólo quería tener un hijo. Y lo tuvo, una niña, con el semen de Raymundo. El pescador no supo de su existencia hasta que Rosario cumplió tres años. La Negra, por ese entonces, estuvo al borde de la muerte a causa de un dengue hemorrágico. Aterrada porque Rosario quedara huérfana, le confesó a Raymundo su paternidad. La Negra sanó, nadie supimos cómo, y se arrepintió de su indiscreción. De todas formas, el pescador comenzó a visitar a Rosario de vez en cuando, a llevarle regalos y dinero a su madre. Nada cambió gran cosa, la niña era hija de la Negra y de un

padre desconocido que podíamos ser todos nosotros o ninguno. Algunas lenguas nombraron a Raymundo, algunos dedos lo señalaron, pero era tan difícil pensar en el pescador como un padre, y antes como un hombre desnudo gozando de la Negra, vertiéndose en ella, preñándola.

El señor sólo tuvo que mandar traer a la prostituta y preguntar.

Los hombres del señor sacaron a pasear a la Negra por las calles del pueblo. Sentada en la caja de una pick up, con Rosario en su regazo, parecía una virgen en una procesión. Todos la vimos porque el señor deseaba que todos la viéramos. La Negra iba seria, digna, una puta regia con su hija en brazos y la mirada desafiante. La exhibieron durante casi una hora. Nos la mostraron para que quedara claro lo que todos ya sabíamos: éramos vasallos. Siempre había forma de domar a una fiera. Fuimos atando cabos. Esa noche Raymundo se haría a la mar con la gente del señor. La Negra y Rosario eran la garantía.

La Negra, en su momento, negoció con el señor para que la dejara ejercer su oficio en paz. El abarrotero, el carnicero, el ferretero, el médico, el dueño del hotel y el del restaurante, todos negociamos con el señor. Una vez al mes pasaban los hombres del señor a recoger la parte que salvaguardaba nuestras vidas. Luego quiso a nuestras mujeres y nuestras hijas y se las dimos. Quiso a nuestros hijos y se los dimos. Hubo quien dijo no y murió rogando por su vida y la de su mujer y sus hijos. El orgullo le sirvió de poco. El señor podía comprar lo que quisiera: policías, jueces, alcaldes. Al principio lo admiramos por ello. Incluso fuimos a sus fiestas. Incluso bailamos su música. Incluso comimos su comida. Incluso aceptamos su dinero. Ingenuos, pensamos que no era más que un chaval del pueblo que siempre había demostrado arrestos.

Raymundo observaba todo aquello desde su pedazo de playa sin involucrarse. Su austeridad, su estoicismo

salino parecían inmunizarlo contra los encantos del señor. El señor llegó a decir que Raymundo era el único hombre que quedaba en el pueblo. Podíamos detectar cierta admiración en ello. Por eso también nosotros lo admirábamos.

Por eso, cuando supimos que Raymundo se haría a la mar con los hombres del señor, sentimos que ya no nos quedaba nada, ni siquiera la lástima por nosotros mismos.

Noche sin luna, de mar calmo y cielo estrellado; una noche para tumbarse en la arena y contemplar la bóveda celeste, sentirse nada, llorar por nuestros muertos y nuestros vivos. Vimos partir del muelle dos lanchas rápidas, una detrás de otra. La primera la pilotaba Raymundo. La segunda, el mejor marinero del señor. El señor no iba con ellos. El señor aguardaba en su casa, una villa desmesurada que dominaba la bahía, mientras la Negra y Rosario dormían en el cuarto de huéspedes del señor.

El viejo pescador surcaba las aguas oscuras y densas sin ese gozo que le acometía cuando se hacía a la mar. Sentía hervir su sangre y los testículos le punzaban en el escroto. Pensó en su vida, en el constante silencio que había sido su vida, en las pocas palabras que había pronunciado. Pensó en la muerte y le pareció una ensenada solitaria perdida en alguna parte. Al fondo de la embarcación, los hombres del señor charlaban para acallar las voces que surgían de las profundidades. El miedo los volvía locuaces e intrascendentes. Sólo las armas a las que se abrazaban parecían tener algún significado.

Raymundo tomó atajos por donde la mayoría de la gente sólo veíamos agua, una infinidad salobre idéntica a sí misma. Esquivó áreas pobladas de flotas pesqueras y guardacostas hasta llegar al mero centro del golfo. Allí les esperaba flotando un paquete de cien kilos, envuelto en una bolsa de plástico fosforescente. Una avioneta, unas horas antes, lo había dejado caer

en esas coordenadas. Lo divisaron media milla antes, el verde brillaba contra la noche como si las entrañas del mar hubieran dejado escapar un lamento.

Cuando se aproximaron, no le hallaron forma al bulto negro que se sacudía a un costado del paquete. Raymundo supo antes que los demás que se trataba de un delfín. Atraído por la luminiscencia, se había enredado en el plástico que cubría el paquete y luchaba por liberarse. Su forcejeo volvía difícil estibar el paquete. Uno de los hombres del señor estuvo a punto de pegarle un balazo. Raymundo le explicó que el sonido del disparo, en altamar y de noche, se escucharía a millas de distancia. El pescador tomó el gancho de abordaje, se ubicó en la proa y le propinó al delfín un par de golpes en la cabeza con la intención de aturdirlo y poder liberarlo. Se dispuso a rasgar el plástico para que el animal huyera pero la orden de uno de los hombres del señor lo paralizó.

—Eit, quieto ahí, éste se viene con nosotros.

El hombre sacó un cuchillo del cinturón, ordenó a Raymundo que se desplazara a la popa, tomó su

lugar y comenzó a acuchillar al delfín. Las risas de los hombres de la otra embarcación se mezclaban con los gritos agudos que emitía el animal, retorciéndose en un mar de sangre. Raymundo supo que llamaba a los de su especie, un inútil reclamo de auxilio. Por fin dejó de moverse. Una marea roja lamía el casco de la embarcación.

Raymundo se hizo del timón e inició el regreso. Los hombres de la otra lancha habían cargado el paquete; en la del pescador iba el cuerpo del delfín tasajeado, un bulto negro que apenas se distinguía en la noche. El hombre del cuchillo parecía pasmado ante un cadáver que conservaba esa irónica expresión de los delfines. Su acompañante le propinaba al animal suaves patadas en el lomo para asegurarse de que estaba muerto. Raymundo buscaba el rumbo guiado por las estrellas y evitaba mirar al cetáceo. Los hombres del señor, a diferencia de la ida, ahora callaban, como si cualquier palabra fuera un exceso.

Apenas fue una aleta y un lomo escurridizo que brilló un instante bajo la luminiscencia de la bóveda



celeste. Raymundo se percató de su presencia, aunque no estuvo seguro hasta que una segunda aleta se sumó a la primera. Minutos después, el pescador pudo contar media docena de delfines que rodeaba la embarcación, emulando su velocidad, sombras obstinadas que cabalgaban las olas. No habían recorrido ni media milla cuando la escolta se había convertido en una docena de flechas negras que intentaban frenar la marcha de la embarcación. Cuatro nadaban en la proa, cruzándose delante de la quilla, a riesgo de ser atropellados por el casco. Dos a estribor y dos más a babor, cada vez más cerca de la lancha. Los cuatro delfines restantes seguían la estela que dejaba el motor. En cada salto que daban para no perder el paso, Raymundo sentía cómo los diminutos ojos de los cetáceos se le clavaban en la espalda.

—¿Qué vergas está pasando?

Raymundo se encogió de hombros.

—¡Acelérale a la verga!

—No puedo, no me dejan, podría lastimarlos.

—Me importa madres, acelérale.

En el momento en que Raymundo quiso multiplicar los nudos, los delfines, tal vez todos al mismo tiempo, tal vez de forma escalonada, comenzaron a emitir un canto dócil y apenas audible, una súplica. El pescador dejó la mano en el acelerador incapaz de accionarlo. El canto fue subiendo de volumen. Brotaba de la garganta de los delfines cada vez con más fuerza, tristísimo, tan bello como un volcán en erupción. La pesadumbre fue envolviendo a Raymundo hasta que las lágrimas le quemaron los ojos y empaparon su lengua. Bebió de su propio llanto para tratar de calmar la sed que aquella melodía telúrica le provocaba. Llegó un momento en que la aflicción se le hizo insoportable. Los hombres del señor, que habían convertido el mar y el desierto en una fosa común, amorosos sepultureros, carniceros orgullosos de su oficio, contemplaban boquiabiertos el coro de delfines, desamparados, a la espera de que el pescador hiciera algo, lo que fuera para silenciarlo,

dejarlo atrás. Uno de ellos, no el del cuchillo, el otro, se tapó los oídos con las manos y comenzó a gritar:

—¡Cállalos a la verga, cállalos de una pinche vez!

Entonces Raymundo habló fuerte y su voz surgió aciaga pero incontestable.

—No nos van a dejar hasta que no devolvamos el delfín al mar.

El pescador soltó el timón. La lancha dio una bandada al saberse liberada. Los hombres del señor fueron zarandeados por la sacudida y rodaron por la cubierta. Raymundo llegó hasta el animal y lo cargó en sus brazos. En el momento en que iba a echarlo por la borda, no pudo contener el impulso y se lanzó al mar abrazado al delfín, empapado en su sangre. La lancha siguió una trayectoria curva hacia babor durante casi un cuarto de milla. Por fin, uno de los hombres del señor tomó el control. La otra embarcación aceleró su marcha; los tripulantes pensaron que algo sucedía en la lancha que les precedía y pasaron de largo sin avistar a Raymundo, aferrado al delfín como si fuera un flotador.

El pescador alcanzó a divisar que ambos botes se detenían un instante. Le pareció que los tripulantes intercambiaban información de cubierta a cubierta. Unos minutos después, aliviado, comprobó que retomaban el rumbo a la costa, dejándolo naufrago en altamar, sostenido en el cadáver del cetáceo. Sus congéneres habían cesado en la persecución de los botes y ahora rodeaban a Raymundo. Ya no cantaban, alternaban gemidos con silbidos, mugidos y trinos, como si estuvieran haciéndose una imagen sonora del hombre. Uno de ellos comenzó a golpear suavemente al pescador con su nariz de botella. Los demás lo estrecharon en un círculo que chapoteaba a su alrededor. La tristeza de Raymundo cedió a una especie de melancolía apacible y después, poco a poco, a una alegría pagana.

Este juego perverso

Norma Yamille Cuéllar*

Rápidamente

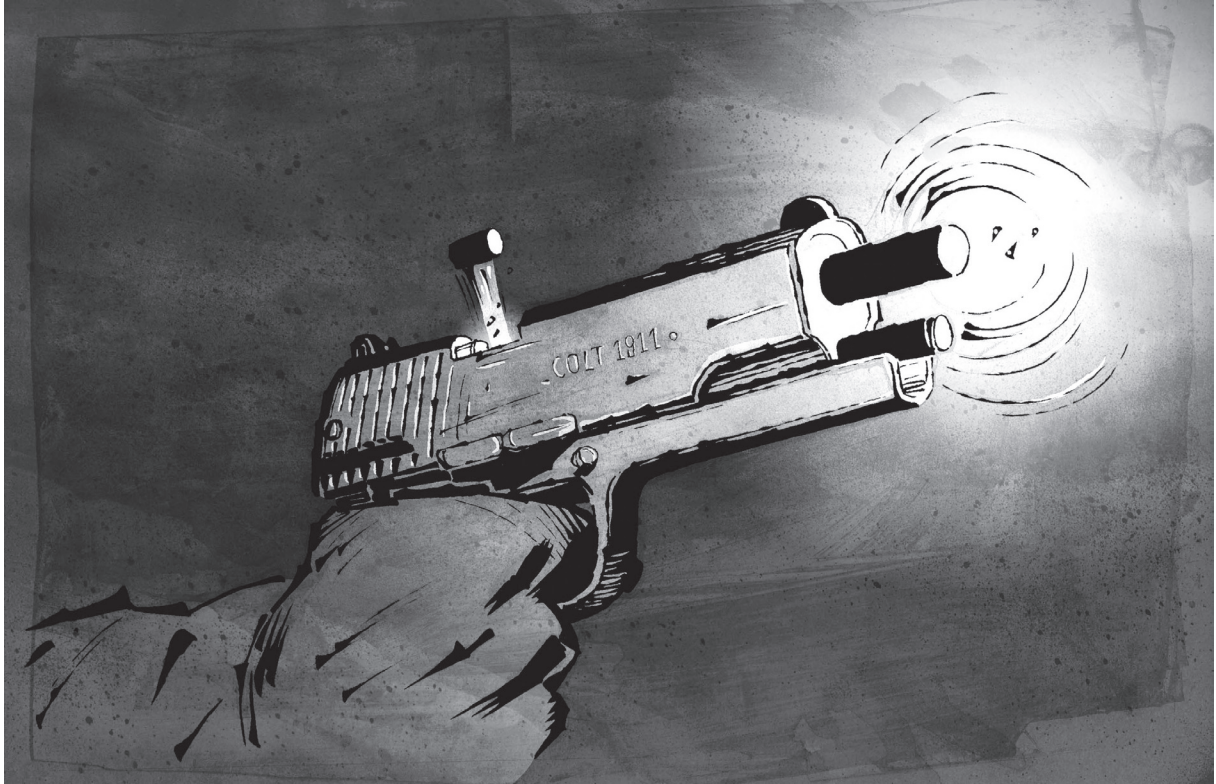
atardece. Una mujer joven maneja por las calles de un perfectamente maldito pueblo texano donde la diversión popular es ver fútbol americano en cantinas y jugar billar entre alcohol y pretzels. O entre anuncios fosforescentes de cerveza bailar country junto a la bola de autómatas. La joven surte la despensa en un mercado. Unas señoras la acosan con la mirada, ya está acostumbrada. Ella entra a su departamento beige, el cual parece estar construido de silencio tenso en comparación con los otros, con televisores escupiendo deportes o novelas. Toma un baño de tina, bebe whisky. Después de untarse cremas y lociones se envuelve en una bata de raso color coral, inunda su hogar con velas, inciensos. Viste de playera y jeans para salir. Más tarde llega a un cabaret, lejos de lo popular: en los rincones hay parejas imposibles devorándose, putas bajo las mesas chupando a quien

muestre billete, tragafuegos. Irina se maquilla en su camerino privado, aplica brillo en su piel, se prepara: hoy será una sensual colegiala. Más whisky. Es hora de ser de nuevo la majestad del Blue Bar, de mirar cómo la miran ojos babeantes de lujuria, de adivinar el dinero palpitante en los bolsillos. Se desliza en el tubo con gracia, en total control del cuerpo. En la mesa más cercana a la pista, la más costosa, un joven moreno con rasgos orientales observa una fotografía, luego voltea hacia la bailarina, varias veces. Ella le sonríe, le dedica su última rutina, donde se derrama champaña en las tetas. Después de cerrar su camerino, de nuevo en playera y jeans, ella maneja hacia su depa. Enciende cirios e inciensos, bebe ginebra.

—¿Diga? —grita, al escuchar que tocan su puerta. No hay respuesta. Tocan de nuevo. Abre la puerta: es el oriental.

—¿Sí? —Irina trae la botella de alcohol en la mano derecha.

* Publicó en 2010 la novela *Historias del Séptimo Sello* (Fondo Editorial Tierra Adentro). Este libro formó parte de la materia Ciencia Ficción Hispanoamericana, impartida por el Dr. David Dalton, en Pittsburg State University (Estados Unidos). En 2015 publicó la novela *Quizás, Quizás, Quizás*, donde mezcla temas políticos e intrigas sexuales. Ha aparecido en antologías como *México Noir* y *LatiNoir* (ambas de Nitro Press) y Editorial Artificios publicó *La Casa de Plutón*, en 2017, en su colección editorial En la Mira.



—Buenas noches, vine a hacerle unas preguntas... ¿me permite? —él muestra una placa de policía.

—¿Preguntas? OK... —ella lo deja pasar, mirándolo de arriba a abajo; entra al cuarto de baño, entrecerrando la puerta—. Siéntese, ¿gusta algo de tomar? A lado de la tele hay una mesita con botellas.

—Gracias —el joven toma asiento— pero no vine a socializar, estoy haciendo una investigación... ¿Cuánto tiempo lleva usted viviendo aquí?

—¿Investigación? Sobre bailarinas, de seguro. Quiere saber si soy prostituta... Usted es reportero, ¿verdad? —la joven mujer sale del baño, de nuevo en su exquisita bata, que juega con los reflejos de luz.

—Ya le mostré mi identificación policial. Estoy buscando a esta mujer —dice él, mostrando la imagen que tanto miraba en el centro nocturno. La bailarina observa la fotografía: es un retrato de alguien muy parecida a ella, detrás viene la dirección del Blue Bar. Prende el estéreo, suena *Wicked Game*, de Chris Isaak.

*The world was on fire
no one could save me but you
it's strange what desire will make foolish people do
I never dreamed that I'd meet somebody like you...*

—Mmm... no, no sé quién es. Debería preguntarles a mis compañeras de mi trabajo —la joven se acomoda en un sillón a lado de las botellas, sirve whisky en un par de vasos, cada uno con hielo de recipientes diferentes.

—Mire, me dijeron que esta persona casualmente muy parecida a usted cometió delitos muy graves —la voz masculina baja de volumen, como tratando de hacer un pacto—: cuénteme todo, yo le puedo conseguir un buen abogado, ayúdese ayud...

—Lo haría, poli, si pudiera —él es interrumpido—: usted se ve muy profesional, me gusta.

—A mí usted no me engaña, las dos son idénticas...

—¿Sabe qué, poli? Mis fans me encuentran parecida a tantas mujeres: Sophia Loren, Juliette Binoche, Audrey Hepburn...

—Palabras muy elevadas para u... —el oficial no termina la frase; da un trago largo a su bebida, apenado.

—¿Para una cabaretera?

—Perdón, yo...

—Nada, nada. Por las tardes estudio Administración. Créame, el baile no es un negocio para siem...

—Mire —es interrumpida por el joven oriental, quien pasa las manos abiertas por su cabello—: no me gusta batallar. Recibí órdenes de encontrar a esta mujer idéntica a usted, y los datos del congal donde usted “trabaja”... ¡confiese ya! —el policía, alterado, se pone de pie.

Silencio. La bailarina, asustada, se dirige a su cocineta. Busca algo en el congelador.

—Ya deberías saber cómo le hacemos los polis para sacar información —el oficial, detrás de ella, vacía su aliento en la nuca femenina, sube la bata con una mano; con la otra se desabrocha cinto y pantalón— los métodos siempre son los mismos...

él desmaya ella arrastra al joven hasta una cama lo acuesta tendida a su lado lo desviste lo acaricia lo besa lo huele durante horas

Día siguiente

El despertador suena a las ocho de la mañana en la habitación del joven oriental. Él, desnudo en su cama, abre los ojos. Su modesta casa queda al sur del pueblo: tiene el tiempo exacto para llegar en su auto a la estación de policía. Camina hacia su cubículo. Almazán, su jefe, le entrega la fotografía de una sospechosa de asesinato, le ordena buscarla; el oficial promete encargarse del caso esa misma noche. Le asignan otras tareas: organizar archivos, contestar teléfonos. A la hora de la comida regresa a

su hogar. En su refrigerador hay pizzas para calentar en microondas. Mira la tele a volumen alto mientras come. Hay chocolates por todo el lugar. Él siente comezón en el torso, una molesta erupción. Viste de manga larga, a pesar del calor.

Irina, en una estética, pide manicure y pedicure, tratamientos. Camino a su departamento sonríe forzosamente a niños vecinos. Bebe cerveza. Entre la ausencia de ruido escucha sus propios latidos. Coloca velas e incienso, duerme un poco antes de salir. En el Blue Bar, de nuevo untarse brillo en la piel, disfrazarse —esta vez de granjera—, beber, sentirse deseada. El oriental en la mesa VIP viendo una imagen, luego volteando hacia ella. La bailarina sonríe, dedicándole su acto final. Después ella maneja hacia su depa, enciende los cirios y las varitas, sigue bebiendo.

—¿Diga? —grita, al escuchar que tocan su puerta. No responden. Tocan otra vez. Irina abre la puerta, vistiendo sólo bata.



—Este... discúlpeme por haberla seguido pero... —el oriental saca su identificación del trabajo— vengo a hacerle unas preguntas.

La joven mujer lo deja pasar, mostrándole dónde sentarse. Sirve whisky en dos vasos con hielo, le da uno al joven.

—Unas preguntas... nunca habían tratado de conocerme así, con uniforme, placa falsa y todo... —ella, divertida, se recuesta en un sillón.

—Soy policía, señor... ita. No vine a seducirla, estoy buscando a esta mujer —muestra la fotografía—. De pura casualidad, es igualita a usted.

—Mejor dígame que trabaja en un programa de esos donde reúnen familiares distanciados... —ella enciende un cigarro.

—Ya se divirtió lo suficiente, ¿no?

—Que ella es mi hermana gemela que nunca conocí, y como tiene mucho dinero, me va a sacar del baile para siempre...

—¡No estoy jugando! Secuestro, corrupción, asesinato...

—Ja, de todos los hombres que me han seguido hasta acá, usted se gana el premio al más original... ¿a qué hora me pone las esposas?

—Irina... ¿cuál es su verdadero nombre? Mire, entréguese, ¿qué le cuesta? Ya la pescamos, cuénteme cómo estuvo, le prometo un trato justo...

—¿Un qué!? Yo no soy ésa. Sí nos parecemos, pero de ahí a... mi vida es muy aburrida. Estudié en las tardes, bailo por las noches, apenas saco para vivir —la bailarina oprime PLAY en el control remoto de su estéreo, que reproduce la canción *Wicked Game*—. Este aparato lo compré a plazos en la tiendita de don Pepe.

*What a wicked game to play
to make me feel this way
what a wicked thing to do
to let me dream of you
what a wicked thing to say
you never felt this way...*

—Me conmueves... pero ahorita vengo porque tú eres la de la foto y atrás viene la dirección del putero donde “trabajas”. ¿Por qué no confiesas de una vez, con una chingada!? —el oficial camina de un lado a otro, perdiendo la paciencia.

—Lamento su pérdida de tiempo, de veras —la joven cruza las piernas, dejando ver buena parte de éstas—. ¿Cree que fue una buena compra, el estéreo? De repente él saca una pistola con la mano izquierda, con la derecha se desabrocha el pantalón, se acerca a Irina, le abre las piernas, arremete hasta el fondo.

—Soy más listo que tú, putita... vas a contarme todo, aunque sea p... —el joven oriental se desploma.

ella lo arrastra hacia una cama con columnas de caoba en las esquinas con gasas blancas colgando ella lo desviste lo mimó lo observa tiernamente hasta amanecer

Día siguiente

Él despierta en su hogar con el sonido de una alarma, ocho de la mañana en punto. Rasca sus brazos con furia, el salpullido y el calor le resultan insoportables. Antes de llegar al trabajo llega a una farmacia para comprar alguna crema; advierte a los dependientes mirándose entre sí, piensa que sus manchas del cuello provocan asco. En su auto viste un suéter con cuello de tortuga. Al llegar a su cubículo, su jefe le pide buscar a la mujer de una foto. El policía es asignado para acomodar carpetas, interrogar a algún detenido. Camino a casa en hora de descanso pasa a lado de una feria itinerante, mira un letrero que reza Doña Sara Lectura de Manos. Él baja del auto, camina hacia la folclórica señora que de lejos le sonrío, quien al ver las manos del cliente se disculpa porque ya debe cerrar su local. Él se marcha; en casa abundan jarrones con rosas rojas. Calienta carne y pasta del refrigerador, enciende la

TV y un radio. Come. Repentinamente pateo y rompo cosas hasta quedar exhausto.

Irina sale llorando de un salón de belleza, no la quieren atender: las pueblerinas la odian. No, no está acostumbrada. Antes de ir a trabajar, en su departamento, intenta preparar un lonche, lo deja a medias. Intenta lavar platos: sus finos dedos son plomo, su columna vertebral se derrumba, ella se parte en el suelo. El silencio transpirado por cada objeto la devora lentamente.

El policía se dirige al Blue Bar al anochecer. Irina, con atuendo de dominatriz, pasa un látigo entre sus piernas. Ella sonríe al policía sentado en la mesa VIP, con una fotografía en su mesa. De vuelta en su depa, la joven en bata enciende velas e incienso, toma cerveza. Tocan su puerta.

—¿Quién? —pregunta ella al abrir la puerta: es el joven oriental.

—Buenas noches... —dice él, mostrando su placa— disculpe la molestia tan tarde, pero no la pude alcanzar en el Blue Bar...

—No hay problema —dice la bailarina—: Pase, siéntese, le voy a servir algo de tomar.

—No he venido para hacer amigos... —el joven toma asiento— estoy aquí porque... Irina... ya se le acabó la diversión.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué? —la joven, semiacostada en un sillón, da al oficial un vaso con whisky en las rocas.

—Me ordenaron encontrar a la mujer de esta foto, junto a una dirección... y es idéntica a usted, y estos datos son del lugar donde usted... “trabaja”.

—Sí, nos parecemos —ella mira discretamente la imagen; pone en su estéreo algo de Chris Isaak—. Pero no somos la misma persona.

No I don't want to fall in love

this world is only gonna break your heart...

—A mí no me engaña, de ésta ya no se salva, está acusada de mierdas muy graves...

—¿¡“Mierdas muy graves”!?! ¿Desde cuándo bailar es una “mierda muy gra...



—Secuestro, corrupción, asesinato —ella es interrumpida—: ¿le parece poco?

—¿Y cree usted que si yo fuera lo que usted dice, andaría bailoteando enfrente de policías como usted?

Los cohetes por el 4 de julio continúan. Un ebrio estrella su auto en un poste de luz cerca del hogar de la mujer. El cuarto donde está la pareja, iluminado sólo por cirios, adquiere aspecto lúgubre por el juego de sombras.

—¿Por qué no confiesa y ya? —él apura su alcohol con un solo trago y se pone de pie— ya la encontré, ya se le acabó el veinte. Con un buen abogado hasta le podrían bajar la condena... si se entrega, claro.

—Oiga, ¿de verdad vino hasta acá para hostigarme? —Irina, fastidiada, enciende un cigarro—. Como si no tuviera suficiente con las señoras que me gritan cosas en la calle, me pintan groserías en la puerta... yo tengo la conciencia tranquila, estudio Administ...

—Mira, no hagas que me desespere porque yo también puedo ser culero —el joven oficial la interrumpe, saca su pistola con una mano, se desabrocha el pantalón con otra; se acerca a la bailarina apuntándole a la cabeza, le abre las piernas, se hunde entre ellas con desesperación, casi apuro.

La joven, sumida en el sillón, saca un arma de abajo de un cojín, también le apunta.

—No me importa morir —dice él.

—A mí tampoco.

el policía todavía dentro de ella la carga hasta una cama paredes devuelven siluetas de ella enganchada en él y ambos todavía apuntándose él desmaya ella lo lame

Día siguiente

El oficial despierta a las ocho de la mañana en punto en su casa. Irina, en su departamento, bebe martinis. Aburrida entra a la habitación cerrada bajo candado.

Hay un vaporoso vestido sobre una cama. Ella se acuesta, saca un polvo blanquísimo como la prenda, inhala. Toca su puerta:

—¿Quién? —grita ella, acomodándose el cabello.

—Tu príncipe azul —responde una cínica voz masculina.

La joven abre la puerta: es un hombre cincuentón.

—Enrique...

—Hola, Katia, ¿me esperabas? —él le agarra las nalgas—. Sabes que la distancia es como el viento...

—¿Quieres algo de tomar? —la bailarina se rasca la nuca, finge sonreír.

—Tú tómate algo, te ves bien madreada... —el señor se acomoda en una silla—. ¿Dónde estás comprando la coca? Yo te la puedo conseguir a buen precio...

—Tú nomás me vas a conseguir las pastillas —ella se acomoda con las piernas abiertas en un sillón, limpiándose la nariz—. De lo otro yo me encargo.

—¿Cuándo vas a dejar de hacerle eso al Billy? De por sí ya está bien jodido por la amnesia, todo el pueblo se burla del él...

—¿Ya vas a empezar a joder?

—Ya déjalo... todavía ni me cuentas bien la historia y ya soy tu cómplice, no mames.

—Fue hace tiempo —Katia, con mirada vagabunda, espulga su rostro con los dedos—. Teníamos cinco años de novios, ya teníamos planes de... yo era maestra de primaria, él empezaba de policía, vivíamos en el norte, allá teníamos todo, todos nos querían...

—¿Y?

—¡Éramos la pareja perfecta! Éramos los mejores amigos, los mejores amantes, nunca creí... una vez lo caché hablando por teléfono con una vieja. Comencé a seguirlo... una tarde entró a la casa de esa... puta. Estuvo ahí un rato y salió fajándose la camisa.

—¿Y? Eso no significa que hayan cogido —dice el cincuentón.

—¡Cállate! —ella interrumpe—: eso fue suficiente. ¿Hasta cuándo iba a necesitar hacerme esas chingaderas? Pos no hasta que yo me muriera, porque yo ya estaba bien muerta, como rota por dentro... Al día siguiente llamé a la Policía para avisar anónimamente que él vendía droga, claro, en la pocilga de esa vieja. Yo nomás quería que lo asustaran... los oficiales llegaron, él iba a sacar algo de su pantalón, le dispararon... cuando me dijeron en el hospital que él tenía amnesia, que le iba a durar hasta quién sabe cuándo... del shock hasta aborté, mi familia se largó a la chingada. Por el chisme de lo de la venta de droga me corrieron de la escuela. Luego de un tiempo él salió del hospital, yo ya estaba en el Blue, ahí conocí muchos hombres, sobre todo polis, tus colegas: me ayudan a estar con él, aunque sea nomás por las noches. Los de Tránsito no lo dejan ni acercarse al norte.

—¿Y cómo le haces pa...

—Todas las mañanas Almazán, su jefe, le da una foto mía con la dirección del Blue, le ordena investigarme. Él va a verme, me sigue hasta acá. Mientras me interroga le pongo en la bebida hielos con tus pastillas: le agudizan la amnesia, le dan comezón, ni modo, lo ponen violento, me quiere obligar a “confesar” violándome, ¿te imaginas? —la joven ríe llorando—. Luego de un rato queda inconsciente. Así logro dormir con él... en la madrugada lo dejo en su casa, bueno, la que le dijeron que era su casa después del... incidente, acá en el sur. Le dejo la alarma a las ocho, le hago de comer, lavo su ropa, trapeo.

—Entonces pagas su casa, tu depa, su cubículo, su sueldo, su carro, su patrulla, sobornos, los recibos de los dos, sus comidas, las pastillas, tus drogas...



—Sí.

—Estás jugando algo muy peligroso... —Enrique sonrío— Comoquiera eres débil, no puedes ni decir su nombre.

—No creas... he aprendido más de lo que te imaginas.

—Pero sin tus dichosas pastillitas, el Billy podría curarse...

—¿¡Qué!?

—Ya déjalo en paz... que recupere la memoria y decida si se queda contigo o no... o qué, ¿la vieja más deseada del pueblo es insegura?

—Mira, pendejo, ¡él adora ser policía! Si se entera que ya no trabaja en eso se va a poner muy mal... y si recuerda que iba a ser papá... ¿¡qué chingados quieres!?

—Ay, querida Katia... voy a tener que aumentarte el precio de tus pastillas al triple.

—¿¡Qué!?! ¡Si ya me cobras un chingo! —ella, histérica, se pone de pie— pedófilo de mierda...

—¿Qué chingados dices...?

—Ay, querido, la poli... son mis íntimos. Voy a mirar.

Ella sale sonriendo del baño, recoge su cabello en un chongo.

—¿En qué estábamos? —él muestra su verga flácida.

Entran al departamento dos policías, balean al ruco. Entre ellos y la joven le quitan al muerto pastillas y cosas de valor. Los polis ponen a Katia a mamar. Gustan de meterle la verga por el culo, sacarla y volvérsela a meter en la boca.

Al anochecer, la majestad del Blue Bar baila como nunca. En la mesa de enfrente un joven moreno con rasgos orientales la mira, luego saca una fotografía, sostenida por unas manos sin línea de la vida. Irina-Katia le obsequia la mejor de sus sonrisas.

Nobody loves no one...

Una llamada

Fragmento de novela inédita

Iván Farías*

Le dije al pinche escritorcito que dejara de estar chingando, eso sí con todo respeto, porque uno debe mantener en alto el orgullo de la corporación. Todos los días venía a este, su hogar, a tratar de entrevistarme. Alguien le había contado quién sabe cuanta chingadera de mi vida y quería saber santo y seña, como si uno fue abuelito para andar contando historias a cualquier perico-perro que se aparezca por acá. Venía muy recomendado por él mismo, que escritor de novela negra, que había firmado contrato para quién sabe cuanta chingada película y que casi le colgaba al suelo cuando iba a orinar.

Alguien le pasó el número de mi teléfono sin mi autorización. Me acuerdo clarito que estaba bañándome con la total parsimonia, o *agüevancia* como quieran ustedes decirle, cuando sonó el teléfono. Enjabonado,

dándole duro a las orejas para salir limpio y galán a la caza de damas de sociedad que juegan al bingo, dije, *ni madres que salgo todo mojado a contestar*. Pero el teléfono estaba suena y suena. Mi perro, el Keyser, una chulada de labrador dorado, ya estaba como pinche loco dando vuelta alrededor de la mesita donde tengo el aparato. Es que el buen Keyser ya está viejito, como su dueño, sólo que a él le falla la vista, así que cualquier ruido fuerte lo pone de malas. Más que labrador dorado era ladrador chingativo, porque parecía que se había tragado un altavoz el cabrón.

Total que decidí apurar mi baño mañanero normal para responder el teléfono apenas volviera sonar, porque el que fuera que marcaba seguro que era un cabrón más necio que yo, porque sonó varias veces antes de colgar. Yo no tengo de esas mariconadas de contestadoras automáticas, solo me tengo a mí y a mi perro. Por si se lo estaban preguntando, tampoco una puerta con cristal que diga en letras bold: *Comandante Guillermo Garmabella, detective privado*, porque eso son mariconadas. Esto sin menoscabo de los compas gays, ;chingao!, que yo conocí a varios y fueron leña siempre en el servicio del deber. Tampoco en menoscabo de los detectives de alquiler, que hay varios, pero bueno, mis casos los escogía yo y

* Ciudad de México, 1976. Es escritor y crítico de cine. Ha desempeñado multitud de oficios, desde vendedor de carretera hasta librero. Estudió Ciencias de la Comunicación en Puebla, aunque su formación ha sido autodidacta. Practica artes marciales y ha publicado en diversas revistas y periódicos del país. Actualmente es crítico de cine para *Playboy México*.



no ocupaba de andar anunciándome como si fuera funeraria o contador.

El caso es que apenas me salí de bañar volvió a sonar el teléfono, ya andaba en bata y todo mojado, por lo que es muy molesto agarrar el auricular y llevárselo a las orejas, te deja una sensación incómoda y pegajosa, así que decidí dejarlo pasar, aunque el pinche Kayser volviera hacer todo su circo frente a él. Antes, cuando todavía estaba en servicio en la policía de la ciudad, apenas sonaba el teléfono salía hecho la mocha a contestar porque sabía que podía ser el Jefe Apolo o directamente el secretario de seguridad pública asignándome una de esas cosas especiales que tanto les gustaban: calmar sindicatos, dar coscorriones a revoltosos o simplemente acompañar a personalidades de muy cabronas que venían a la ciudad. Era, como quien dice, el policía de las estrellas.

En la corporación hay manzanas podridas, desde luego, nadie lo va a negar yo era una de esas, no

sé si la peor, pero lo era, empero gracias a mis contactos con los bajos fondos, los jefes podían saber qué pasaba y evitar que su lozano culo se llenara de mierda. *Llámame al Garmabella*, decían porque sabían que les respondía de inmediato, como aquel caso del aeropuerto... ¡Chingao! Debo de centrarme porque ya iba para largo a contarles otro caso y ustedes compraron este libro por el del luchador y no por el del aeropuerto, ¿verdad? Por pendejos, se lo pierden. Pero antes de continuar les tengo que narrar cómo comenzó todo esto, cómo este policía en el retiro se aventuró a escribir sus memorias.

Estábamos con el teléfono. Volvió a sonar por tercera vez y estoy seguro que hubiera sonado todo el pinche día si no le hubiera contestado a aquel cabrón. Apenas levanté la bocina el tipo preguntó:

—¿Ustedes es Guillermo Garmabella? —De inmediato supe que este cabrón no me conocía porque nadie anda preguntando esas cosas y menos

diciéndome por mi nombre de pila. Es más, ni mi madre, que en paz descansa, me llama Guillermo, como chingaos un desconocido con voz de pito me decía así. Mis amigos me dicen Muñecón, El Mero Mero, el Jefe, Comandante y los más llevados, Tomandante Garmabella, pero nunca nadie Memo o Memito, mucho menos Guillermo Garmabella. Como comprenderán ya estaba encabronado, me había sacado del baño, había hecho ladrar al Kayser y ahora me decía por mi nombre, este cabrón ya me debía la vida.

—El mismo que viste, calza y dispara. ¿Quién chingaos es usted? Identifíquese. —Le dije en tono altivo para que el cabrón fuera entendiendo quién mandaba.

—Soy José Alberto Hernández Gabino...

—Si no estoy pasando lista, cabrón. Con José Alberto hubiera tenido, me recetas todos tus apellidos, como si fuera maestro de primaria. A ver dime, ¿para qué soy bueno?

—Un amigo en común me contó de usted, ¿sabe?, yo soy escritor de novela negra, mi primer libro lo van hacer película y ahora estamos en pláticas para que el segundo...

—¿Sabes que yo me periquié con Chavela Vargas?, ¿Qué la princesa Jamal probó agua de estos labios? Así que si no tienes de esas aventuras no me andes aventando tus charras. ¿Qué quieres? Pero más importante, ¿quién te dio mi número?

—Fue Eustolio Calzada, estamos trabajando juntos en una serie... —Y ahí me perdí, porque el cabrón de Eustolio Calzada, un productor de narco novelas, me odiaba a muerte. Éramos como pinche Sherlock Holmes y James Moriarty, me cae. Él me saco del negocio luego de un par de producciones donde yo fui asesor, pero son de esas personas con las que te odias apenas te conoces. ¿Qué dijeron, pinches intelectuales?: este tira no abre un libro ni a tehuacanazos. Pues claro que yes, si las guardias son largas y lees mucho, más cuando te anda buscando un capo al cual le bajaste

una lanota y tienes que estar encuartelado como un año sin apenas mostrar la cara, a riesgo de recibir un tiro entre ceja y oreja, o peor, acabar encalado luego de días de tortura. Total, cualquier cosa que viniera de ese *hulei* de Eustolio Calzada no podía ser bueno.

—La cosa es que quieres entrevistarme, ¿no? —le dije cortándolo porque el cabrón parecía que tenía incontinencia en la boca—. ¿Sobre qué?

—Sobre su vida. Me han contado tantas cosas de usted que no sé si sean ciertas o no, así que nada mejor que escucharlas de viva voz.

Le di una fecha y una hora y el cabrón se apersonó en mi departamento. Que no es por presumirles, pero está poca madre: tres recámaras, una nupcial, baño con tina, cuarto de servicio, sala comedor, piso de duela, pero de la de antes, esos que conservar cuesta más que cuidar a un hijo que decidió estudiar filosofía. Además está a espaldas al barrio chino, donde los chales esos festejan cada tanto su Año Nuevo y avientan cuetes y prenden farolas rojas y hacen bailar dragones. El mismo donde andaba el viejo Filiberto, pinche Filiberto, acá entre nos, yo soy más chingón. Ese cabrón se dio cuenta que el complot ni era mongol, ni chino, en un par de días, yo sólo de verle las caras a ese par de cabrones me hubiera dado cuenta que se querían quebrar al presidente. Lo malo es que si hubiera sido yo, capaz me encargan al muertito a mí y ahora hasta magnicida sería y pues no, a eso no le entro. Uno puede andar en la corporación y de vez en vez meter mano un poco a la maña, porque las pensiones están muy jodidas y eso de ser muy derecho sólo te hace rico en un metal que no es oro, sino plomo.

El tal José Suchingadamadreseacuerdadesus apellidos llegó muy puntal con una pilota de sus novelas, todas firmadas, como si fuera manda, como diciéndome: tienes que leerlas. Total que las recibí y le agradecí el gesto, aunque tenía toda la intención de tirárselas al Kayser para que se divirtiera con ellas.

Le encantaba mordisquear libros, ya se había echado una bonita edición de la *Divina Comedia* que tenía en la mesa de sala y un par de tomos de novela negra de Grandes Maestros, además de un libro de mi tocayo de apellido, El criminólogo.

Poca gente me visita, porque aprecio mucho mi privacidad, así que cuando llegan la verdad es que trato de ser un buen anfitrión, así sea un pedante como el gordito este. Saqué mi Jack Daniels, al cual le voy dando baje poco a poco durante el año, pero creerán que el muy mamón me lo despreció. En la mesa del comedor tenía destripado mi reloj cucú, un antiguo objeto de familia que venía desde el bisabuelo Garmabella y que ahora yo trataba de echar a andar luego de que en una borrachera fuera a dar al piso. Ahí tenía un desarmador y una pinza y estuve tentado a tomar la pinza y apretar sus dedos hasta que dijera: sí, quiero whisky.

El tipo tenía unos lentes gruesos, vestía camisa a cuadros y un pantalón Dockers a prueba de agua. Si así eran los escritores de novela policiaca mexicana entendía porque me caían tan gordos. Bueno, personalmente sólo conocía este y a Taibo II, pero este último no le sacaba al parche a darse mamporros con

la autoridad. Sí, cuando laboraba en la corporación, lo traímos bien checadito por andar de rojo. La cosa es que el mono alambreiro frente a mí me veía con cara de Raphael, ya saben, de *Yo soy aquel*. Pues nadie viene a mi casa y hace esas cosas.

—Bueno, Guillermo...

—No, no, no. Mejor dime comandante Garmabella, que es como me llamo.

—Muy bien, comandante... —y el muy cabrón se quería saltar el apellido— ...Garmabella. Es usted todo un mito para muchas personas. En la producción me han contado mucho de usted.

—¿En dónde?

—En la producción de la serie, yo soy guionista en *Pólvora vengadora*, un drama policiaco donde la chica protagonista se introduce en la mafia del narcotráfico por el novio, pero ella acaba siendo la líder del cartel.

—Pos sólo que sea sinaloense la chamaca, porque de otra forma no veo cómo. —Estuvo a punto de decirme algo pero se quedó callado. Yo continué: —Pero ni es serie, ¡si es una pinche telenovela! Hay más besos que balazos.



—Bueno, en la producción de la telenovela hablan mucho de usted, que fue guardia de Colosio y lo quitaron un día antes de que le dispararan en Tijuana, que conoce bien a los chinos, que trabajó en el aeropuerto y detuvo a una enorme banda de tráfico de drogas, que usted era el líder Alfa cuando venían músicos importantes a la ciudad.

—Entre otras muchas cosas —y por pudor no le dije que me bajé del escuadrón que daría cuello al candidato en Lomas Taurinas, que los chinos me debían muchos favores y que la banda del aeropuerto era la mía y me los chingué porque me querían sacar del negocio—. La verdad, creo que mi caso más importante fue aquel donde recuperé la máscara de la Sombra Negra, misma que perdió contra Plata por allá en 1952.

—No, de esa no me habían dicho nada —respondió y sacó una libretita del pantalón para apuntar algo.

—Pues de esas deberían de hablarte porque esa sí fue importante—. Le dije viendo cómo no paraba de escribir.

—Bueno, le quiero proponer algo, quiero entrevistarle por sus casos, luego transcribir las grabaciones y hacer una serie de novelas donde usted sea el protagonista. La gente lo reconocerá en la calle y sabrá que hay buenos policías en este país. Además, si se llevan al cine lo podría invitar al set para que sea asesor y testigo de cómo filman su vida.

Yo me quedé serio viéndolo como si no entendiera la propuesta. Me levanté de mi sillón y fui hacia la mesa del comedor, tomé la pinza y caminé hacia él.

—Piénselo, tiene toda una vida interesante qué contar, muchas anécdotas de su vida policial, cosas que la gente quiere leer.

—¿Y cómo cuánto me vas a pagar por jugarle al *abuelito dime tú*? —le dije poniéndome a sus espaldas. El tipo sintió mi presencia y pude ver como la piel se ponía chinita de miedo.

—La verdad es que la vida editorial es muy castigada, ser escritor no es negocio. Lo que podríamos hacer es que le traiga una botella de Chivas Regal cada vez que venga.

De un salto, que a mis sesenta y pico de años fue veloz, me puse frente a él y le agarré los dedos de la mano izquierda con la pinza. Se los apreté poquito, pero el tipo no tenía mucho aguante y se tiró de rodillas al piso chillando como gato en basurero.

—A ver, cabrón, vamos a hablar como hombres. Me estás proponiendo jugarle al Pito Pérez. ¿Me ves cara de teporocho? Si mis pomos me los compro yo, no necesito que ningún chamaco caguengue me venga a dar limosna. Además, ¿qué pensaste? ¿Este es aguacate y me lo embarro, le saco toda la sopa y luego voy y me paro el cuello con algo que ni viví? Pues no, chamaco. La cosa va a estar así: van a salir mis memorias, me cae que sí doy para toda una colección, pero van a salir firmadas con mi nombre. Mañana te vienes, me acompañas a comprar una computadora, me la instalas y yo mismo las voy a ir escribiendo. Cuando acabe vienes, las revisas, les corriges lo que tengas que corregir y me llevas con un editor para que las saque. ¿Qué vas a sacar tú de ganancia? Mi amistad y tu pinche mano.

Y se la solté.

El gordito se arremolinaba en mi alfombra llena de pelos del Kayser, además de polvo de días, ya que no había aspirado desde hace como dos meses. De tanto darse vueltas acariciándose su mano ya tenía toda la cabeza llena de migajas de croquetas y pelos dorados. A pa' pinches escritores. Estoy seguro de que la primera chinga acabaría confesando que él había matado a Lady Di y hasta Trotsky.

—¿Se hace la machaca? —le pregunté volteándolo con el pie para verlo a los ojos.

—Sí, señor.

Así fue que conseguí corrector de estilo.

Destino trágico

Iris García Cuevas*

“**A** mí me vale madres el futbol”, le dije al Chema Hernández cuando trataba de explicarme por qué había estado mal marcado aquel tiro de esquina que le dio la victoria al equipo contrario. Se me quedó mirando con tal cara de susto que pensé que iba a salir corriendo. Su cuello robusto comenzó a dibujar negativas en serie que le hacían sacudir la melena rizada. Se quedó pasmado. Tan acostumbrado estaba el delantero a que las morrillas dijeran que admiraban su trabajo en la cancha —aun cuando lo único que sabían de futbol es que los futbolistas levantan hartos varos—, que con el comentario le suspendí el discurso. ¿Qué decirle a una vieja que no finge interés?

* Ha publicado el libro de relatos *Ojos que no ven, corazón desierto* (México, 2009; La Moderna, España, 2017) y la novela *36 Toneladas* (2011), con la que obtuvo en 2008 el Premio Nacional de Novela Ignacio Manuel Altamirano, en México. En 2012 fue nominada al premio Silverio Cañada a Mejor Primera Novela Negra en la Semana Negra de Gijón, en España. Cuentos suyos han aparecido en una veintena de antologías. Desde 2016 dirige el Festival de Narrativa Policiaca y Criminal Acapulco Noir.

—Me gustaron tus piernas y tus nalgas —le solté y sonreí, para dejar en claro que mi nula vocación futbolera no equivalía a decir que se largara.

Su cuello se detuvo. Su rostro cambió del susto a la sorpresa. Empezó a sonrojarse. Yo me cagué de risa.

—¿Y sí puedes coger o también te da pena?

Sostuvo la mirada.

—Vámonos a mi cuarto.

—Caramba, qué aventado.

—¿Quieres o no? —preguntó intentado sonar rudo, como quien no está dispuesto a dejarse calentar el pito y llegar a su alcoba a darse un baño frío.

—Primero te tengo que explicar algunas cosas... —y le conté aquello de que estaba casada, que por nada del mundo iba meterme a un cuarto de ese hotel porque todos allí conocían a mi esposo—. Así que si te place nos despedimos ahora como buenos amigos, salgo de este lugar y en quince minutos me alcanzas en la esquina del Eje Central y el 2 Sur. Dejamos ahí mi coche. Nos vamos en el tuyo a un lugar más tranquilo.

Lo besé en la mejilla y busqué la salida del bar sin darle tiempo a que me contestara. Agité la melena y levanté la cola cosechando a mi paso “quieros”

y "mamacitas". Cuando llega el alcohol se van los caballeros. Pero está bien, me dije, el deseo de los otros es un buen acicate para el deseo de uno, seguro que me alcanza. Y me metí en el coche, ya menos decidida. El temblor en mis manos dificultó la empresa de insertar la llave y encender la marcha. Cuando al fin lo logré sólo pude decirme: "Ahora no te me rajés, pinche Julia. Ya empezamos con esto, vamos a terminarlo."

Salí de la Roma y atravesé Doctores con el acelerador a fondo, pasándome impúdica los altos. "Si choco o me detienen es que no debo hacerlo". Pero la ciudad estaba muerta, tan muerta como podía estarlo un martes en la madrugada. Me estacioné con los faros encendidos para que el futbolista no tuviera problemas en hallarme. Prendí un cigarro para matar el tiempo. Pensé en Antonio: Antonio con su playera del Atlas, sentado en la orillita de la grada, persiguiendo el balón con la mirada, con las piernas y los brazos tensos, como si en cualquier momento él mismo tuviera que saltar para evitar el gol.

"No sé por qué vinimos, si estos siempre pierden", le decía yo para hacerlo rabiar. Me gustaba verlo encabritado, diciendo que el Atlas era el mejor equipo, tenía un destino trágico, eso sí, por eso no ganaba. En el fondo me daba orgullo su lealtad. Y siempre les rogaba a los santos que al menos metieran un gol en el partido, porque entonces Antonio brincaba de su asiento, gritaba con envidia, sin importar que fuera su voz sola la que se escuchara celebrar en el estadio. La segunda parte del festejo era apretarme fuerte y darme un beso entusiasmado y largo.

"Este cabrón no vino", me dije, más para borrarle la imagen de Antonio que porque de veras estuviera esperando que el Chema Hernández abandonara la fiesta por la calentura. Un coche se detuvo atrás del mío. "¿Vendrá solo? Si viene acompañado valí madres", pensé cuando lo vi bajarse. Pero sí, venía solo. Nos fuimos en su coche. En cuanto arrancó metió la mano en medio de mis muslos. Abrí las piernas para que el delantero no encontrara defensas, se fue por la banda y deslizó los dedos dentro de mis pantaletas.



Ahí venía lo difícil. Excitarse. Porque era yo, según, la que iba con más ganas. Me recargué en el asiento y cerré los ojos. Respiré profundo para borrarlo todo y pensar en Antonio. Lo recordé con su playera rojinegra, sudando a mares durante los partidos llaneros del domingo. Siempre me pareció estúpido ver a veintidós hombres corriendo tras una pelota. Durante el medio tiempo, cuando Antonio se acercaba a tomar un poco de agua, deslizaba la mano por su espalda empapada, bajo la camiseta, y le susurraba que había mejores formas de sudar. El me daba un beso igual de húmedo, que era una promesa de guardar energías para jugar partidos más intensos. Suspiré. El Chema Hernández me sacó del ensueño con su voz puñetera preguntando si así.

La primera vez que vi de cerca al delantero fue hace como seis meses, afuera del estadio Jalisco. Acababa de jugar un partido contra el Atlas, y claro, habían ganado. Yo estaba con Antonio. Él había hecho una apuesta: llegar con su playera rojinegra y pedirle un autógrafo en la nalga al hombre que anotó el último gol. “Esto es una mamada”, le dije, pero lo acompañé de todos modos. Me quedé algunos pasos más atrás. Nomás oí las risas y vi a Antonio asestarle un golpazo al futbolista que le sembró la cola en el asfalto. Nos fuimos.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—El muy hijo de puta me dijo que firmaba si le daba un par de horas con mi vieja.

—¿Por eso le pegaste?

—¿Qué querías? ¿Que me riera con ellos de su gracia?

Pero sí, después de unos tacos y seis chelas, ya empezaba a dar risa la bronca con Hernández. Entonces llegaron seis fulanos. Dos sacaron pistolas para impedir que alguien se acercara. Entre cuatro lo agarraron a golpes hasta que le rompieron todos y cada uno de los huesos. Mientras lo violentaban, le decían que era para que no volviera a ponerse con Sansón a

las patadas. Lo llevamos a urgencias, lo metieron en terapia intensiva, entró en shock del dolor y cayó en coma. Lo imaginé tendido, moribundo. Sujeté la mano del delantero y apretujé las piernas.

—Entra en este motel...

—Debe haber hasta pulgas...

Le bajé la bragueta. Apenas rocé el glande con la lengua cuando metió reversa para alcanzar la puerta. Desde las escaleras comenzó a desnudarme. ¡Carajo, cuánta prisa!, pensé. Empujé al Chema Hernández a la cama disfrazando de urgencia la rabia que subía. Me jaló y lo detuve.

—Deja saco un condón.

—¿Traes?

—Tengo que proteger a mi marido —sonreí.

Tomé mi bolsa y con ella me acerqué a la cama. Empecé a lamerlo desde los talones, cuando cerró los ojos saqué el arma y le disparé al pecho. No sé porque razón la bala le dio justo en la garganta. Empezó a brotar sangre, él a querer gritar, pero se atragantaba. Tenía los ojos muy abiertos, igual que Antonio cuando recobró la conciencia sólo para enterarse que tenía una lesión en la columna que le impediría de por vida empapar de sudor la playera el domingo, y una demanda por haber agredido a un futbolista que lo dejaría sin casa y sin amigos. Entonces entendí aquello del Atlas y su destino trágico, y decidí ponerme la playera y anotar un gol a favor de mi equipo.



Es muy fácil

Lorenzo Lunar*

A la memoria de Guillermo Vidal

—¿Dónde dejaste a tu padre?
—me pregunta la vieja, mientras yo recuesto la bicicleta a un horcón del portal de mi casa.

Es muy fácil. Eso me lo aseguró Machete antes de hacerlo la primera vez, y me explicó cómo el monte y la noche son los mejores cómplices. Es muy fácil porque nadie tiene que vernos juntos y nadie más que tú y yo tenemos que saberlo.

Y es cierto que era fácil. Y después de hacerlo la primera vez uno le coge el gusto, porque así son los malos vicios.

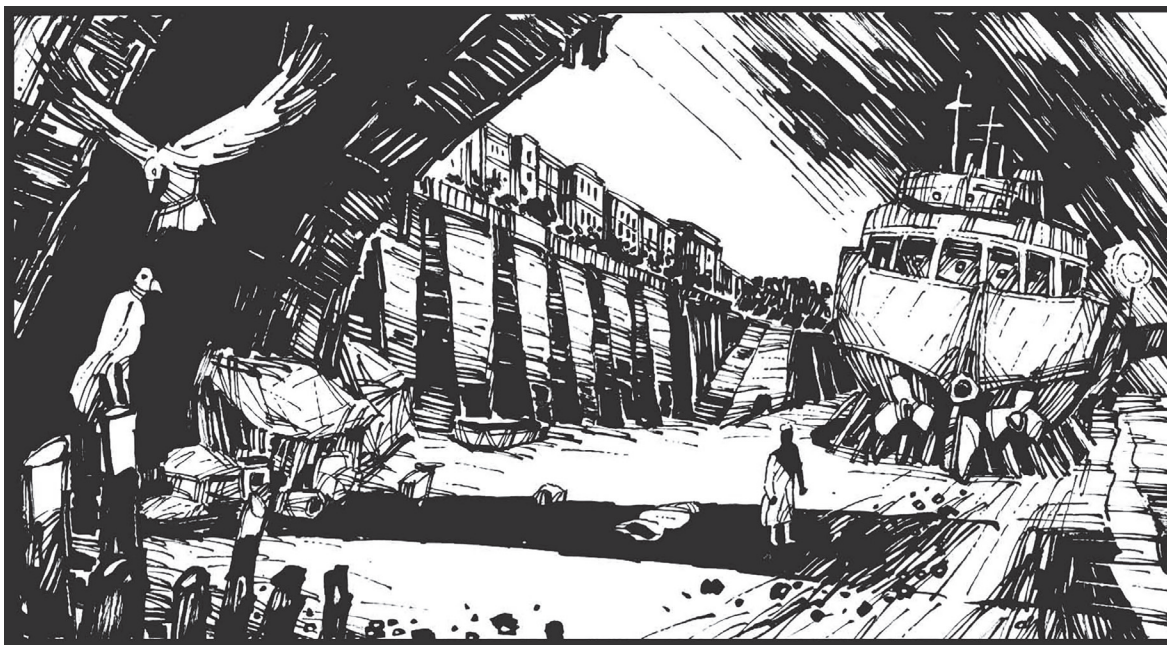
Es muy fácil; uno en cada orilla del camino real. Escondidos detrás de un par de matas frondosas, aguantando cada uno una punta de la sogá. La sogá disimulada por el polvo y la oscuridad. Luego basta un tirón cuando viene el ciclista. Él mismo se enreda y cae al suelo. Y después Machete, que le gusta eso, le

va arriba con el leño y a golpes lo deja inconsciente. Y yo me llevo la bicicleta y la escondo en el montecito de atrás de mi casa. Que alguien se encarga de darle camino. Alguien que yo no conozco y que no necesito conocer. Uno que se ocupa de desbaratarla en piezas y llevársela a otro pueblo, quizás a Remate del Diablo, que queda como cuarenta kilómetros más adentro, y venderla.

Es muy fácil. Y uno se envicia porque desde la primera vez que lo hicimos no me ha faltado el dinero.

La gente exagera las cosas. Somos dos, tres contando al que no conozco, y ya dicen en el pueblo que es una banda. Machete y yo somos blancos, y ya dicen que son unos negros grandes. Dicen que hemos matado a cuatro, y yo estoy seguro de que es mentira. Nadie se muere por un par de golpes en la cabeza. Se morirán de otra cosa, del susto quizás. Además,

* Santa Clara, Cuba, 1958. Dentro del género negro ha publicado *El último aliento* (1994), *Cuesta abajo* (2002), *Que en vez de infierno encuentres gloria* (2003), *De dos pingüé* (2004), *Polvo en el viento* (2005), *El preso de la celda "raíz cuadrada de 169"* (2005), *La vida es un tango* (2005), *Usted es la culpable* (2006), *El lodo y la muerte* (2007), *Dónde estás, corazón* (2009), *Mundos de sombras* (2012), *La cabellera de Berenice* (2012), *Proyecto en negro* (2013), *Y comieron perdices* (2014) y *El barrio en llama* (2014). Recibió los siguientes premios: Aniversario de la Revolución (Cuba, 1996), Semana Negra de Gijón (España, 1999, 2001 y 2005), Asociación Internacional de Escritores Policiacos (Bulgaria, 2002), Brigada 21 (España, 2003 y 2007), Novelpol (España, 2003) y La Pluma de Cristal al escritor más leído en Cuba (2012).



yo trato de no preocuparme por eso; el que da los trancazos es Machete. Yo los miro revolverse en el suelo mientras Machete los golpea, los escucho gritar hasta que se callan y quedan quietecitos, haciéndose los muertos, para que Machete no les siga pegando. Pero sé que no están muertos, sólo se hacen. Yo lo sé bien.

Lo mío es simplemente halar la sogá y, cuando mi socio termina su trabajo, coger la bicicleta y salir echando para mi casa. Yo tengo mi conciencia limpia, es como encontrarse una bicicleta tirada en el camino real.

Siempre, desde la primera vez, he pensado en eso así: es como encontrarse una bicicleta tirada en el camino real. Y si un día tengo que rendirle cuentas a alguien, hasta al mismítico Dios en el juicio final, le diré eso: fue una bicicleta que me encontré tirada en el camino real.

Yo me monto en mi bicicleta y salgo sin apuro, porque no he hecho nada malo, rumbo a mi casa. A veces voy directo al montecito y la deajo en el lugar que yo sé. Otras paso por la casa porque tengo hambre. A esa hora siempre tengo hambre.

A veces me pongo a dar vueltas por los caminos, porque me siento bien porque tiene un sillín cómodo, o porque camina sabroso la bicicleta y quisiera tenerla un rato más junto a mí, como a una novia.

Yo nunca he tenido una novia mía, tampoco una bicicleta. Con las mujeres y las bicicletas tengo el mismo destino. A las mujeres les toco las nalgas aprovechando la oscuridad y la apretujadera de la guagua cuando viajo a Remate del Diablo. A veces viajaba a Remate del Diablo a algún mandado, ahora viajo casi todas las noches para tocarle las nalgas a las mujeres. Algunas ya me conocen y por eso me miran atravesado cuando me ven montar en la guagua. Otras, que también me conocen, se hacen las bobas y dejan que me les pegue, y empinan la grupa cuando les arrimo el rabo, y abren las piernas.

Un día a lo mejor yo tenga una novia mía y una bicicleta propia, pero eso no es tan fácil.

Esta bicicleta es como una de esas bichas que me conocen en la guagua. Siento el sillín que se acomoda debajo de mí, como si estuviera acostumbrada a que la montara siempre. Voy pedaleando sin prisa hacia mi casa, me demoro cogiendo por atajos y veredas.

Cada vez que llego a casa en una bicicleta, mi vieja me mira de soslayo. Yo le digo que son bicicletas que la gente me presta para que les haga mandados. Desde que me sacaron del trabajo, me dedico a hacer mandados por un peso. Ella tiene miedo de que un día me asalten por esos caminos para quitarme la bicicleta que llevo. Yo le digo que no tenga miedo, que yo sé cuidarme, pero ella se pone a pelear y a decir que ya sería el colmo que me quitaran una bicicleta de Dios sabe quién y que luego la tuviera que pagar. Que no sabe de dónde voy a sacar un dinero que no tengo.

Cuando mi madre me dice esas cosas lo hace como un regaño. Y yo me siento mal porque no es mi culpa. Ella sabe bien que no es mi culpa, y al principio no me hablaba así, pero parece que ya se cansó. Mi madre no sabe hablar de otra manera, bastante esfuerzo hizo.

La culpa de que yo no pueda trabajar es mi problema. Y la culpa de mi problema la tienen las bombas. Las bombas y los negros con las bayonetas. Ellos, los negros, se aparecen cuando menos los espero. Vuelven porque quieren pasarme la cuenta, porque no me perdonan que me haya escapado aquella vez. Yo cierro los ojos y veo las bombas cayendo a mi alrededor y entonces tengo que correr hasta el monte para salvar la vida. Pero eso no es lo peor, lo peor no es la artillería sino la infantería. Bien lo decía el teniente: "Yo prefiero que me caiga una bomba en la cabeza a caer en las manos de esos negros". Los negros te abrían la barriga vivo y te metían las manos adentro de las tripas, y tú gritabas hasta morirte, y ellos te picaban el rabo y te lo metían en la boca. El chaleco de Sabimbi y el tabaco de Fidel Castro, decían. Yo los vi hacer mientras me pasaba por muerto. Y cerré los ojos para no verlos más y seguí viéndolos. Por eso todavía, cuando cierro los ojos, los veo.

Mi vieja cocina muy sabroso. Muchas veces, cuando voy directo para el montecito a llevar la bicicleta, siento el olor de los plátanos maduros fritos y de la carne que ella dice que es de carnero y no puedo

aguantar la tentación. Regreso como si estuviera hipnotizado, dejo la bicicleta recostada en un horcón del portal y me siento a la mesa.

En mi casa siempre hay que darle gracias a Dios cuando nos sentamos a comer. Mi madre ora por todos y le pide que me devuelva la salud a mí para que yo pueda ayudar a mi padre, y le da gracias al Señor por proporcionarnos esa comida. Después, mientras mastica, habla de lo que se sacrifica mi padre para que yo pueda comer así, que yo necesito hierro y vitaminas que me fortalezcan el cerebro. Es más o menos lo mismo que le decía a Dios con los ojos cerrados y sin comer, pero ahora con la boca llena, en voz alta y con los ojos desorbitados, mirándome. Yo aguanto todo eso por la comida. Mi madre cocina como nadie en el mundo.

Esta noche tampoco puedo con la tentación. Cuando voy camino del montecito la veo parada junto al horcón, debajo del farol, y siento el olor de los plátanos maduros fritos. Entonces tuerzo el rumbo y salgo de nuevo al camino real.

Ella mira al camino y me ve llegar. Yo me bajo de la bicicleta y voy a recostarla al horcón. Entonces es cuando me pregunta:

—¿Dónde dejaste a tu padre?

Y a mí la pregunta me parece tonta. Es que a mí todo lo que me preguntan me parece extraño. A mí me llevan al médico para que el médico me pregunte cosas que yo entienda y entonces tampoco comprendo lo que el médico me pregunta.

Pero el médico me ha enseñado algo: "Es muy fácil", me ha dicho, "cuando tú no entiendas una pregunta debes mirar a tu alrededor y buscar entre las cosas que te rodean. Siempre hay algo que tiene que ver con lo que te están preguntando: esa es la respuesta". Eso demora un poco, a veces logro entender, y hasta encuentro la respuesta, pero también pasa que no encuentro las palabras para decirla. Entonces me ofusco y me duele la cabeza. Y cierro los ojos porque

me molesta la luz, y entonces vuelven los negros, y las bombas. Una vez me desmayé.

Por eso, porque me demoro mirando alrededor cuando me preguntan algo, mi madre me dice retardado. Antes, cuando no hacía lo que el médico me enseñó, me decían retrasado. El médico dice que ninguna de esas dos cosas, que yo simplemente estoy enfermo y que un día me puedo curar. Yo no entiendo mucho la diferencia entre las palabras, menos estas que se parecen tanto, pero por el tono de la voz de mi madre parece que voy mejorando, puede que un día me cure, como dice el médico, pero también parece que no es fácil.

Ahora me pongo a pensar en la pregunta de mi madre. Ella dice que dónde dejé a mi padre, pero mi padre no salió conmigo. Mi padre y yo nunca salimos juntos, él se va temprano, al sitio a trabajar la tierra y a cuidar los animales. Por las tardes, mi padre se va al pueblo a hacer negocios y beber ron. Yo me voy al monte por la mañana a cazar pájaros y por las noches, cuando no me monto en la guagua de Remate del Diablo, me voy con Machete a lo nuestro. Entonces la pregunta de mi madre me parece más

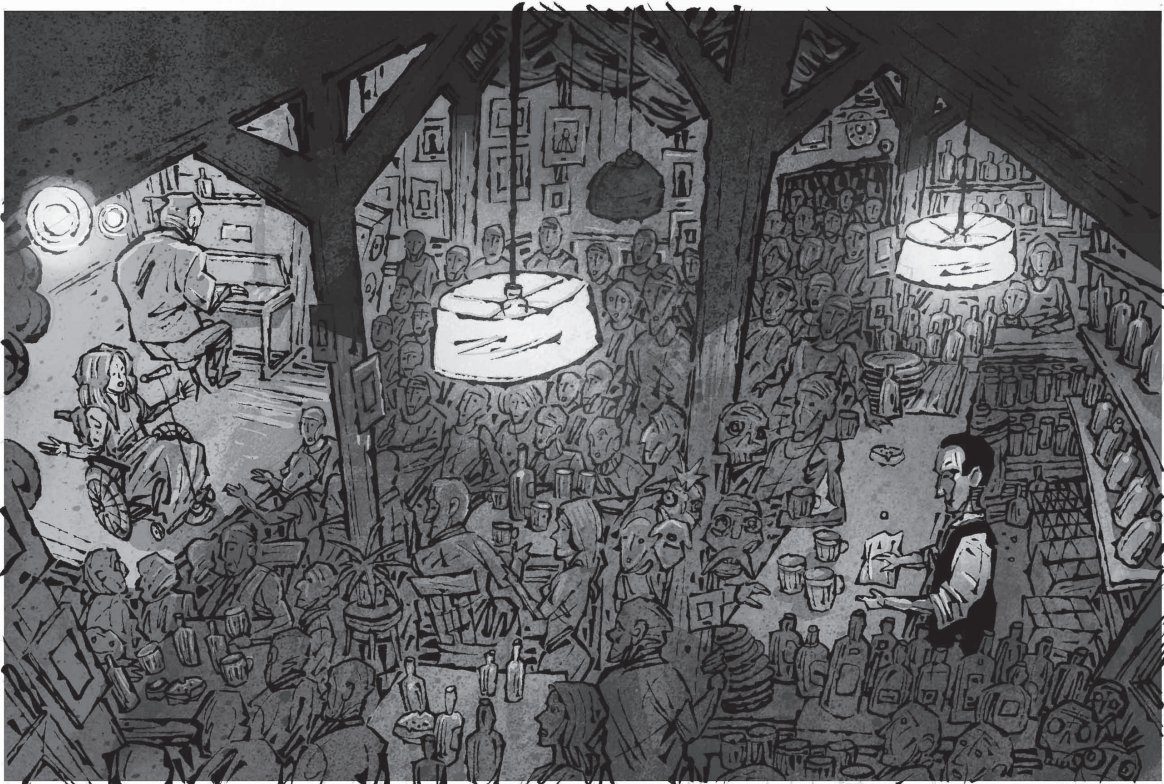
tonta todavía. Pero ella sigue mirándome fijo. Yo soy lento, y lentamente hago lo que me dijo el médico: busco la respuesta a mi alrededor. Ahora la vieja mira la bicicleta, ella sabe que debe ayudarme a entender su pregunta.

La luz del farol es amarillenta y opaca, al alcance de mi vista no hay nada más que esta bicicleta que traigo de la mano, con ese sillín tan familiar como las nalgas de la bicha de la guagua, el cuadro metálico pintado de verde, y los guardafangos niquelados... Esta bicicleta que he visto a diario desde que era un niño.

El olor de los plátanos maduros fritos se me pierde a la vez que se apaga el farol y todo se pone oscuro... Me duele mucho la cabeza. Todo se ha puesto muy oscuro, debe ser que he cerrado los ojos.

—¿Dónde dejaste a tu padre?! —siento que vuelve a preguntar la vieja, ahora gritando. Y ella grita más y más alto. Y repite la pregunta. Pero yo ya no puedo oír nada...

Las bombas comienzan a estallar a mi alrededor. Salgo corriendo en busca del montecito. Si llego hasta ahí, quizás pueda salvar la vida.



Cobalto

Nylsa Martínez*

...And you see me walking miles away, somebody has to pay
and you see me walking miles away, I'm gonna take your pain with me...
SUSIE VAN DER MEER, *Somebody has to pay*

Esmeralda se acercó de manera cautelosa al hombre, llevaba algunas cuerdas siguiéndolo. Le tocó la espalda para llamar su atención justo cuando éste se inclinaba para coger un ramo en un puesto de flores. De manera rápida se volvió hacia ella con una expresión agitada. “¡Dígame!”. Esmeralda esbozó una sonrisa para ocultar el susto, luego desvió la mirada y dijo: “Necesito hablar con usted”.

Aquel día que secuestraron a Esmeralda solo había atinado a decir: “No sé de quién me hablan, no soy su hija”. Recordaba que esa mañana, como todos los días, había salido apresurada rumbo al trabajo. Su camino consistía en siete cuerdas que transitaba montada en unos tacones imposibles para las terribles banquetas. Se ponía una falda recta que casi le cubría la rodilla con una blusa ceñida al cuerpo. Cruzaba aquellas cuerdas de manera tan determinada que era imposible pasar desapercibida. Todos, absolutamente todos los comerciantes, que ya desde temprano iniciaban el día, podían decir algo sobre Esmeralda aún sin conocerla.

Curiosamente el día en que se la llevaron, nadie vio cuando se dirigía al trabajo. Siempre había imaginado lo que haría en una situación similar, cómo ese par de tacones representaban una desventaja para correr. Todas las mañanas se repetía que antes se quebraría los tobillos a ser sorprendida. Caminaba alerta, siempre vigilante a los extraños, a los hombres con cara de maleantes, sin embargo ese día comprendió que cuando se cae con profesionales no hay salida. Un par de hombres la tomaron por los brazos y subieron a un auto.

Solo se había detenido a darle la hora a un transeúnte. Lo siguiente fue estar en el asiento trasero de un auto con vidrios polarizados y olor a frambuesa. Supo que las cosas rebasaban la realidad desde

* Narradora de Mexicali, México. Ha publicado en varias antologías y revistas literarias de México y Estados Unidos; las más recientes: *Desierto en escarlata* (2018) y *Acapulco Noir* (2018), ambas de Nitro Press, y *Nada podría salir mal* (2017) de Editorial Artificios. Algunos de sus títulos individuales son *Roads* (2007), de Editorial Paraíso Perdido; *Afecciones desordenadas*, de Editorial Artificios (2016), y *Green Incanto* (2017), de Bagatela Press. Actualmente estudia el doctorado en Lengua y literatura hispánicas en la Universidad de California, Los Ángeles.

el momento en que intentó gritar y aquellos tipos le mostraron una fotografía. Le dijeron: "Tú gritas y nosotros la matamos, ¿de acuerdo?". Ella negó con la cabeza. A partir de ese momento comenzó el interrogatorio. No supo qué responder. "¿De qué información me hablan? No sé", repetía. El auto iba de un sitio a otro sin dirección. Prendieron el aire acondicionado para aminorar lo viciado del ambiente. Sitió frío. "¿Por qué no quieres hablar? ¿A quién proteges?... Yo en tu lugar arreglaría las cosas aquí", le dijo un hombre de aspecto agreste.

Esmeralda revolvía una y otra vez pasajes en su memoria. ¿De quién le estaban hablando? ¿Acaso se referían a aquel dueño de cafetería donde había trabajado unos meses mientras estudiaba? ¿A su vecino Roy, el avecinado de quien nadie tenía información y al que ella, de vez en vez, le dirigía la palabra? ¿O ese arquitecto entrado en años, al cual le había confiado secretos cuando todavía trabajaba en aquel despacho constructor? ¿Quién diablos era Cobalto?

El señor la miró fijamente pensando que no hay plazos que no cumplan, sólo que nosotros muchas veces no estamos en control de las fechas de vencimiento.

Caminaron juntos por entre los distintos locales de la avenida principal. Esmeralda guió sus pasos para dar finalmente con un pequeño restaurante al cual entraron por la puerta trasera. La decoración era la de un típico diner venido a menos, de paredes gastadas y cabinas con asientos de piel. Ya instalados en una mesa, ni siquiera se tomaron el tiempo para revisar el menú; era como si ya hubieran estado allí. Y así era. Ella le volvió a sonreír.

El mesero les llevó dos tazas de café. Esmeralda le dio un sorbo directo a su bebida, el hombre vació un par de sobres de azúcar en la suya. Ella pudo observar las manos ancianas del señor, cómo estaban invadidas por diminutas manchas cafés. Luego se fue a sus arrugados ojos, quiso a través de ellos

elaborar una copia de ese rostro que no conocía, de esa sombra que ahora necesitaba descubrir. ¿Se parecería Cobalto a este hombre?

El montón de fotografías, grabaciones, objetos personales no la habían logrado convencer de esa verdad: ese no era su padre. Los agentes durante la primera entrevista fueron amables y trataron de hacerle ver que resultaba absurdo negarse. "¿Por qué no me pueden creer? ¿Cómo voy a saber dónde encontrarlo? ¿No lo conozco!".

Pasó mucho antes de volver a probar bocado, uno de los raptos le dio un paquete de galletas saladas. El día anterior sólo había bebido agua. Era una sensación de mareo y dolor de cabeza, como de estar suspendida por un cordón de humo. En el primer momento que la dejaron sola, las lágrimas fueron inundándola hasta convertir su rostro en un globo caliente. La segunda noche de cautiverio apenas y concilió el sueño.

Antes de que llegara el mesero con sus respectivas órdenes, Esmeralda sacó de su bolso un sobre con fotografías y se las mostró a su acompañante. "Mírelas, por favor". No hubo expresión en su rostro. "¿Desde cuándo las tiene usted?", el hombre preguntó, de sus ojos brotó un halo tornasol, el cuerpo vaporoso de una llama. "Deme un cigarro", le ordenó. Esmeralda abrió su bolso, extrajo dos cigarrillos y simultáneamente los encendieron. Ella agregó: "¿Soy yo la que está allí? ¿Es usted el de al lado? ¿Somos familia?".

Luego, un poco conmovida ante la perturbación disimulada del hombre, dijo: "¿Por qué se ocultaron de mí? ¿Tenían miedo de que fuera a reclamar algo? No se preocupe, no lo voy a hacer. Sólo necesito encontrar a mi padre".

En cada entrevista la habían embestido con preguntas absurdas, le mostraban evidencia: corresponden-



cia de años atrás con Cobalto; pasaportes sellados por las aduanas de los mismos países coincidiendo además en fechas; registros de consumo con tarjetas de crédito; fotografías de ellos en varios restaurantes y museos. Era obvio que sí se conocían, que habían viajado juntos, que mantenían una relación.

Ella veía una y otra vez aquellos registros extrañada. No se reconocía en ninguno de los eventos, no era ella y jamás había visto el rostro de aquel hombre que posaba la mano sobre su hombro, con el que sonreía. Por un momento se cuestionó el haber perdido la memoria o estado viviendo bajo algún efecto hipnótico. Pensó que quizá la querían como objeto de suplantación, ella estaría forzada a tomar el lugar de otra con la cual compartía un parecido asombroso.

Cobalto era su padre, se lo habían repetido una y otra vez. Bastaba con ver un retrato de ambos para saber que existía algún lazo familiar. "No lo es, no sé qué pasa, pero no es mi padre", repitió segura. ¿Por qué debían convencerla de algo que era evidente? Eso no lo entendía. Si ellos afirmaban que era su padre, ¿por qué hacían caer un listado de demostraciones? Justo allí residía la duda. Una brújula interior le indicaba que lo verdaderamente cierto, no requería de ese afán probatorio. Ellos la querían engañar.

Las cosas empeoraron en cada entrevista. Luego se convirtió en rutina el no comer por muchas horas y sólo recibir, de vez en vez, un paquetito de galletas saladas. Sospechaba que no era cuestión de obtener información a través de ella, sino de quebrar su voluntad. Era verse en tantos registros y grabaciones,

que no tuviera más opción que reconocerse en una gemela que la había habitado de forma paralela y ahora, regresaba para tomar su lugar.

Durante los interrogatorios intentó estudiar su pasado. Recordaba el olor a polvo y las hojas lloronas de los árboles bajo sus pies. El patio de su casa. La tranquilidad de saberse en el lugar correcto. Nunca tuvo un padre, pero no lo había necesitado. Además, no era la única en esa situación. Los padres ausentes era un común denominador entre sus amigos. Esmeralda jamás se hubiera atrevido a incomodar a su madre con preguntas.

Todo era difuso. En medio de un sueño ideaba la posibilidad de escape a ese cautiverio insólito. Abrió los ojos cuando su mano izquierda comenzó a lagrimear sangre. Inútilmente había intentado atrapar un dedo suyo que rodó y luego cayó al suelo sin hacer apenas ruido. Esto la quebró. Entonces supo que no tenía más opción. Confesó que sí había estado en distintos lugares del mundo y hablando otros idiomas. El paladar se le saturó con los condimentos extranjeros y en la piel experimentó la atemperación sobrecogedora de un pez de agua dulce depositado en un cubo de sal.

“Cobalto es mi padre y siempre lo he sabido”. Respiró con dificultad. Ignoraba hacia dónde la habrían de dirigir estas palabras expulsadas por el miedo. “A casa de mi madre llegaron tres cartas para mí, todas de diferentes lugares, todas el mismo año. Eran de un hombre que me llamaba ‘hija’ y que prometía cosas que no cumplió. Yo las encontré hurgando donde no me correspondía. Decía que vendría por mí. Las cartas sólo causaron daño entre mi madre y yo. Antes de ellas, yo era feliz, no necesitaba conocer mi origen”.

El viejo observó con un dejo de dulzura los ojos de Esmeralda, se atrevió a pedirle otro cigarrillo. Finalmente habló: “Esmeralda, yo te voy a ayudar, no

malinterpretes el silencio de mi hermano. Fue por tu bien”.

De manera pausada, los ojos de Esmeralda comenzaron a desprender lágrimas. Con su mano derecha abrazó su otra mano acariciando el espacio vacío del dedo meñique. Volvió los ojos hacia las manos ancianas del hombre y pudo comprender que no era casualidad que ambos tuvieran un dedo mutilado. “Tú lo conociste aunque no lo recuerdes”, dijo el hombre. Luego, con un gesto cálido, trató de tomar las manos de la chica.

Los captores grabaron la confesión y le hicieron firmar un documento agregando información a la transcripción de lo dicho por ella. En ese momento no entendió el propósito, sino hasta meses después, cuando el rostro de aquel hombre de las fotografías circuló en todos los medios de comunicación nacionales. Era un delincuente con un extraordinario parecido a ella, tanto, que hubiera sido imposible negar un lazo familiar. Pero ella estaba a salvo, por el momento nadie la vincularía con él.

Esta Agencia que la tuvo prisionera por días operaba así: llegaban con personas de distintos ámbitos y después de someterlos a algún tipo de presión o tortura, les hacían confesar su relación con “x” o “y” persona en cuestión, casi siempre delincuentes. Luego, teniendo ya, audios y videos que ligaban a personas ordinarias con delincuentes, los iban almacenando como fuente de evidencia para posibles casos emergentes o de desestabilización nacional. El trabajo era discreto. La Agencia se había propuesto mantener un perfil bajo con el objetivo de no despertar suspicacias como ya había ocurrido en el pasado. Personas como Esmeralda eran un blanco fácil, una chica sin padre y sin una historia familiar sólida, se les podía imputar cualquier verdad.

Cobalto era la operación. Había sido nombrada así en referencia a la historia de unos mineros

alemanes del siglo XVII. En aquel tiempo, estos hombres creían en la existencia de una suerte de duendes, Kobolds, que robaban la plata a explotar de las minas y por la noche la sustituían por un metal sin valor. Este metal inservible, que abundaba en las minas, fue llamado en honor a estos duendes: cobalto. El relato había inspirado la misión de la Agencia, que al igual que aquellos duendes, sustituía a los verdaderos delincuentes por una base de confesos disponibles para futuras emergencias. A cambio de su libertad, estas víctimas firmaban testimonios falsos y se comprometían a guardar silencio, también a colaborar en otras pesquisas. De seguir en buenos términos con la Agencia, su grabación nunca sería utilizada.

El tío de Esmeralda, con tal de salvar las vidas de sus hijos, había declarado complicidad con su hermano en varias operaciones ilícitas. Su hermano guardaba un extraordinario parecido con un criminal que sí se había dedicado a fastidiar los intereses de muchas personas. El dejar abandonada a Esmeralda había sido consecuencia de la huida. Llevaba años

ocultándose. El tío vivía rogando porque nunca lo encontraran.

Cobalto era un nombre solamente. Un personaje que a veces era alto, otras no; en unas ocasiones de tez morena, en otras, más blanco no podía ser. Ahora tío y sobrina continuarían con todo: sentarse en un restaurante y escarbar en su propio pasado. En medio de la desazón recuperaban un eslabón familiar. Ellos estarían después frente a personas extrañas que les preguntarían sobre situaciones ficticias y responderían que sí, que eran ellos.

El camarero se acercó nuevamente a la mesa y preguntó si deseaban algo, quizá otro café. Ninguno se inmutó. El hombre depositaba discretamente sus manos sobre las de ella. Comieron una rebanada de pastel mientras recordaban los días de captura. Discutieron si serían apesados de nuevo, si perderían lo poco que les quedaba. Quizá ellos eran sólo parte de una fabricación, un par resolviendo algo para lo cual no tenían más elementos. Sólo había que dejar descansar todo, muy pronto los nuevos plazos serían revelados. De eso, estaban seguros.



El comisario va la universidad

(Un caso académico para Wenceslao Pérez Chanán)

Francisco Alejandro Méndez*

El cuerpo del muchacho permanecía estático sobre el sillón del auto. La cabeza había estallado contra el timón. Las bolsas de aire no habían funcionado. El comisario Wenceslao Pérez Chanán pensó que quizá no las portaba. Aparentemente se trataba de un carro usado que había sido comprado en Estados Unidos.

Fiscales del Ministerio Público habían precintado el área. El Chevrolet Neón y el poste partido abarcaban unos treinta metros cuadrados. Patrullas policiales, ambulancias de bomberos, pickups del MP y otros vehículos de la prensa ocupaban casi cincuenta metros de la zona conocida como el Columpio de Vista Hermosa, un bulevar apetecido por conductores para probar la potencia de sus motores. Las filas de autos, piloteados por curiosos pilotos, abarcaban más de dos kilómetros. Era mediodía del último lunes de marzo.

Wenceslao explicó a sus dos detectives estrella, Enio y Fabio, que la presencia del equipo era simplemente

rutina, pues se trataba de un accidente y no de un crimen. El hecho de que los tres estuvieran presentes se debía a un presentimiento que el comisario Pérez había tenido, pero que no había transmitido a sus detectives.

Dos horas antes, mientras escribía con dificultad correos electrónicos para su amigo escritor detenido en una cárcel de Costa Rica, Wenceslao escuchó la noticia transmitida por la radio. El locutor expresó que se trataba de un joven universitario que manejaba a excesiva velocidad, había perdido el control de su auto, invadido el carril contrario e impactado contra uno de los postes del alumbrado público. Luego, agregó, como comentario personal, que era el tercer estudiante de la universidad jesuita que moría en un accidente, pues dos semanas atrás habían fallecido otros dos en situaciones similares. Esta última parte fue la que a Wenceslao le provocó dejar de escribir. Revisó los archivos de accidentes y comprobó lo que expresaba el locutor. Algo le había olido mal. Por esa razón llamó a Enio y Fabio y los citó en la escena del accidente.

Cada uno se dedicó a investigar lo que el comisario le había asignado. Enio se encargó de todo lo relacionado con el accidente: el auto, resultados del peritaje

* Guatemala, 1964. Escritor, periodista y catedrático universitario. Ha publicado más de veinte libros, sus textos han sido traducidos a varios idiomas y ganó el Premio Nacional de Literatura Miguel Ángel Asturias 2017. Es creador del comisario Wenceslao Pérez Chanán.

y conclusiones de los fiscales. Fabio, por su parte, todo lo que se refería al cuerpo, su identidad; más adelante, de ser necesaria, la autopsia, referencias, pertenencias, celular, computadora, prácticamente todo.

Ambos detectives parecían escépticos, pero sabían que cuando el comisario Wenceslao Pérez Chanán reparaba en algo, era porque debía ser objeto de investigación. El comisario conversó con los bomberos, especialmente con Darwin Baudilio, quien le manifestó que la excesiva velocidad parecía la causa del aparatoso accidente. El comisario le preguntó si él había cubierto los otros dos accidentes de los estudiantes. El bombero le respondió negativamente, pero le dio el nombre de quien estuvo en las ocasiones anteriores.

Wenceslao sudaba a chorros. Como en otras ocasiones, había ubicado su pañuelo en la nuca, pero pronto se había convertido en un trapo como recién sacado de la lavadora, solamente que bastante sucio.

Los pies del comisario resentían el sobrepeso. En un terreno como en el que se desplazaba, las articulaciones lo castigaban, como si se tratara de una venganza, por los altos niveles de ácido úrico que acumulaba, en parte por la dieta desordenada, los constantes tragos de Predilecto y los cientos de maní garapiñado que tragaba religiosamente.

Cuando sus detectives le hicieron la señal de aprobación para expresarle que poseían información suficiente para marcharse, el comisario hurgó dentro de la bolsa de su pantalón. Encontró una bolsita con maní garapiñado. Eran pocas. Abrió el plástico y las deslizó con velocidad hacia su boca. Les guiñó el ojo a sus muchachos y furtivamente se escabulleron entre la multitud.

Dos días después, bar el Pulpo Zurdo

—Como dice el descuartizador: vamos por partes. ¿Qué tienen de bueno entre sus notas y cabezotas?

Les habían servido media botella de Predilecto, acompañada de trozos de hielo, sal, limón partido, Coca Cola, agua mineral, platos con maní y frituras. Wenceslao sirvió tres tragos iguales. Los repartió. Frotó su espalda con la silla y se rebujó para escuchar los informes.

—Comisario, salud primero que nada. No cabe duda de que usted tiene un olfato, con todo respeto, de perro rastreador —expresó Fabio, mientras se empinaba el vaso, hacía muecas y lo devolvía vacío a la mesa—. Es el tercer muchacho, estudiante de la misma universidad y carrera, que muere en las dos últimas semanas. O es que los estudiantes de periodismo son muy alocados o han de haber hecho



alguna estúpida apuesta, pues todos los accidentados estaban a punto de graduarse. Qué terrible para sus padres, ¿verdad? Se llamaba Luis Higueros de la Roca, de veinticinco años. Coincide con la edad de los otros muertos. Quizá porque pertenecen a una misma promoción. Por la tarde me doy una vuelta por la morgue. Seguramente la familia no querrá la autopsia, pero eso lo arreglamos con el doctor Sierra.

—Por mi parte —dijo Enio— el automóvil estaba a nombre del padre del fallecido. Según investigué, fue comprado en una subasta en Miami. Lo trajeron por barco, pagaron los impuestos y comenzó a circular. Es un carro poco común. Casi no hay repuestos. En el taller realizarán los peritajes, pero por dentro se veía bien cuidado. Eso sí, es muy raro lo de las bolsas de aire. Quizá no le hubieran salvado la vida, pues iba como a 220 kilómetros, los detalles los tendremos más adelante.

Wenceslao sirvió otra tanda. Miró hacia el cielo raso cubierto de hollín y reafirmó que algo apestaba en esas tres muertes. Mientras almorzaban una sopa de gallina y se tomaban otro Predilecto, repasaron los tres casos. Enio y Fabio cambiaron a cerveza, pues no podían con el ritmo de su superior.

—El segundo murió hace exactamente una semana: se trata de Hugo Roberto Colindres Peñalba. Igual, veinticinco años, estudiante de Comunicación. Su muerte ocurrió mientras conducía por el bulevar de los Próceres. Parece que un motorista se acercó con intenciones de robarle el celular, él se opuso. Le dispararon. Un dato curioso es que no le robaron el teléfono. Absolutamente nada. El primer caso, sucedido hace quince días, ocurrió en la salida de la universidad. La víctima, Francisco Oliveros Trinidad, viajaba como pasajero en el automóvil de su novia. Dos autos los interceptaron. Primero golpearon a los dos. No secuestraron a la novia o al carro. Lo mataron y desaparecieron. Cada caso puede tener una explicación. Lo curioso, estimados, es lo que los

une. Eso me llama mucho la atención. Continuemos con el caso de los narcotraficantes en Zacapa, pero no dejemos de recabar información. Tengo una co-razonada al respecto. La última y nos vamos.

Alguien acababa de meter una moneda en la rockola. Habían comenzado las notas de *El Cantante*, de Lavoe. Wenceslao respiró profundamente. Llamó a Lidia y pagó la cuenta.

Colonia El Mezquital, una semana después

Wendy persignó al comisario. Le entregó su lonchera y salió a despedirlo a la puerta. Afuera, una patrulla manejada por Enio y copilotada por Fabio lo esperaba con el motor encendido, escupiendo humo blanco por el escape roto. Wenceslao caminó hacia ellos. Fabio le abrió la puerta trasera, Enio maniobró, saltó sobre túmulos y bocinó para que le abrieran las talanqueras que protegían la colonia.

—Este otro “accidente” sucedió en el bulevar del colegio Austriaco. Parece que la patoja se quedó dormida. El auto se desbarrancó. Ella murió en el acto. Esto confirma su olfato, comisario. Se trata de otra estudiante de esa universidad, próxima a graduarse de Comunicación. Es la primera mujer víctima de esta promoción. Sinceramente no creo que sea casualidad. Hay algo muy raro. Se me arruinó mi presentimiento, pues los nombres de los tres anteriores se parecen a los sobrinos del pato Donald, es decir Hugo, Paco y Luis, pero la de ahora, lo friega todo. Su nombre era Juana D. Echeverría Berganza.

—Un momento Fabio. ¿Cuál es el segundo nombre de la muchachita?

—Ya se lo averiguo. Espéreme un poquito.

Más tarde...

Arribaron al Palacio de la Policía, subieron las gradas de los tres pisos, saludaron a Julia, la secretaria del

comisario, y se internaron en la sala de sesiones. Solamente hacían tiempo, pues la parsimoniosa, pero efectiva secretaria, realizaba una llamada al comedor del otro lado de la cuadra, para ordenar tres desayunos con doble porción en todo. A los diez minutos ya se encontraban en La Dolorosa. Desayunaron frijoles, huevo, avena, plátanos fritos y mucho café.

—Enio, revisemos otra vez la lista de la promoción fatídica. Al paso que vamos, no se va a graduar ninguno. Ya vimos que es mucha coincidencia que todos tengan algo que ver con el pato Donald. Lo del segundo nombre de la patoja, Daisy, es más que evidente. Tendremos que ponernos duchos para las caricaturas. Espero que no, pero frente a nosotros puede estar la próxima víctima.

—Fabio, ¿coinciden en algo las autopsias practicadas a los tres?

—No, comisario. En lo absoluto. Había algo raro en la sangre de Luis. Se trata de residuos de estricnina. Es un veneno que se utiliza para atacar plagas de bichos, como ratas. Sierra me expresó que pudo haber sido inhalado o tomado conscientemente, ingerido por accidente o le fue suministrado. Ya sé qué está pensando, comisario. Considera la última, ¿verdad?

Durante algunos minutos revisaron la lista de estudiantes, los resultados de las autopsias, repasaron los informes de Enio sobre las conversaciones con los graduandos. Había cierta y lógica incomodidad entre los estudiantes.

Wenceslao no pudo más. Les pidió que urgentemente solicitaran una reunión con todos los “sobrevivientes”

de la promoción. Lo mejor era juntarlos en un aula de la universidad. Enio enfatizó que en breve se celebraría el acto de graduación, el cual estaría dedicado a sus cuatro compañeros fallecidos. Esa tarde iban a repasar la ceremonia.

El comisario va a la Universidad

Los estudiantes permanecían sentados como para recibir clases. Wenceslao parecía el profesor titular; Enio y Fabio, sus auxiliares. Explicó a los virtuales licenciados de sus sospechas y de la probabilidad de que alguno más podría morir en circunstancias “extrañas”. Les solicitó, como si fuera un examen, que escribieran situaciones raras; cualquier situación fuera de lo común, con cada uno y con los fallecidos. A los veinticinco minutos recogieron los escritos. Salieron casi todos. Un estudiante se quedó. Wenceslao pidió a Enio y Fabio que lo dejaran solo. Conversaron durante quince minutos. Al final, el estudiante, que se llamaba Donald Archila, se despidió, no sin antes solicitar protección.

Los tres policías leyeron los escritos de los estudiantes. Una relató que el día que murió Luis compartió sus últimos momentos de vida. Se tomó un té de limón, se despidió con un beso y al rato conoció de su muerte. Agruparon varias hojas, en las que expresaban haber recibido llamadas. Les anunciaban que habían ganado una lotería. Wenceslao cruzó miradas con sus detectives estrella mientras concluía que posiblemente se trataba de engaños, organizados



por bandas o desde las cárceles utilizados para extorsionar a quien respondiera.

—¿Todavía tenemos al informante en la cárcel?

Enio se encargó de rastrear las llamadas recibidas a los celulares de toda la promoción, pero hizo énfasis en los celulares de los muertos. Conjuntó otro equipo de intervención telefónica, tras enamorar a una jueza que dio la autorización para usar “escuchas” con los “sobrevivientes”.

Encontraron un número que aparecía en casi todos los teléfonos. Se trataba de un prepago con GPS, que lanzaba señal desde la cárcel de Pavón. Enio se dirigió hacia el sitio para ubicarlo. En una hora se ubicó, junto a un equipo, incluido un hacker freelance.

Wenceslao había conversado varias horas con su hijo de diez años para intercambiar información de programas de Disney. Seleccionó a cuatro estudiantes de la lista y los citó de emergencia. Había pedido a la rectora de la universidad que pospusiera la graduación, como una manera de prevenir otra muerte. Los estudiantes con nombres de Miguel, Plutón, Miriam y Clara Anabella confesaron que los llamaron para anunciarles premios. Les solicitaron que compraran varias tarjetas y que las cargaran al número indicado. Una voz imponente le dijo a Miguel: “Tú sigues, querido Mickey”.

Wenceslao nunca había visto caricaturas, pero estaba claro que el clan Mickey Mouse iba a ser atacado. Todos necesitaban protección inmediata. Llamó a Fabio, quien terminaba la investigación sobre los perfiles de los internos de Pavón. Tras decantar instintivamente, se quedó con pedófilos, perversos y mareros. Todos se ubicaban en el sector diez. Uno de ellos, además, estaba acusado de secuestrar, violar y matar a una joven en el Occidente del país. Apostó por este último y tras conversar con Wenceslao, quedaron de reunirse en la prisión con refuerzos.

El operativo fue relámpago. Julia coordinó todos los permisos legales, avisó a un comandante del

ejército para que ubicara tanquetas en las afueras y alertó al MP. Enio avanzó con su equipo. Tras encontrar resistencia de los detenidos arrojaron bombas lacrimógenas, rompieron candados y se dirigieron hacia el mencionado sector. Wenceslao ingresó minutos después. Encontró agazapado a Enio, quien con altavoz pedía cese a las hostilidades de los reos. Se escucharon detonaciones. Luego, comenzó la acción. Los agentes de avanzada, protegidos con escudos, comenzaron a capturar a los internos del sector. La resistencia duró como media hora. Finalmente todos fueron reducidos al orden.

Cuatro reos del sector diez fueron esposados y separados del resto. El comisario ordenó que solamente él, Fabio y Enio podían ingresar al sector. Cada uno se dio a la tarea de buscar evidencias. Wenceslao descubrió varias mochilas que en su interior portaban decenas de celulares. En una de ellas destacaba una lista de nombres y teléfonos, operaciones matemáticas de dinero producto de extorsiones y nombres de sicarios, con sus respectivas cuentas bancarias. A Wenceslao le extrañó que los teléfonos y la carpeta con la información estuvieran tan a mano. Pudo tratarse de que los reos se enteraron de la requisa y preparaban deshacerse de ellos. Continuó con la búsqueda. Fabio lo interrumpió para mostrarle una computadora portátil, la cual, evidentemente había sido golpeada o lanzada al suelo para destruirla. Fabio sacó de su bolsa del pantalón varios USB, los cuales había encontrado entre los colchones y las TV. El último en llegar fue Fabio, quien se acercó con una sonrisa como la de aquellos niños, que tras golpear la piñata, vuelven con una gran bolsa de dulces. Qué encontró, preguntó el comisario Pérez Chanán, quien presentía el valioso hallazgo de su detective.

—Son juegos de mesa, comisario. No tiene idea cómo estos cartones nos van a llevar a respuestas que desde ya nos estamos haciendo. Me parece que estos pollos están bien volados del coco, pues creo

que tuvieron que estudiar mucho para escoger a sus víctimas, planificar tan sofisticadas muertes. Quién sabe hasta dónde iban a llegar.

—Comisario, me imagino que tanto usted como Enio también han encontrado armas punzocortantes, cocaína, marihuana y hasta licor en este cuchitril.

—Sí, Fabio, pero todo eso no lo toquen. Dejémosle algo a los del MP. Localicen al hacker y me lo llevan de los huevos al laboratorio. Nos juntamos en dos horas. Buen trabajo, muchachos.

El comisario y sus dos detectives se diluyeron entre los demás policías, soldados y miembros del ejército. Enio se dirigió al director de la policía, quien impaciente gritaba que el ministro lo iba a destituir por culpa de Wenceslao. Tras explicarle detalle a detalle lo que habían investigado, el funcionario tomó la batuta en todo el operativo y pidió que los cuatro reos del sector diez fueran confinados en bartolinas separadas. Adujo que estaban siendo investigados por asesinatos que planificaron desde el penal.

Palacio de la Policía, cinco días después

El informe redactado por el comisario Wenceslao Pérez Chanán fue contundente. No dejaba ninguna duda al respecto de la implicación de la banda de Los Extras, integrada por cuatro reos, considerados de alta peligrosidad, quienes extorsionaron a una promoción de estudiantes de Ciencias de la Comunicación, próximos a graduarse. El trabajo del hacker consistió en ingresar a las computadoras, que fueron bloqueadas con gusanos protectores para no ser descifradas. Entró en sus sistemas operativos y descubrió la base de datos de los estudiantes. Su



historial de notas y pagos. Dos años atrás, uno de los informantes, de nacionalidad salvadoreña, se inscribió en la carrera de Comunicación. Incluso se hizo novio de una de las estudiantes de quien obtuvo valiosa información, además de conocer la casa de la mayoría de las víctimas. El delincuente huyó hacia El Salvador, pero Wenceslao se había puesto en contacto con Pepe Pindonga, colega de ese país, para dar con su paradero, capturarlo y devolverlo sin tanto trámite hacia Guatemala. El comisario destacó el juego de la muerte que la banda practicó para escoger a cada una de las víctimas. Efectivamente, tras varios días de fiesta con drogas y licor dentro del penal, uno de los cabecillas observó el Disney Channel y tras pasar un día entero de programación infantil, decidió que las primeras víctimas deberían de tener los nombres de sus protagonistas. La planificación de los “accidentes” fue auxiliada por el salvadoreño, que responde al nombre de Melecio Valeriano Verganza, quien se hace llamar El Chele Vara y firma sus órdenes como Mevaleverga. El sindicato participó directamente en los asesinatos: atacó con arma de fuego al primero, robó una moto para atentar contra el segundo, introdujo la estricnina en un té frío, rompió las bolsas de aire y drogó a la chica introduciendo éter en su pachón para que se estrellara.

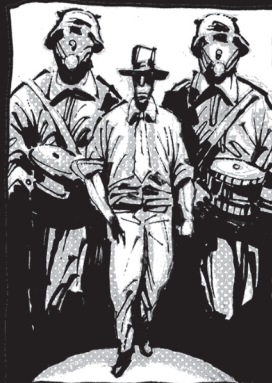
El director de la Policía presentó los resultados a la prensa. Seguramente se había ganado un anhelado ascenso. El comisario Pérez, Enio y Fabio evitaron a la prensa, salieron por una puerta de emergencia y se juntaron en el Pulpo Zurdo dos horas después. Tomaron Predilecto y Wenceslao escuchó a Lavoe varias veces. Comieron muchas boquitas, pagaron y se marcharon. A la hora siguiente, tras cruzar la ciudad, ambos detectives dejaron en su casa al comisario. Antes de entrar, Wenceslao les agradeció.

Cuando entraba escuchó que Enio le preguntaba:

—¿Cómo se sintió dando clases en la universidad, comisario? La pinta de catedrático ya la tiene.

El Sombra y Tito

en:
**No aclares,
que oscurece.**

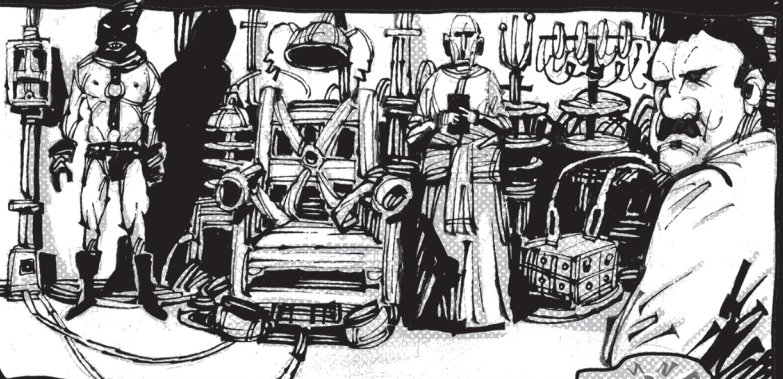


SOMBRA...

COMISARIO
DÍAZ...



TE ESPERÁBAMOS,
PUEDES TOMAR
ASIENTO.



Delete

Miguel Ángel Molfino*

Tenía que entregar la novela al editor en un mes y Rocco, mi detective, andaba todavía en ascuas: no tenía idea de quién era el asesino de Thelma Moro y su sobrina. Y yo menos, lo cual era dramático. Sin que yo lo supiera, el pobre Rocco estaría perdido. Y la novela también.

Había sido un asesinato cruento en el que no me privé de salpicar sangre. Calculé que aún me restaba la mitad del libro y sólo tenía el doble asesinato y un testigo, un chico autista moviéndose y gritando en una esquina de un parque. Tuve la intuición de que esa tarde pasaría algo desusado, “olor a inminencia” que le dicen, pero lo deseché. Soy un tipo sin olfato: sinusitis crónica.

Regresé a la computadora, prendí el último cigarrillo y abrí el archivo.

La pantalla de la PC me escrutaba azulada, acuciante, con ese leve temblor electrónico que no hacía más que despertar la bestia oscura de mi ansiedad. *Maldito bloqueo*. Tal vez esta parálisis me estaba diciendo algo. *Estás viejo, muchacho, ya se te está notando*. Había cumplido los cincuenta en abril y los había recibido con una borrachera de órdago. Fue una noche fatal, discutí con Lola y casi me fui a las manos con el portero cuando abrí la puerta cancel a mi novia para que se marchara, balbuceando insultos

que, al otro día, parecían haber quedado sepultados bajo la cruda.

Llevé el cursor hasta el comienzo del último párrafo escrito y releí con la esperanza de que me hiciera hervir de ganas de retomar la maldita novela. Cuando empecé a bajar el cursor por el texto me pareció escuchar —con bastante claridad— el clásico sonido de la hoja de un cuchillo afilándose. Pensé que tendría que llevar la computadora para que me la chequen, hacía rato que no visitaba un service.

“Ibamos por la ruta 11 en dirección oeste. Toni encontró una cinta rosa de la sobrina de Thelma Moro, una de esas que se usan para ceñir el cabello. La halló tirada muy cerca de la palanca de cambios. Estuve a punto de pedirle que la guardara, me traía recuerdos que ahora dolían; Toni no estaba al tanto de ese romance que tuve el último verano. El paisaje que recorríamos se fragmentaba en decenas de grietas reseca. Si alguien me hubiera preguntado cómo debe verse la superficie

* Buenos Aires, 1949. Escritor, periodista y poeta. Ha publicado las siguientes novelas: *Monstruos perfectos* (2010), *Y colorín, colorado, tu vida se ha terminado, La polio* (2014), *Saluda a la muerte de mi parte* (2014), *El beso de la rosa negra* (2015), *Pampa del infierno* (2017, Primer Premio Espartaco a la mejor novela histórica en la Semana Negra de Gijón, 2018).

de Marte le hubiera dicho "mirá a tu derecha, ahí la tenés". Entonces Toni empezó a hablar de los perjuicios que ocasionan estas sequías prolongadas, y me señaló el cadáver de una vaca con sus cuatros patas mirando al cielo. Jamás me había interesado ese asunto del cambio climático y justamente en ese momento no me atacaría ningún interés por salvar nuestro deleznable planeta. Me coloqué en modo chofer sordo y me volví a preguntar por qué Thelma Moro había dejado ese mensaje en mi contestador, casi veinte horas antes de que se encontrara su cuerpo salvajemente asesinado. Entender ese punto, sospechaba, me haría avanzar en la pesquisa. Rocco, me dije, hace días que tu cerebro está nublado y ni siquiera hay perspectivas de que lo hagas llover".

Hasta allí había llegado. Me recosté en el respaldo de la silla sin dejar de mirar la pantalla. Volví a escuchar el filo del cuchillo pasando por una chaira o una piedra.

Sin inspiración, sin cigarrillos, sin Johnny Walker, mi vida entre esas paredes carecía de sentido. Iría al Fat Cat, unos tragos de un buen malta simple pueden abrir hasta las tinieblas más densas. Guardé el archivo y cerré la computadora. Ya era de noche y el frío temblaba en el aire. El diario de la esquina también.

Bajé los dos pisos por la escalera. Compré cigarrillos y cuando voltéé para buscar un taxi, reparé



en que había olvidado encendida la luz de la lámpara de mi escritorio. Me gustó el efecto: una aureola de oro ayudaba a disimular las paredes húmedas y desconchadas. Subí para apagarla. Me costó trepar la docena de escalones, el cigarrillo quita piernas.

Entré al cuarto y vi un chorrito de sangre que corría por el teclado. Busqué un trapo y lo limpié. ¿Qué era esa sangre? Me senté, prendí la computadora, abrí el archivo. La novela había avanzado, alguien había escrito una página más. ¡Y había liquidado a mi detective! Le habían abierto el abdomen con un perfecto tajo de *sepuku*. Entendí que la sangre que persistía saliendo de la computadora provenía de esa horrible herida.

Esto no me podía estar pasando. ¿Quién escribió esa página, y de dónde, si no de la herida de mi detective, fluía esa sangre fresca y lenta?

Decidí afrontar el misterio: me quedaría frente a la pantalla para ver si el texto avanzaba sin que yo lo escribiera. Fui al baño y volví. A poco de entrar al cuarto casi pego un alarido. La pantalla chorreaba sangre y corría entre el teclado para caer sobre la alfombra de yute. Me acerqué a la pantalla y leí que "*Luis Vega había caído en la trampa, ya tenía ensartada una enorme Katana en su espalda...*"

Retrocedí espantado. Luis Vega era yo y según leía me estaba desangrando y mi sangre corría por fuera de la PC como un manantial espeso. Retrocedí, tropecé y caí de espaldas sobre el ventanal que da al diminuto jardín de invierno. Estalló en mil pedazos y uno de los más grandes, como si mi espalda fuera de manteca, se deslizó en mi carne, me atravesó y supe que había empezado a morir.

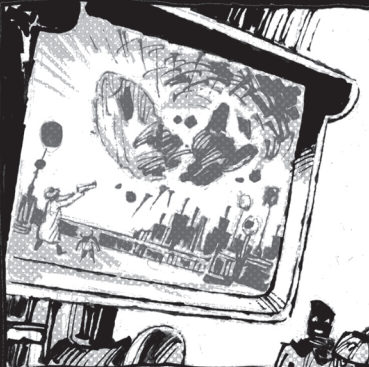
Alcancé a leer cómo el texto se autocorregía. Ya no era una katana lo que me estaba matando, era una aguda lámina de vidrio. Ahora sabía quién había asesinado a las dos mujeres.

Cerré los ojos mientras escuchaba el sonido implacable de los bits asesinándome.

SEÑORAS, SEÑORES. HOY TERMINAREMOS CON LA CARRERA DE ESTE QUE SE DICE "COLABORADOR" DE LA POLICIA, EN REALIDAD UN CÁNCER SOCIAL.



¡ROLEN EL VIDEO!



LUEGO DE UNA SERIE DE INVESTIGACIONES, HEMOS LOGRADO PUNTUALIZAR CIERTOS HECHOS QUE LO LLEVAN A LA SILLA JUSTICIERA.



¡ESTE CRIMINAL SE HA LLEVADO LA VIDA DE VALIOSOS AGENTES DE LA LEY!

*

BUENO, SI FUI YO, PERO TENGO REDONDAS Y CONTUNDENTES EXCUSAS.



PERMISO.

¡LAS PRUEBAS SON CLARAS! FOTOS, VIDEOS Y TESTIGOS LO COLOCAN EN CADA ESCENA DEL CRIMEN!



¡PROCEDAN!



¡ALTO!



¡¡DETENGAN LA EJECUCIÓN!!

* VER "EL SOMBRA" Y "EL SOMBRA Y TITO", EDITORIAL RESISTENCIA

Cuestión de buen gusto

Alfonso Morcillo*

Alcancé mi vaso y bebí despacio. La puerta del edificio se cerró, se oyeron pasos en la calle tranquila. Un coche se puso en marcha no muy lejos. Arrancó velozmente con un áspero rugido en la noche. Volví a la cama y la miré. La huella de su cabeza permanecía todavía en la almohada, y la de su cuerpo corrompido en las sábanas. Dejé el vaso vacío y deshice la cama con furia salvaje.

Al despertar, el olor frutal de su perfume barato permanecía flotando en la habitación. Unos cuantos cabellos rubios, tanto entre las sábanas como sobre la alfombra, brillaban a la luz del sol que neciamente se colaba entre las persianas. Me incorporé y sobre la mesa al centro de la habitación, un vaso de whisky pálido, cuyos hielos se habían derretido hacía muchas horas, me ofrecía su amargo sabor.

Qué hacía ella ahí, esperándome con su cuerpo caliente, era la pregunta que no dejaba de darme

vueltas en la cabeza. Otro hombre en mi situación habría tomado lo que se le ofrecía. No yo. Un viejo policía al que no podía engañarse tan fácilmente. O al menos eso pensaba.

Clara se me había ofrecido porque esperaba lograr algo, ocultar algo, desviar mi atención de algo que se traía entre manos. Veinte años en distintas corporaciones de policía le afinan el olfato a cualquier sabueso y yo no era la excepción. Además, por la situación en que se encontraba el país uno debía dudar hasta de la esposa y los hijos.

Bebí el último trago del whisky y me metí a bañar. Salí después de las diez. La resaca aún hacía mella en mis reflejos y mis ojos resentían el brillo del sol de ese verano bastante caliente. Un vendedor de periódicos en el semáforo pasó entre los autos mostrando el titular del día. Más ejecutados. La suma llegaba ya a cerca de los cinco mil. En la foto se apreciaba una pila de cadáveres desnudos sin cabeza. Compré

* Ciudad de México, 1972. Periodista y comunicólogo. Es autor de un libro de cuentos, *Edificio A Departamento 69* (2009). Ha publicado relato, cuento y crónica en las antologías *México Noir* y *Lados B*, de Nitro Press, *El salario del Miedo* y *Negras intenciones*, entre otras. Ha sido colaborador en diversas revistas underground, fanzines y portales. Cuando hubo la explosión de blogs mantuvo tres diferentes durante cerca de una década. Este relato forma parte de la antología *Negras intenciones*.



el diario sólo para echarle una ojeada, en la oficina seguro que ya habría suficientes periódicos y carpetas y correos informando del hecho y todo mundo estaría vuelto loco, dando vueltas de aquí para allá sin hacer realmente nada.

Era en esos momentos cuando agradecía que me hubieran cambiado de área. La delincuencia común, los raterillos por hambre, los asesinatos pasionales, los accidentes causados por ebrios, los ladrones de autos o autopartes eran mejor que luchar contra un enemigo que todos sabíamos estaba dentro. Mi pellejo no peligraba tanto como el de otros, ni tenía que soportar amenazas y menos recibir cheques millonarios para dos años más tarde morir en mi casa y antes ver descuartizada a mi familia.

Eso iba pensando cuando entré en la oficina. El olor a ser humano, el calor, los murmullos que se hacían

escándalo, el sonido de las viejas máquinas de escribir a todo lo que daban, podían arruinarle la vida hasta a un monje budista. Pasé sin saludar a los agentes que atendían a las decenas de personas que desde esa hora atestaban la agencia con sus asuntos. Me metí en la oficina y vi a Clara rascarse los pechos y jalar el resorte de su sostén sin un mínimo de discreción. Me vio entrar y acentuó el gesto de rascarse. Me cerró el ojo. Al parecer no estaba molesta porque la había echado de mi casa, aunque quien tendría que estar molesto era yo. Meterse en la casa de un policía judicial, aunque fuera mi subordinada y asistente, ameritaba que le metiera antes que unos balazos una madrina inolvidable.

Le seguiría el juego hasta ver a donde quería llegar, pero me daba mala espina su zalamería, sus gestos, sus insinuaciones de un día a otro. Tampoco

me excitaba ni me provocaba nada; a otros quizás sí, no a un viejo que rondaba los cuarenta y ocho, con dos divorcios a cuestas y media decena de hijos regados por aquí y allá demandando dinero.

Clara, a sus treinta y tres años, aún conservaba una esbelta figura, sus piernas se adivinaban macizas debajo de sus eternos pantalones blancos. No había asomo de celulitis y su rostro, sobremaquillado, no mostraba los estragos causados por sus polvos de colores. Sus pechos eran firmes aunque pequeños. Sus labios carnosos enloquecían a más de uno en la agencia. El lugar común era decir que esa boquita la querían no precisamente para dar las gracias. Le pregunté si había alguna novedad.

—¿Novedad de qué, comandante?

—Novedad de lo que sea —dije cortante.

—No, ninguna.

Le arrojé el periódico.

—¿Y esto qué chingados significa? —agregué.

—Eso ya no es novedad, lo sería si atraparan a los asesinos—. Tenía razón. Recogí el periódico y le pedí la carpeta sobre la investigación del caso del asesinato de un homosexual en su departamento de la colonia Juárez. Me miró. Sabía que cuando le pedía una carpeta me pasaría el día encerrado pensando tonterías y haciéndole el día menos agradable.

—Perdón, comandante, ¿no tiene un cita o algo por el estilo?

—Cancela todas las jodidas citas que tenga para el día de hoy, no saldré a interrogar maricones. Es más —dije fastidiado—, cierra la puerta y siéntate; me vas explicar qué chingados hacías anoche en mi departamento y cómo te metiste y qué carajos es lo que estás buscando de mí.

La sonrisa se le fue de los labios. Ni el color de sus polvos pudo ocultar la palidez que le subió al rostro.

Se sentó. Yo tomé la botella de whisky que reposaba dentro del cajón de mi escritorio. Un whisky barato para estas épocas de crisis, ni la marca me atrevo a

decir. Me tomé mi tiempo para que se recompusiera, abrí el frigobar, puse dos hielos sobre un vaso y lo llené hasta la mitad. El color ámbar se mezclaba con los cubos produciendo una especie de separación entre agua y aceite que me gusta observar siempre que me sirvo. Olí el vaso y le di un trago corto, el primero, en serio frío, de la mañana. Me senté detrás del escritorio.

El trago me hizo sentir el actor principal de una película gringa de infalibles policías que todo lo resuelven con su inteligencia y sin rasguños.

—Y bien —dije, imaginándome aún en el papel de la película que corría en mi cabeza.

—Tengo problemas.

—Todos tenemos problemas —dije saltando de la silla.

—Un gran problema —se apresuró a contestar.

—Un gran problema —repetí para evidenciar que me estaba cansando de su juego.

—Debo dinero.

—Carajo, Clara, todos debemos dinero y tenemos preocupaciones por algo. Dime qué quieres o qué te pasa —estallé.

—Debo dinero de drogas y no tengo con qué pagar y no sé qué hacer.

—Y qué mierdas hace una secretaria de ministerio público metida en pedos de drogas —dije, arremedándola un poco.

—Con algo tengo que completar y pagar las tarjetas —repuso, agachando la cabeza.

Dinero. Yo lo necesito para pagar la pensión a dos mujeres y cinco hijos que gastan como ricos, pensé. La miré en espera de que continuara. Agité el vaso haciendo que el choque de los hielos contra el vidrio fuera el único sonido que ahuyentara el escándalo de fuera.

—Me amenazaron con que si no pagaba la pasaría mal.

Eso tenía más sentido, así que di otro sorbo al vaso y le pregunté quién le daba la droga; dónde la vendía



y por qué debía, si el de las drogas es un negocio de poca inversión y seguro para obtener ganancias rápidas; y cuánto debía y cuándo debía pagar. Eran muchas preguntas para una secretaria asustadiza e imbécil que quería jugar en las grandes ligas.

—No le puedo decir todo eso, comandante.

—Entonces qué chingados necesitas de mí —dije, apurándome a beber el contenido del vaso para dar por terminada la conversación.

Se soltó a chillar. Había visto tantas mujeres y hombres llorar ante un mínimo interrogatorio que me pareció enternecedor su gesto. La dejé desahogarse. Me serví otro trago y esperé a que continuara.

Me dijo que alguien en la agencia le proporcionaba la droga que se llegaba a decomisar a pequeños distribuidores para que ella la vendiera en su barrio, entre sus conocidos. Sólo podría haber dos cabrones que le dieran la coca decomisada, unos hijos de puta en el sentido literal de la palabra.

—Pues te metiste en un verdadero pedo, Clarita —dije lo obvio—. Esos hijos de la chingada que te dan la coca, todo mundo lo sabe, están bien parados y no necesitan ni siquiera un quinto de lo que tú puedas llegar a vender. Querían joderte y lo están logrando. Por qué o para qué, no lo sé —dije, sabiendo que lo único que podría decirme era confirmar mis sospechas sobre Barradas.

—Y en cualquier caso —continué— no sé en qué te puedo ayudar y no estoy dispuesto a ayudarte porque yo mismo no quiero problemas. Cada quien arregla sus broncas como puede, Clarita —terminé el vaso de whisky y me levanté para dejarla en mi oficina, sola.

Salí hacia el baño y Barradas estaba ahí fuera, al pendiente, lo saludé con un gesto indiferente. Después de unos minutos me fui de la agencia. Si ellos tenían sus asuntos yo no quería enterarme, yo tenía aprietos familiares y casos que resolver aún pendientes.

Por la noche, al regresar a casa, ahí estaba la cama revuelta, no pude olvidar cómo la había encontrado la noche anterior y sacudí las cobijas para ahuyentar su presencia. Bebí un vaso de whisky, abrí la ventana para dejar entrar un poco de aire y me dormí.

A las siete de la mañana una llamada en el celular me despertó. Era Rodríguez. Acababan de encontrar muerta a Clara dentro de su departamento. No había señas de violencia ni balazos. La habían acuchillado en el cuello y hasta ese momento no se tenían pistas. Querían averiguar si yo sabía algo, dado que se quedó en mi oficina llorando hasta las dos de la tarde, hora en que salió trastornada para que ya nadie supiera más de ella. Le contesté que no sabía nada pero que de inmediato me vestiría para acudir a la escena del crimen. Esta frase era tan común que en el momento en que la dije pensé que era una estupidez sin sentido. Rodríguez me dio la dirección y yo me metí a bañar.

Bajo la regadera pensaba si habría sido Barradas o alguien de su gente. Si la habían presionado para confesar quién estaba enterado de sus líos me metería en una nueva dificultad. Aún hoy me sorprende la capacidad que tienen los pinches muertos de meter en problemas a una persona respetable.

En el departamento de Clara había varios peritos que levantaban muestras. No es lo mismo ir a levantar un muerto baleado en un lote baldío que en una casa. Y no es lo mismo un muerto cualquiera que una secretaria de ministerio público. Un enjambre de fotógrafos presionaba para entrar al edificio y tomar sus imágenes.

Rodríguez me explicó que a primera vista no había huellas de tortura ni se había forzado chapa alguna.

—A los ojos de muchos tú serás un sospechoso —soltó.

—A mí no quieran embarrarme en pendejadas, mejor encuentran al cabrón que lo hizo —dije fastidiado.

Al llegar a la agencia y entrar en mi oficina Barradas se bebía algo de mi whisky, sentado en mi silla. Retiró el vaso de sus labios, lo levantó y paladeó su sabor.

—Tienes buenos gustos, Garfias —dijo mirando el vaso.

—No estás aquí para decirme si tengo o no buenos gustos —le atajé.

—Cierto. Estoy para decirte que cualquier pendejada que te haya dicho esa zorra más te valdría olvidarla —levantó el vaso en mi dirección, señalándome con su dedo índice.

—No sé de qué me hablas, ni de qué zorra, ni de nada que nadie me haya dicho nada. Cada uno tiene suficiente con sus propios chismes.

—Eso es lo que quería escuchar —dijo, enderezándose—. Y lo único que tienes que saber es que ella no andaba en ningún pedo de drogas.

—Eso es saber mucho y no quiero conocer nada, Barradas. Así que olvidemos el asunto. Tú a lo tuyo y yo a lo mío —dije arrojando mi saco sobre el escritorio.

—Me gustas, pinche Garfias, es una lástima que no hayas querido entrar en el negocio. Pero así es mejor. Ya sólo te digo que así es como terminan las zorras que no son fieles. Tú debes saberlo —dijo y se levantó de mi silla, dejó el vaso y pasó a mi lado en dirección a la puerta—. Es bueno tu whisky, Garfias, ojalá pronto nos tomemos uno en otro lado.

—No creo que nunca nos tomemos ni un vaso de agua —dije dándole la espalda.

Barradas salió cerrando con cortesía la puerta. Yo me serví un trago para tratar de despejar la mente. En esta jodida profesión uno nunca sabe cuando es verdad lo que le cuentan. Y menos sabe en los problemas que una mujer puede llegar a meterlo. Miré el whisky. La botella casi se terminaba. Pronto tendría que ir por otra para concentrarme en resolver mis propios asuntos.

Mala sangre

Rebeca Murga*

“Después de todo, qué es el cuerpo, hermanito. Vamos todo el tiempo contra él. Y el tiempo es cada vez más corto. No te alcanza para un joraca. Por eso, lo mejor, es tener la conciencia clara. Y como decía el poeta: la mejor manera de esperar es ir al encuentro”.

Guillermo Saccomanno, *Zippo*.

Las ratas. Odio las ratas. Hurgan en los espacios como si fueran cachorros de perra. Devoran la comida con la rapidez de los conejos. Eso debieran ser: perros o conejos; pero prefieren ser ratas merodeando en la cocina.

Son tantas que se atropellan, como las penas de esa canción que recuerdo para no arrepentirme después, cuando ya no haya remedio. Se agolpan unas a otras y por eso no me matan; porque descargo contra ellas, escoba en mano, toda mi fuerza de hembra y hombre de la casa: de mi cama, mi baño y mi cocina.

Mi casa es un basurero sin macho, varón, tipo, fulano que haga algo por mí y por ella.

—¡Café! —grita desde la sala la mayor de mis desgracias.

Qué suerte la de mi madre, qué sabia fue al morir temprano y evitarse el disgusto de un hijo sinvergüenza y amputado. ¿Por qué me nombraría Arminda si luego iba a dejarme tal herencia?

Arminda, la armonía.

Arminda, la paz del hogar.

Arminda sin marido, al filo de los cincuenta años y con unos calores que se agudizan con la leña del fogón.

—¡Café! —repite quien insiste en ser llamado mi hermano querido.

Mi hermano del alma, la mala sangre que decidí salir de la prisión y desgraciarme la vida al precio que hubiera que pagar, como las ratas tras el queso.

Un demonio que llenó de keroseno sus venas; porque en la cárcel es muy duro convertirse en la cantimplora de los hombres y él, allá dentro, no podía ni merecía ser más que eso.

Un pendejo sin brazos y sin piernas. No necesita de ellos para vivir quien tenga una hermana que se llame Arminda.

Una raza nueva. A quien el keroseno, para mi desgracia, no le destruyó la lengua.

Me lo prometió en la cárcel: “Si me dejas aquí me quitaré la vida”; pero no es del tipo de hombres que

* La Habana, 1973. Narradora y crítica literaria, master en Educación. Ha publicado en el género negro *De rosa a negro* (2018), *Crimen sin castigo* (2017), *Los aprendices* (2012 y 2016); *Iris, Cuaderno del emigrante* (2016), *Y comieron perdices* (2011 y 2014), *Todas las emes del mundo* (2011) e *Historias al margen* (2005). Obtuvo el Premio Internacional de Relatos Policiacos de la Semana Negra de Gijón, España, 2004.

piensan que lo prometido es deuda. Cuando volví a verlo, su promesa ya era una amenaza: "Lo he pensado mejor, casi me quitaré la vida".

Él fue un hombre de amenazas. Ya no. Ya no engaña a nadie.

—Libertad para el tullido —sentenció mi capitán y lo trajimos a casa en su silla de ruedas.

Libre.

Sin keroseno en sus venas.

Libre.

Sin brazos y sin piernas.

Libre.

Libertad para el tullido; porque, como las promesas, las amenazas se cumplen.

—¡Café! —insiste el amor de mis amores.

Soy Arminda, la armonía.

Arminda, la paz del hogar.

Arminda, la sin marido que no logra prender el fogón de leña.

No nace lo que no crece. Así reza en el libro de la vida como si hubieran pensado en él para escribirlo: en las uñas de sus manos y en los huesos de sus carnes. En sus entendederas necias.

¡Por Dios, qué rata! El hambre las obliga a salir del escondite y descuidan su intuición de animal en peligro. El hambre y una cría que alimentar. Por eso rebotan contra el queso cuando logro estar atenta, dominar la escoba y partirla en dos el espinazo.

El espinazo. Nada más que espinas le quedan al tullido y eso gracias a mi capitán, que me detuvo cuando quise golpearlo. Lo pensé, sí, y no sólo una vez.

Mi capitán es una persona buena. Él cuidó de mi hermano en la calle y lo favoreció en la cárcel.

Somos buenos amigos. A veces, como ahora, viene a vernos y pregunta qué necesitamos.

—Ya no necesito nada.

—No empieces con lo mismo, Arminda.

—Lo que necesité de ti debí buscarlo en otros; pero no, preferí ponerme vieja en la cocina.

—No te hagas la infeliz.

—Libertad para el tullido, ¿recuerdas? —le repito sus palabras a modo de respuesta.

—Es libre, Arminda, no te quejes.

Él jura que me ayuda por los viejos tiempos. Por lo que pudo ser y yo, por cobarde, no dejé que sucediera.

—Sin brazos y sin piernas.

—Libre, Arminda.

¿No ve que sus palabras son a mis oídos lo que el cuchillo a la carne? ¿Lo que la escoba a las ratas?

—Vivo. Sin keroseno en sus venas.

—Libre —dice y sabe que me hiere.

Porque las penas compartidas duelen menos, y porque está tan solo como yo, repite sus palabras cada día. A la misma hora, cuando viene a casa con el pretexto de saber sobre el tullido. En la cocina, el sitio que nos hace realmente libres.

Ya no le gusto a mi capitán. Ya no somos los de antes y hay cosas que no tienen remedio.

—¡Café!

Cuando aún no era capitán me quiso hacer su novia; pero mi hermano dijo que no quería soplones en la casa y tuve que seguir robándole los besos a mi almohada.

Él sabe de los besos. Y de mis manos en los pezones. De mis dedos haciendo de las suyas y el temblor de mis caderas.

—¿Cómo pude ser tan tonto?

—Cobarde es la palabra —rectifico y al fin logro que arda la leña.

Su lengua habla de errores. La mía de soluciones.

—¡Rata del demonio, ya tú no haces más el cuento! —protesto y él me mira.

El capitán me hubiera hecho feliz, pero ya no hay suerte para bodas.

—¡Café!

Si el tullido no hubiera matado a la vieja, yo sería como las rubias de las revistas; esas mujeres de uñas y pies finos que se afeitan su cangrejo y vuelven locos a los hombres.

¿Le gustaré a mi capitán si me afeito el cangrejito? Tal vez no. Quizás prefiera las cosas a la antigua, como eran cuando debió montarme sobre el lomo de su caballo.

Quién me viera, irresistible para mi capitán, como las rubias.

Arminda, la de las nalgas de oro.

Arminda, la de las tetas lindas.

Pero mi hermano tuvo que empujar a la vieja. Y la vieja decidió morirse; porque también se ha escrito en el libro de la vida que padeceré las malas rachas.

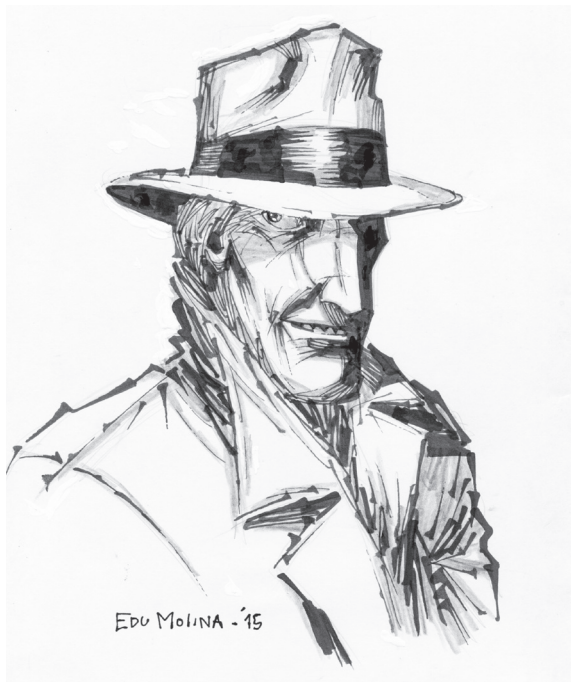
Lo de la vieja fue casualidad. Una desgracia para quien engordaba con bajezas su expediente de hombre nacido con suerte para los delitos.

Dichoso cuando extraía las carteras de los bolsillos ajenos.

Y arrimaba entre la multitud su cuerpo lujurioso al de las hembras.

Afortunado si pedía dinero a cuenta de otro.

Y bajaba los pantalones del más débil.



—¿Otra vez callada? —dice mi capitán, que ya comienza a acostumbrarse a mis silencios.

—Hablando para adentro, como las locas.

—Tú no estás loca, Arminda. Solo necesitas dedicarte un tiempo.

—Acabar con estas ratas es lo que necesito.

—Eso se resuelve con veneno.

—No hace falta. De ti solo quiero besos.

—Arminda, por favor, cambiemos de tema.

—Para todas las cosas hay una última vez, ¿no?

Un día fue el de la mala estrella para quien aún no era el tullido; porque la vieja cae, se golpea la cabeza y muere.

Las ratas son ágiles para sortear obstáculos; la vieja no. Ella cayó en la ratonera de su silla de ruedas. Bajó la escalinata, peldaño a peldaño.

Colosal la escalinata.

Lenta la silla de ruedas.

Tal vez mareada la vieja.

Quizás muerta del susto y no del golpe en la cabeza.

Él lloraba cuando lo esposaron. También cuando dijo “si me dejas aquí me quitaré la vida”. Después no hubo llanto, como si el hecho de pensar mejor las cosas le hubiera secado por dentro. Creo que sonreía tras decir “casi me quitaré la vida”.

—¡Café! —chilla el culpable de mis penas y una cría se escapa de mi escoba.

Yo soy la samaritana. La que pongo en su boca el alimento. La que pago a otra hembra el precio por su placer, cuando al tullido le aburren las revistas de las rubias de cangrejito sin pelos. No digo a veces. No digo quizás. O tal vez. Simplemente es así, como un grito que no da margen a las posibilidades: soy la samaritana.

—Eres de oro —es el consuelo de mi capitán.

Arminda, de oro como el vellocino. Con mi casa convertida en un basurero sin macho, varón, tipo, fulano que haga algo por mí y por ella.

Arminda, de oro como las rubias de las revistas;
esas hembras que no saben de ratas.

Las ratas. Odio las ratas que arrugan mi existencia.
Si fueran perros o conejos; pero no, son ratas que
envejecen como mis penas.

Mi capitán insiste en el veneno. Desconoce que
para acabar con ellas no necesito de sus buenas
intenciones.

—De ti solo quiero besos —le recuerdo. Y pongo
en la taza las gotas del remedio.

Me han dicho que esa fórmula no falla. Que no hay
rata que quede viva. Es apenas un pedacito de zinc
corroído en el ácido de la limpieza. Una enjundia que,
gota a gota, les pudre la sangre hasta matarlas. Cinco
días es el plazo.

—¡Café!

—¿Le llevas a mi hermano? —le pido a mi amado
capitán—. Aquí va su remedio para los dolores.

Él, una vez más, cumple la tarea de llevar la

pócima a quien un día fue un hombre de amenazas y
hoy no engaña a nadie. Cuida al hermano que no tuvo.
Al amigo que nunca le llegó. Al hijo que jamás tendrá.
Los hombres son demasiado predecibles.

Le acerca la taza a la boca. La rata deja de chillar.
Bebe.

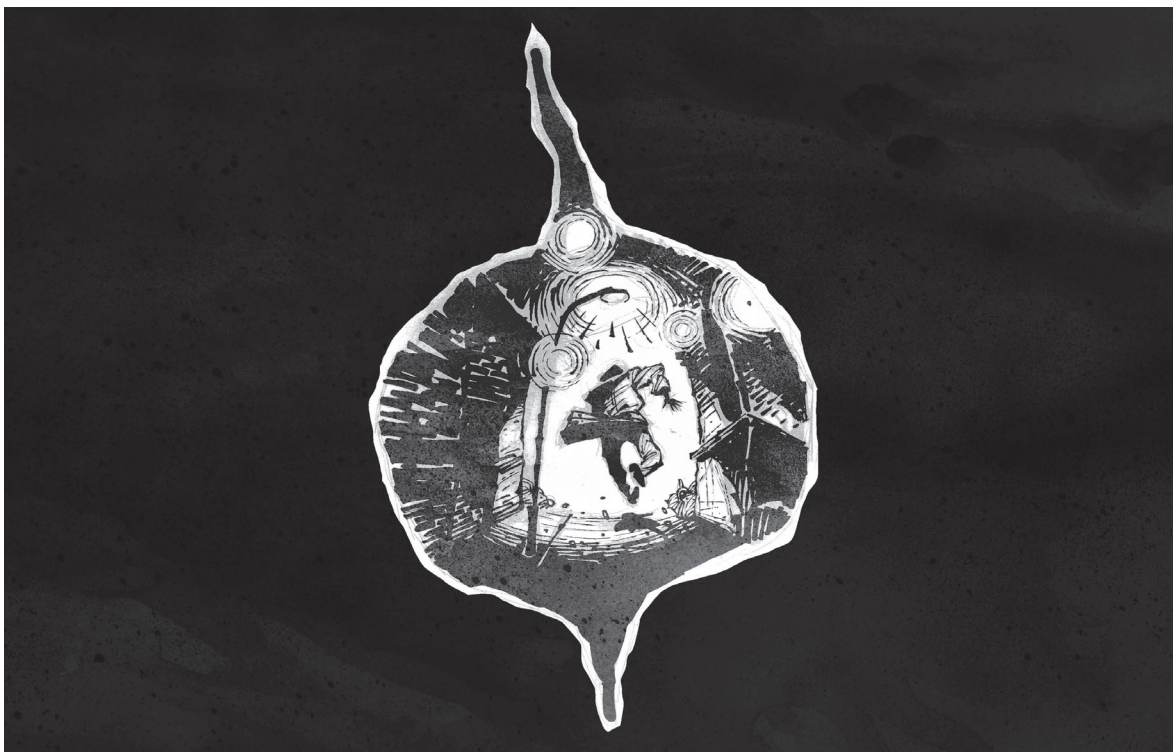
Después de todo, qué es el cuerpo, hermanito.
Vamos todo el tiempo contra él. Y el tiempo es cada
vez más corto.

Libertad para el tullido. No todos tienen el derecho
de aferrarse a la vida. Por eso, lo mejor, es tener la
conciencia clara.

Pobre capitán mío que pronto será el hombre más
solo del mundo.

Hoy es el quinto día. La mala sangre acabará de
saturarse con el brebaje.

Yo bebo mi taza. La mejor manera de esperar es ir
al encuentro. Quizás, pronto, también para mí se haga
la luz.



Segunda vida

(Fragmento de novela)

Guillermo Orsi*

Aceptaré que he nacido de nuevo cuando un balazo ponga fin a mi presunta segunda vida.

Cuando volví de Malvinas creí que el pueblo argentino estaría en las calles, si no para vitorearnos —porque habíamos perdido— al menos para consolarnos, calentar el alma de los congelados en las islas.

No había nadie.

Nos desembarcaron de madrugada y entramos en los cuarteles sin despertar a la guardia, como un ejército enemigo, empujándonos unos a otros en la oscuridad, llorando de odio y algunos, todavía, de terror. Se había acabado la guerra, nos apagaron la luz en mitad de la carnicería y nos sacaron por la puerta de servicio. Heridos, mutilados, muertos o condenados a serlo en uno, dos, diez años.

Todavía adolescentes, habíamos resistido a los soldados ingleses y a sus mercenarios gurkas, nos

habíamos cargado a unos cuantos, los que pudimos. Pero al mirarnos por primera vez en los espejos descubrimos que nuestros enemigos éramos nosotros mismos.

Antes de ir a Malvinas la guerra era asunto de yanquis contra nazis, películas rusas insoportablemente lentas, la serie de televisión en blanco y negro *Combate*, soldados con cascos ladeados, sueltos, a lo cowboys, cigarrillo apagado que cuelga de la comisura, mirada penetrante, vencedora.

Mientras nuestros propios oficiales nos mataban de hambre y de frío, y nos estaqueaban sobre la nieve por haber robado el alimento que ellos acaparaban, Rambo empezaba en los cines su campaña militar de un solo hombre, reventando a balazos de Hollywood a los miles de vietcongs que cinco años antes habían tomado Saigón para rebautizarla Ciudad Ho Chi Minh.

Nos desembarcaron de madrugada, como a leprosos, soldados de un ejército invasor sin oficiales, solos y

* Buenos Aires, 1946. Ha publicado las siguientes novelas: *El vagón de los locos* (Premio Emecé 1978), *Cuerpo de mujer* (1983), *Tripulantes de un viejo bolero* (1994), *Sueños de perro* (Premio Umbriel/Semana Negra 2004), *Buscadores de oro* (2007), *Nadie ama a un policía* (Premio Carmona de novela negra 2007), *Ciudad santa* (Premio Hammet 2010, Semana Negra de Gijón), *Segunda vida* (2011), *Fantasma del desierto* (2014), *El árbol del Vaticano* (2014) y *Siempre hay alguien a quien matar* (2015).

ciegos. El pueblo que días antes nos había empujado fiesteramente al patíbulo había desaparecido de las calles, estaba triste. No porque hubiéramos perdido la guerra sino porque la Argentina había quedado eliminada en el mundial de fútbol de España.

Hacía frío, esa madrugada, mucho. Por un momento extrañé el clima polar de las islas. Vos no estabas, quién iba a avisarte que volvíamos.

Tampoco, y de eso tardé en darme cuenta, era yo el que volvía.



MIENTRAS USTEDES SE DEDICABAN A CRUCIFICAR A UN INOCENTE, HEMOS IDENTIFICADO AL VERDADERO CULPABLE!



ESO...

AUNQUE "EL SOMBRA" ES UN HÉROE SOCIAL, TAMBIÉN POSEE SU IMITADOR, UN COPICAT, COMO LOS GRANDES DELINCUENTES...



ASÍ ES...

EL FLORIDO DELINCUENTE EGMONT "THE LIGHT" DELAIT.



¡TODAS LAS PRUEBAS YA ESTÁN EN MANOS DEL GOBERNADOR! ¡LLAMARÁ EN CUALQUIER MOMENTO, MI ABOGADO LE EXPLICARÁ MEJOR.



¡EL!



EUH... SÍ... EN EFECTO TENEMOS PRUEBAS...

...Y...



TRANQUILO, JEFE.



AQUÍ ESTA PELÍCULA DE SÚPER 8, POR EJEMPLO, ¿TENDRÁN UN PROYECTOR?



Lo de siempre

Carlos René Padilla*

Acostado en la tierra árida, el agente sintió que podía tocar al hombre que miraba a través de la mira telescópica de su rifle Marlin 925. Escuchó un ruido. Volteó a ver la Bronco con los logotipos U.S. Border Patrol pegados en las puertas. Nada. Volvió a concentrarse en la figura del indocumentado. Supuso que proviene de Puerto Palomas, uno de los cruces de Ciudad Juárez. A pesar de todo admira el arrojó del inmigrante para dormir el *sueño americano*. Contempló al individuo. Su barba desapareja. El sombrero de paja roído que es una mala broma para cubrirlo del sol. Un paliacate rojo en el cuello. Dos galones de agua, de seguro calientes, en cada mano. El hombre armado sonrió. Imaginó que el indocumentado piensa que el desierto frente a él es su único enemigo. Totalmente equivocado. El agente

migratorio acarició el gatillo suavemente con el dedo índice. La detonación, magnificada entre los riscos, le impidió oír como las llantas del carro sucumbían al freno mal puesto. El uniformado primero sintió la llanta trasera que aplastaba su espalda. Luego la delantera que terminaba por quebrarle la columna. El auto continuó cinco metros hasta chocar contra un montículo de rocas con un sonido seco. Una nube espesa de polvo se levantó. El grito retumbó entre las paredes de piedra, pero sin el eco de la detonación. El dolor entró como picana eléctrica en la parte media de su cuerpo. El alarido puso en alerta a una lagartija color gris pálido que volteó a ambos lados mientras sacaba su lengua bífida. Empezó la carrera dejando marcas de su cola y sus pequeñas patas en la tierra, que un viento suave borró después. El hombre sintió que todo se cristalizó de repente, antes de perder el conocimiento.

El haz solar salió poco a poco de su funda. Los destellos atravesaron sin compasión las biznagas con flores secas en su parte superior. Las nubes, se colorearon intensamente de naranja y amarillo, efecto que duró unos segundos antes de que amaneciera totalmente en el desierto de Texas. El hombre abrió los ojos. Intentó incorporarse pero sólo le respondieron las

* Agua Prieta, Sonora, 1977. Periodista y escritor. Es autor de *Amorcito Corazón* (2016), *Un día de estos*, *Fabiola* (2017) y *No toda la sangre es roja* (2017). Ha ganado el concurso del Libro Sonorense en los géneros novela, crónica y ensayo en diferentes años. *Yo soy el Araña* fue galardonada con el Premio Nacional de Novela Negra "Una vuelta de Tuerca". Es fundador de SoNoir, que busca difundir la literatura policial y negra en todo México.



manos y los brazos. Las piernas eran dos extremidades inertes ajenas a las órdenes del cerebro. Apoyó el codo izquierdo. Hizo un esfuerzo y rodó hasta quedar boca arriba. El malestar se centró en la parte media de su cuerpo. Buscó a tientas el celular en uno de los bolsillos del pantalón. No lo localizó. Recordó que lo había dejado sobre el asiento del copiloto del auto después de ver el fondo de pantalla donde aparecía su hija Charlotte. En la imagen, la pequeña de cinco años sostenía un muñeco de peluche de Pluto, que más que abrazarlo parecía asfixiarlo. Sintió la sobrecarga de dolor que subía lentamente por todo su cuerpo hasta hacer explosión en su cerebro. El grito fue de un animal herido. Entrecerró los párpados e intentó pensar en algo placentero.

El oficial se limpió las lágrimas con la manga del uniforme. Soltó un suspiro. Pensó en que pronto serían las vacaciones de verano y en la promesa que le hizo a su esposa e hija de ir los tres a Disneylandia. Lo tenía todo planeado. Ciento veinte dólares por persona y otros treinta más para no hacer fila en las

atracciones. Según sus cálculos, los gastos andarían alrededor de dos mil quinientos dólares, incluyendo gasolina y comidas. Unas verdaderas vacaciones en donde no pasarían estrechez, sólo lujos. Imaginaba pagando la comida más cara en el hotel. Lo que quieran comer la reina y la princesa Charlotte, junto con su corcel Pluto. Y luego apretaría dulcemente la nariz de su hija y ella sonreiría. Mira Charlotte, dicen que los que construyeron el hotel y todo Disneylandia ocultaron muchos ratoncitos entre la decoración para que los clientes los busquen, ¿me ayudas a contarlos?, mira ahí está uno, ahí otro, cuatro, veinte, treinta grados centígrados.

Observó el reloj: 5:48 de la mañana. Todavía era temprano, pero la temperatura no tardaría en subir hasta alcanzar los cincuenta grados centígrados. Entendió que para medio día, sin nada de protección, moriría. O tal vez antes, si tenía una hemorragia interna. Jaló todo el aire que pudieron sus pulmones. Después, la oscuridad entró de lleno en su cerebro.

Soñó con Charlotte que se acercaba con Pluto jalándolo de una correa. El animal movía sus largas orejas con felicidad y daba pequeños brincos. Daddy, Daddy. Charlotte corrió hasta su encuentro. La nariz negra de Pluto se pegó en el suelo como si intentara reconocer un aroma familiar. Un insecto pasó volando cerca de él. Comenzó a ladrar. Tal vez deberías dejar que Pluto corra, Charlotte. La pequeña asintió y soltó el cuero. El perro contento se alejó a toda velocidad. El hombre se arrepintió de inmediato cuando recordó que no podría ayudar a su hija a recuperarlo. No con las piernas desmadejadas que tenía. Como si no fueran

de él. Charlotte comenzó a llorar. No, no, tranquilízate, de seguro fue a su casa, yo te prometí que te llevaría a Disneylandia, ahí vamos a recobrar a Pluto.

Volvió a despertar cuando el dolor se intensificó. Miró el reloj de nuevo. 6:23. La sed se agolpó en la garganta como un animal arisco en su guarida que se negaba a salir. El viento, durante la madrugada fresco, lentamente comenzaba a variar la temperatura. Observó la Bronco. Radio portátil, tres galones de agua, desayuno preparado. Todo un tesoro lo esperaba ahí. Se apoyó en sus codos. Comenzó a arrastrarse. La



distancia ya no la medía en pasos, eran surcos que dejaba en la arena caliente como si estuviera arando su vida. Escuchó un ruido y se detuvo. Separó todos los sonidos del desierto como le habían enseñado. Volvió a oír. Ahora no tenía dudas. Era el cascabel de una serpiente.

Aguzó el oído y contó. Eran intervalos de cinco segundos. Eso significaba que era una víbora adulta, con el veneno listo para ser inyectado a través de esos colmillos curvos. El agente era un intruso en su territorio desértico. Volvió a sonar. No distinguía exactamente dónde estaba. Sentía que la estridencia de los anillos del animal iba y venía de todas partes y de ninguna. Decidió continuar. Avanzó otros diez centímetros. Calculaba que la camioneta estaba a menos de tres metros. Otro esfuerzo. No quería morir ahora que era padre de Charlotte y todos lo veían con envidia cuando la sostenía en sus brazos en el supermercado. La observa a través de las vitrinas de los refrigeradores. Ella, risueña, blanca y ojos azules. Él, parco, moreno y ojos como pozos impenetrables. Sabe que su sangre no es tan fuerte como contaba su padre junto con otras historias. Charlotte, Pluto y él, el trío perfecto. Porque su esposa estaba cada vez más lejana, como si le hubiera hecho un favor haberlo convertido en padre. El viaje pensaba que los salvaría como familia, después de todo nada malo puede pasar en Disneylandia. ¿No dicen que es el lugar más feliz sobre la tierra? Otra vez el ruido. Toca el estribo de la camioneta. Afortunadamente la puerta está abierta. Ese espacio, que antes lo daba de un salto, ahora es un abismo. No, no voy a morir aquí. La voz se escucha ronca. Le viene un súbito dolor de cabeza. Pero quisiera que le dolieran las piernas que ya no siente. Sabe que están abajo porque las alcanza a ver, pero están lejanas. Si funcionaran podría subir al auto e ir hasta el indocumentado tirado a un kilómetro de ahí. Revisarle el pecho reventado por el tiro y si es necesario darle uno más. Quitarle todo el dinero

que trajera. Como lo ha hecho otras veces con otros hombres igual a él. Y así juntar los doscientos dólares que le faltan para completar el viaje. Luego iría hasta la caravana afuera de la ciudad con su esposa. Apaga ese puto cigarro, limpia a Charlotte y haz la maleta que nos vamos a Disneylandia, sí, voy a cumplir la promesa, he guardado dinero durante cinco meses, no preguntes cómo, sólo haz lo que te digo. Así le voy a decir a esa cabrona. Siente un sobresalto al escuchar el sonido de las caracolas demasiado cercana. Mira hacia abajo. La serpiente está descargando el veneno de sus colmillos en su pantorrilla.

Ve al reptil de reojo. Jura que le sonríe como la serpiente que engañó a Eva y Adán. Esa historia que le contaba su madre antes de acostarse. Busca en su pantalón algo que pueda servirle para defenderse. Encuentra solo unas monedas y una canica. Grande. Transparente. Llena de colores en su interior. La que le regaló su padre antes de morir. La que le dijo que siempre le traería buena suerte. Se la arroja a la víbora. El golpe descontrola al animal. Suelta la pierna del hombre. El sonido de los cascabeles comienza a desaparecer lentamente con el viento caliente del desierto. No siente la mordida, pero sabe que el veneno ya circula por su sangre. Si Pluto es un perro, ¿qué es Tribilín? Tiene miedo que le haga esa pregunta Charlotte cuando crezca un poco más. Lo mejor que se le ocurre es decirle que le va a comprar muchos peluches de Pluto, así, que no piense en Tribilín. La radio hace una crujido. La voz metálica que sale del aparato es un hilo demasiado frágil que no lo puede sostener. John Medina, John Medina, *roger that?*, escucha el agente acostado a un lado de la Bronco. La esfera cristalina brilla intensamente bajo el sol. El dolor parece que empieza a desvanecerse. Un profundo cansancio entra por sus ojos. Distingue la canica. Intenta recuperarla. Asírla con todas las fuerzas que le quedan, pero su brazo derecho se detiene a medio camino.



¿LLAMÓ EL GOBERNADOR?

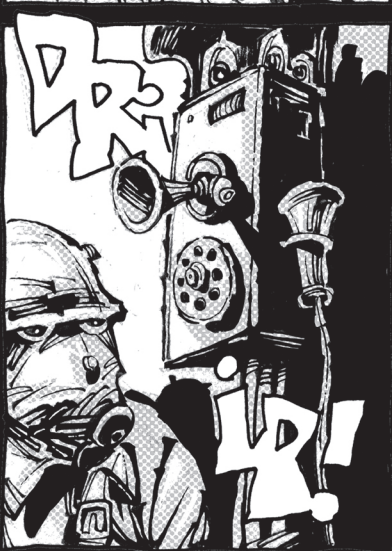
NO.



¡¡FRÍANLO, ENTONCES!!



PLAC!



RR
K!



DIGA.

ENSEGUIDA.



PARA LISTED,
COMISARIO
DÍAZ.



LIBERÉNKLO. EMITAN UNA ORDEN DE ARRESTO A NOMBRE DE DELAIT..



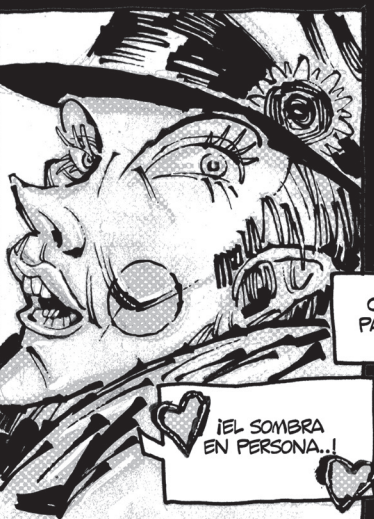
AGUI DÍAZ.



ENTENDIDO.



¡OH!



¡EL SOMBRA EN PERSONA..!



CAMINA, PALOMITA.

TE ESPERA UNA TEMPORADA NO MUY BUENA.

Avispa

Ivonne Reyes Chiquete*

EL día que Patrick llegó, una avispa le había picado a Jorgito.

Martha estaba por abrir la puerta, cuando escuchó el llanto del niño en el patio. Dejó que Horacio recibiera a su sobrino y fue a ver qué pasaba.

Se encontró al niño revolcándose en el piso y en un grito de dolor. Se apretaba una mano con otra.

—Me arde, me arde.

Cuando pudo calmarlo y revisarle la mano, vio que tenía el dedo rojo, hinchado, y, en la segunda falange, un aguijón clavado. Entre Horacio y Patrick tuvieron que inmovilizar al niño para que dejara de patear y Martha pudiera sacar el aguijón con unas pinzas para cejas. Le lavó el dedo y el niño seguía llorando.

—¿Todavía te duele mucho?

—Ya menos —contestó Jorge, tras sorberse los mocos—. Yo fui bueno con ella y me picó.

—¿Con la avispa?

—Sí. Cayó en la cubeta, se iba a ahogar. La quise rescatar y ella me picó.

Martha no supo qué responder. Miró a Patrick y a Horacio. Esperaba la ayuda de ellos, pero pronto supo que estaba sola. Y con testigos.

—Se estaba ahogando, mamá. Ella tuvo que saber que yo la iba a rescatar.

—No, hijo, las avispas no saben eso. Las avispas sólo pican.

El niño iba a decir algo, pero Patrick lo interrumpió con un zape.

—No se me apendeje, Jorgito.

Martha y Horacio vieron con sorpresa que el niño sonreía, y después se le fue a golpes simulados a Patrick. Ambos se liaron en una lucha juguetona que acabó en carcajadas de ambos.

Las dudas que pudieron haber tenido sobre su decisión de recibir a Patrick en su casa se disiparon en ese momento.

Dos semanas atrás, Joaquín, el hermano de Horacio, había llamado desde Chicago. Les contó que Patrick estaba incontrolable, que ya no iba a la escuela, que no quería ayudarle en el negocio y que los pleitos con él eran cosa de todos los días. Que lo único que le interesaba a ese cabrón era el soccer.

* Es comunicóloga por la Universidad Iberoamericana y egresada de la Escuela de Escritores de la SOGEM. Escribe teatro, novela y cuento. En 2009 ganó el IV premio nacional de novela negra *Una vuelta de tuerca con Muerte caracol* (Conaculta, 2010).

Horacio le dijo que lo enviara unos días a México, al fin el chamaco tenía papeles y podía ir y venir sin problema. Que tal vez un cambio de aires lo beneficiara y así él, Joaquín, también se daba un respiro. Horacio necesitaba de alguien que le ayudara como mensajero y si le interesaba el futbol también podía contactarlo con un amigo suyo que tenía un equipo, llanero, ¿verdad?, pero digno.

Joaquín le agradeció el gesto, pero le dijo que no tenía dinero para el pasaje.

Horacio tapó la bocina y le preguntó a Martha:

—Mija, mi sobrino me necesita. ¿Estás de acuerdo en que le pagemos el boleto de avión y en tenerlo unas semanas con nosotros?

A Martha no le pareció la mejor idea, pero conocía a su esposo y sabía que decirle que no sería una gran decepción para él. Por el dinero no había problema, las finanzas iban bien. Lo que no le gustaba del todo era que ese tal Patrick fuera a convivir con su Jorgito.

Ahora que escuchaba al niño carcajearse al jugar con su primo, le pareció que sus miedos eran infundados.

Al abrir la puerta, ahí estaba Patrick, con una caja de pizza y su amplia sonrisa.

Desgraciado cínico, pensó Martha, y le dijo:

—¿Qué haces aquí?

—Traje pizza, para cenar con ustedes y hacer las paces. Somos familia, ¿qué no?

Patrick quiso entrar, pero Martha no se lo permitió.

—Vete, Patrick, no queremos nada contigo.

Patrick no se movió un milímetro y prefirió gritar:

—Jorgito, Jorgito, mira, traje pizza.

El niño se acercó corriendo.

—Qué bueno que viniste, cabrón —dijo, ante la carcajada de su primo y el gesto de desaprobación de Martha.



—No hables así, Jorge —dijo ella, al tiempo que se apartaba para dejar el paso libre a Patrick.

—Después de cenar te vas.

—¿Qué tal va el Minecraft? —le preguntó Patrick al niño.

—No he podido desbloquear nada desde que te fuiste. ¿Jugamos?

—Sí, pero primero la pizza porque se enfría. Después jugamos un rato, en lo que espero a tu papá. La última vez que lo vi estaba enojado y no pudimos despedirnos como es debido —dijo mientras miraba a Martha.

Ella se dio media vuelta y fue por un par de platos. Los puso en la mesa donde ya Patrick había dejado la caja con la pizza. Los tres se sentaron.

—¿Tú no comes? —le preguntó a Martha, al ver que no había puesto servicio para ella, mientras desprendía un trozo de pizza que puso en el plato del niño.

Ella negó con la cabeza.

Patrick tomó un segundo trozo y sin colocarlo en el plato le dio una gran mordida. Aún con la boca llena, dijo:

—¿Sabes? Hablé con papá —esperó a ver la reacción de Martha que permaneció inmóvil y con la vista baja y continuó—, estaba enojado al principio, pero ya después dijo que me escondiera porque ustedes iban a denunciarme con la policía. ¿Sí, Martha, lo hicieron? —de otro bocado terminó con el triángulo de pizza.

—¿Con la policía? —preguntó Jorge.

Martha negó con la cabeza a la pregunta del niño y le dijo a Patrick.

—Claro que no. No queremos perjudicarte. Lo único que queremos es que nos dejes en paz.

—¿No quieren perjudicarme? Por eso me trajeron a un país que no es el mío y después me mandaron a la calle, ¿verdad?

—Entiende, Patrick. ¿Qué más podíamos hacer?

Patrick tomó otro trozo de pizza y se lo metió completo. El niño se rió y quiso imitarlo. Martha le dijo que no con la cabeza, pero Jorge no hizo caso. Con sus deditos, empujaba la comida dentro de su boca. Martha se dio por vencida y regresó la vista a Patrick que la observaba, él masticaba groseramente, algunos trozos de comida caían desde su boca hasta la mesa. Parecía no darse cuenta. Su atención estaba puesta en Martha, sólo en ella.

—Basta, Patrick. Deja de hacer eso.

Patrick sonrió, y no apartó la mirada de ella al decirle:

—¿Nos podrías traer vasos y, qué quieres, campeón, refresco, jugo?

—Refresco —contestó Jorge, tras escupir lo que quedaba de pizza en su boca— ¿puedo, mamá?

Martha vio con asco la comida masticada en el plato, pero asintió y se levantó para ir a la cocina. Cuando regresó, Patrick estaba detrás del niño y le acariciaba el cabello con una mano. Martha vio que Jorge le sonreía al refresco de cola que ella traía consigo, pero tuvo que elevar la vista hacia Patrick que empezó a hablar con una voz que ella no reconoció. Era el mismo tono cínico de siempre, pero no era su voz. Ahora era más grave, como si viniera de una caverna, de un lugar profundo dentro de él.

—¿Entonces les robé, y no sólo eso, yo te veía las tetas y las nalgas, con, espera, cómo dijo papá, con lujuria, eso es, con lujuria, y tú no querías nada de mí, verdad, Martha? —dijo Patrick mientras elevaba un cuchillo de caza que tenía en la otra mano. Ella dejó caer los vasos y el refresco. Patrick cortó de un tajo el cuello del niño.

Martha se preguntará siempre por qué no forcejeó con él, por qué no le quitó el cuchillo, por qué no tapó la herida del cuello de su hijo, por qué se quedó inmóvil como solía hacerlo ante el zumbido de una avispa.

Nadie muere a bordo

Mercedes Rosende*

Hay un pasillo, hay cuatro filas de asientos de cuero iluminadas con esa luz blanca y grumosa de los aviones, hay una cortina que se cierra: la azafata cancela la comunicación de *business* con la clase turista. La chica vuelve a donde estamos, al costado del comandante, que está de pie a mi lado. Se muerde el labio superior, cruza los brazos sobre el pecho. Siento los cuatro ojos clavados en mí mientras cumpla la rutina de la reanimación cardiopulmonar, me esfuerzo sobre el pecho y la boca del hombre. Lo he tendido sobre la butaca que recliné hasta dejarlo casi horizontal, sus piernas han quedado separadas, desarticuladas, y un mechón de pelo gris le atraviesa la frente. El comisario de a bordo prepara el desfibrilador, aunque yo sé que será inútil.

Hace quince minutos, cuando todo comenzó, la gente de clase turista acababa de recibir su cena.

Es de noche, la lluvia golpea con furia contra el fuselaje, provoca un ruido intenso y a la vez lejano, aislado.

Un avión que no es cualquier avión, un viaje que no es cualquier viaje, atrás queda Montevideo y mi trabajo, lejos queda mi casa de Carrasco, la de Punta del Este, mis tres autos, mis clínicas. Y María Camelia, mi esposa, que a estas horas todavía cree que viajé por negocios. ¿O lo sabe desde hace tiempo? A veces creo que sospecha. Aunque ya no importa. Por delante hay un destino en el que me espera Laila, mi cuñada, esa belleza artificiosa de pelo larguísimo, maquillaje abigarrado: una mujer salida de una telenovela de las cinco de la tarde.

Hace quince minutos la azafata se acercó con la bandeja del champagne, tomé una copa y un canapé que oficialían de introducción a la cena; hace quince

* Escritora y guionista uruguaya. Ha publicado y participado en medios escritos, radiales y televisivos como columnista y panelista. Escribió *Demasiados blues*, *La muerte tendrá tus ojos* (Montevideo, 2008), que fue Primer Premio del Premio Anual de Literatura del Ministerio de Educación y Cultura, *Mujer equivocada* (Montevideo, 2011; Código Negro, Buenos Aires, 2014), *El búho de Minerva* (Valencia, 2016; Montevideo, 2017), y su última novela, *El miserere de los cocodrilos* (Montevideo, 2016 y Unionsverlage, Zurich, 2018) está nominada al LiBeraturpreis 2019.

minutos, cuando todo comenzó, la gente no hablaba en voz alta, no intentaba asomarse a curiosear al pasillo de *business*. La cortina vuelve a apartarse y deja ver a una mujer: es alta, los ojitos buscan acostumbrarse a la semipenumbra, nos mira, mira al hombre que yace en una butaca de avión.

—Señora, le pido que vuelva a su asiento.

El tono de la azafata es dulce, sin fastidio a pesar de que es la cuarta persona que intenta cruzar la frontera. El comandante vuelve la cabeza, frunce el ceño, da la misma orden que la azafata pero en un tono más severo, más cáustico. La mujer queda allí inmóvil indecisa.

—¿Puedo ayudar en algo?

—Gracias, señora. Este pasajero es médico.

—¿El hombre está grave?

—Le ruego que vuelva a su asiento.

Parece a punto de decir algo, luego obedece. Desde la clase turista llegan ráfagas de palabras, de ruidos de una segunda vuelta de bebidas que el comandante ordenó servir, de traqueteo de carros, de descorches, de líquido que se vierte, de hielo que golpea contra los vasos de plástico. Un clima de euforia, curiosidad, desconcierto.

Cosas que María Camelia jamás siente: euforia, curiosidad, desconcierto.

Sigo con la rutina de reanimación. No habíamos cruzado más que un par de miradas en el momento de sentarnos en la misma fila, en asientos opuestos,

él había sacado un libro, yo hojeaba una revista aplicando la infinitesimal porción de mi cerebro que no pensaba en Laila. La azafata nos había servido una copa que ninguno de los dos repitió. Él, escuché, había pedido pollo horneado y vegetales sin sal. Hipertenso, pensé. En algún momento miré a la derecha y reparé en su aspecto macizo, en el saco de buen corte que no alcanzaba a disimular un vientre en proceso de volverse esférico. Eso fue todo: ni una palabra, sólo unas miradas distraídas, la media sonrisa de dos hombres que comparten la fila de un avión, presumiblemente ocupados en sus negocios, presumiblemente ricos.

Me sobresaltó el movimiento brusco, la oscilación rápida con la que el tipo se plegaba, se contraía sobre sí mismo, ambas manos sobre el pecho, y escuché la queja de dolor a media voz. Conozco los síntomas del infarto al miocardio y me levanté de un salto a auxiliarlo, lo recliné cuanto fue posible, desabroché su camisa, miré a los lados. Y grité. Llegó la azafata, que llamó al comisario, que llamó al comandante que, conocedor de las situaciones difíciles, ordenó de inmediato servir una segunda vuelta de comida y bebidas a la clase turista. Es curioso que la comida tenga el poder de mantener en su asiento a gente que parece muy bien alimentada.

—¿Está listo el desfibrilador? —le pregunto al comisario.



Sé que ya no servirá de nada, pero la medicina es también un show que debe continuar, hasta el final. Abro la camisa, le aplico los choques, uno, otro. Nada. Otra serie de choques.

—Creo que está muerto —digo.

El comandante respira hondo, me mira a los ojos, sacude la cabeza.

—Nadie muere a bordo. Al menos, no hasta llegar a tierra y tener una certificación médica.

—Si usted lo dice.

Dejo a un lado los electrodos.

—Señorita Spencer, comisario Brett, trasladémoslo a la fila de atrás. Gracias por su ayuda, doctor.

Los demás pasajeros de *business*, una pareja ya mayor, no hacen preguntas, no miran, parecen tener un control de sí mismos diferente al de los pasajeros que están más allá de la cortina. El cuerpo es llevado hasta un asiento vecino al del personal de a bordo, sin problemas ni quejas ni preguntas. Pienso que el rigor mortis llegará antes del aterrizaje, pero entonces ya habrá un médico a cargo y no será mi problema. La azafata vuelve, retira un maletín pequeño de abajo de la butaca y desaparece. Tomo el menú, creo que comeré el cordero, seguramente más champagne. La butaca es de cuero mullido, me estiro, me siento agotado por el esfuerzo. Aunque Laila me hace sentir joven, sé que no lo soy.

Miro al otro lado del pasillo, al asiento que hasta hace unos minutos estaba ocupado, me parece ver un objeto, dos objetos medio ocultos por el libro que quedó abandonado. Me paro para ir al baño y los recojo disimuladamente: una billetera, un celular. Me los guardo. No sé por qué miro alrededor como un ladrón, como si fuera culpable de algo. La azafata Spencer y el comisario Brett acomodan unas mantas sobre el muerto que no es muerto.

Me aseguro de que esté cerrada la puerta, abro la billetera y veo un fajo de dinero, tarjetas, el borde de una foto. No sé por qué saco la foto. La miro.

La miro. No lo puedo creer. Estupor, crispación, estremecimiento, en ese orden. El papel se me resbala entre los dedos.

Acabo de ver una foto de mí mismo.

Me sobrepongo, debo haberme equivocado. La recojo: no hay duda de que soy yo. La guardo en el bolsillo de mi saco y, ni sé bien por qué, me guardo también el teléfono. Salgo, vuelvo a mi asiento.

—Azafata.

—¿Sí, señor?

—Creo que esta es la billetera del caballero del fondo.

Observo que la toma con la punta de los dedos, como si fuera un aguaviva.

—Gracias, la entregaré al comandante.

El celular pesa en mi bolsillo, pero la foto, mi foto, ese pedazo de papel, pesa mucho más. Debo actuar con naturalidad, puedo mirarla cuantas veces quiera: después de todo, ese soy yo. ¿A quién podría llamarle la atención que mire mi foto? La saco. No puedo recordar cuándo fue tomada, es en mi casa, estoy con María Camelia. Mi rostro no parece advertir el disparo, no estoy en pose, no sonrío, mis músculos faciales están en reposo y la mirada fija en algo, en otra dirección distinta a la del fotógrafo. Alguien la sacó sin que yo lo advirtiera. María Camelia sí mira a la cámara.

La guardo en el bolsillo interior de mi saco, al lado de mi teléfono y del que acabo de robar, la suelto con alivio, con algo que empieza a parecerse a la repugnancia.

Los domingos son un hueco en la semana, en cualquier lugar del mundo. Especialmente si se espera una llamada, si la llamada no llega. El hotel de La Paz donde acabo de registrarme está en una zona más bien alta, más bien fría y tengo que abrigarme para salir. Comienzo una caminata por estas calles angostas, empinadas, sinuosas, y cuanto más bajo, más tibio

se vuelve el aire. Llego a una plaza, me siento a recobrar el aliento. Algo imposible en La Paz: recobrar el aliento. Ya pensaré en mi mal de altura, ya pensaré qué hacer con las consecuencias de la hipoxia, ahora mi mente está casi totalmente ocupada con el hecho de que Laila no llama. Y ocupada en la foto, claro. Me compro un refresco que no está tan frío como querría ni tan caliente como esperaba, me siento en un banco y lo bebo a grandes sorbos. ¿Por qué Laila no atiende el teléfono, no devuelve mis llamados como estaba convenido, hablado, pactado, sellado? Su celular de Uruguay me conecta con el contestador como si estuviera apagado o sin batería, y no tengo forma



de saber si llegó a La Paz en el vuelo siguiente, si todo sigue tal como lo planeamos. Laila es linda de la manera en que son lindas las mujeres vulgares, con algo de violencia, y esa idea de violencia me excita. Y me perturba. ¿Sería capaz de matarme, Laila, ahora que tiene su vida asegurada, una cuenta importante que abrí a su nombre? Lo dudo, sé que no me ama, y sé también que es demasiado perezosa para tramar un asesinato. ¿Y María Camelia? Pienso que sabe de mi relación con su hermana: a veces veo furia en sus ojos. ¿Enviaría a alguien a matarme?

Los dos teléfonos pesan en mi bolsillo, los dejo a un costado sobre el banco de madera. Después vuelvo a sacar la foto, mi foto, y me produce esa sensación de asco o de miedo, eso oscuro y primitivo que nos provoca lo extraño, lo anónimo, lo que intuimos como una amenaza. ¿Por qué estoy encendiendo el teléfono del muerto? ¿Qué relación hay entre la inquietud de ver mi imagen en un papel satinado y activar el celular de un desconocido?

Los sonidos y las luces me indican que está operativo, con la carga casi completa, y un aviso me dice que se conectó al *roaming*. Me pregunto si la policía buscará este aparato en el equipaje del muerto o si dará por sentado que el tipo viajó sin teléfono. También me pregunto si existe la posibilidad de que la policía lo rastree.

Me respondo: murió por causas naturales, no tiene por qué haber una investigación.

Olvido por un momento el aparato y me concentro en el mío, en el silencio del mío. Odio esperar y Laila no llama, aunque ya sé que ella es así, le gusta mortificarme, hacerme daño, pagar el privilegio de estar a su lado. Un hombre se sienta en el banco, a mi lado. Siento que me clava los ojos. ¿Me estaba siguiendo? No, no es posible. ¿Por qué razón me seguiría? Yo sólo soy alguien que dejó a su esposa. Sí, María Camelia sospechaba que la dejaría, lo veía en su mirada de acero, en el rictus de su boca. Me levanto

y camino, no tolero bien los excesos de relación conmigo mismo, terminan poniéndome nervioso.

El sonido de un *ringtone* desconocido me hace saltar, tensa mis nervios, me quita el poco aliento que me queda a 3.000 metros de altura. ¿Quién llama al hombre que tenía mi foto? Miro la pantalla, es un número de Montevideo. ¿Alguien que sabe que murió y busca ubicar el teléfono? Difícil, el capitán de la aerolínea denunció la muerte a las autoridades hace menos de dos horas, deberán llamar a un forense, que deberá trasladarse a El Alto, expedir un certificado, enviar el cuerpo a la morgue y, con suerte, se comunicarán con los deudos en tres o cuatro horas. Suena un par de veces más, y se corta. Suspiro, estoy más tranquilo, también un poco decepcionado. A veces me pregunto por qué hago las cosas que hago, y no siempre tengo respuesta. Sigo, quiero llegar a la avenida ancha del centro, quiero descansar, recuperar el aliento será más difícil. El sonido breve me avisa que tengo -¿él tiene?- un mensaje. Me precipito a una mesa de un bar cualquiera, busco el ícono con un sobre amarillo. La chica de uniforme negro llega con una libreta.

—¿Qué se va a servir?

—Un café, por favor.

Presiono el ícono. Leo el texto:

“¿Terminaste el asunto?”

Incertidumbre, desasosiego, sospecha.

Veo acercarse a la chica de negro con mi café. Espero a que lo sirva. Siento un temblor en los dedos, me cuesta escribir:

“Está hecho”.

Pasan los minutos. Llega otra comunicación:

“La mujer pagó. Tengo la \$”.

No dudo, le respondo:

“Liquidá a la mujer”.

Espero. Llega el texto:

“Eso es otro precio”.

Me apuro a contestar:

“Tenés mi parte”.

Pasa el tiempo, no demasiado:

“Está bien”.

Los domingos son un hueco en la semana.

Bebo de prisa, salgo al sol, camino a cualquier parte cuesta abajo, donde está el calor.

Espero y espero una llamada. Horas después vuelvo al hotel, ya de noche, sin novedades de Laila.

Siento hambre, bajo al restorán a cenar. Dejo los teléfonos sobre la mesa, me pregunto cuál sonará primero.

Me traen una cerveza, está bien fría.

Zumba un *ringtone* que conozco, no necesito ver el número.

—Hola.

—Señor Sergio —es la voz de Amanda, nuestra mucama— ha sucedido una tragedia.

Resopla, parece haber corrido.

—¿Le sucede algo a María Camelia, Amanda?

—Está en la morgue, señor.

Hay gente alrededor, guardo las formas, un silencio conveniente: el de un marido que asimila el golpe del anuncio de la muerte de su esposa.

—¿María Camelia está en la morgue? ¿Qué le sucedió, por Dios? —soy consciente de que grito, de que la gente se da vuelta. Me agarro la cabeza.

Un chirrido de estática, la voz en el teléfono se distorsiona, se aleja y vuelve. Sólo entiendo las palabras asesinada y muerta. Me pongo de pie, camino de un lado a otro, intento recuperar la señal, siento las miradas de los comensales, de los camareros.

—Amanda, no la escucho, ¿dice que mi esposa está muerta?

Repentinamente la voz de la mucama retorna clara, límpida, como si me hablara al oído.

—No, Dios nos libre, la señora María Camelia está bien, y me pidió que le avise. Tuvo que ir a la morgue a reconocer el cuerpo de su hermana. Asesinaron a Laila, señor.

La tercera del Goyo y también la coneja

Guillermo Rubio*

Goyo despertó sobresaltado. La pesadilla se desvanecía en su mente con la velocidad del rayo: lo único que alcanzó a recuperar era la cara de una mujer gritando y una cuerda entre las manos que le apretaba el cuello. Se incorporó sentándose en el borde de la cama y comprobó que se había orinado en el colchón. A sus veintisiete años ya ni le extrañaba; desde que tenía uso de razón padecía de enuresis. Consultó su reloj: las seis de la mañana, estaba clareando el día. Su mente se encontraba en un torbellino. Rápidamente llegó a la conclusión de que había vuelto a matar. Se estremeció de placer. Recordó a la muchacha delgadita de facciones toscas y como máximo diecisiete años que se estaba iniciando en la prostitución.

Dudó si iba a la facultad o no. Decidió permanecer más tiempo, le dio vuelta al colchón y se acostó en posición fetal abrazando una almohada. Con este serían tres homicidios en menos de un mes. Estaba

convencido de que su afición a matar mujeres era incontrolable. Las señales de alarma retumbaban en el cerebro y él las acallaba con la justificación de que eran prostitutas y la manera que las había abordado desvanecía su rastro.

Se estremeció de placer cuando recordó violándola. Esa sensación de posesión sobre la mujer inerte lo subyugaba; bien valía la pena su acto homicida. Le emocionaba tocar el cuerpo sin pudor. Le vino la imagen de cuando le introdujo la mano en la vagina hasta el codo, desgarrándole los tejidos una vez y otra más. Quería encontrar una explicación a esta macabra afición y no la tenía. Ese odio al sexo femenino era incontrolable, se había cansado de encontrar una respuesta. O si la tenía, le costaba trabajo echarle la culpa su abuela, que lo había tratado mal desde pequeño. Sus ofensas hasta el momento le estremecían en la cabeza.,

Se levantó ágil y se caló los anteojos. Con paso lento se dirigió a donde estaba el cadáver de la mujer. La casa era rentada y tenía tiempo en ella. Le servía como pantalla para justificar los estudios como futuro químico y él la llamaba *su laboratorio*. Tres habitaciones de pequeñas dimensiones componían la vivienda, que estaban en el completo abandono. Abrió la puerta.

* Ciudad de México, 1949. Antes de convertirse en escritor del género negro, fue integrante de diversas corporaciones policiales y jefe de la custodia de Carlos Payán, director del diario *La Jornada*. Ha publicado las novelas *Pasito Tuntún* (2007), *El Sinaloa* (2012), *Visitando al Diablo* (2015) y *Una noche de suerte* (2017).

Se percibía un olor denso de sexo. Los pocos muebles que había estaban fatales. Unos frascos de química estaban esparcidos en un viejo gabinete de madera y detrás estaba la mujer desnuda con una colcha en la cara.

Observó el cuerpo delgado de vientre plano. Se podía deducir que era de tipo de clase media gracias al tono blanco de su piel y el pelo castaño claro. Tenía

busto pequeño. Las piernas delgadas y largas estaban abiertas y arqueadas para facilitar la penetración. Sacó de su pantalón una cajetilla de *Elegantes* y prendió uno con fruición. Estaba nervioso y excitado por la vista del cuerpo desnudo. El miembro viril se llenó de sangre y llegó a la erección. Se despojó del pantalón y el calzón, tomó el frasco de crema, introdujo dos dedos, se adjudicó una buena porción



y lo que sobró lo esparció en la cavidad de la mujer. Se lo untó con calma, le agradaba esa sensación de poder. Se masturbó durante unos minutos, se le montó y la penetró con fuerza.

Tres minutos después los espasmos indicaron que estaba satisfecho. Para él, esa era la manera perfecta para hacer el amor. Sin ninguna resistencia. Esa era la cualidad perfecta

Nunca había tenido control sobre su pene: le había resultado de lo más impredecible. Con las mujeres que había tenido relaciones terminó sufriendo varias disfunciones. Después, se atormentaba durante varios días. En la mente le bailaban las imágenes de las amantes sonriendo disimuladas por su impotencia y, sobre todo, que el pito se le volvía minúsculo; nomás la cabecita se veía entre una maraña de pelos.

Su pene no actuaba con carne tibia o caliente; por el contrario, su libido se desvanecía. Sin embargo, esta nueva sensación de la carne fría y rígida le proporcionaba un placer indescriptible. Se encendía por la libertad de poner las manos con toda impunidad que da la soledad.

Después de fumar otro cigarro y acariciarle repetidamente los senos y otras partes, se incorporó y le propinó una serie de puntapiés con la saña de un desquiciado. Agitado, se sentó en el piso para verla de nuevo. Ya se estaba convirtiendo en un rito más. Los golpes servían para descargar todo su odio hacia las mujeres con una dedicatoria especial a su abuela materna, la mujer que más odiaba en este mundo.

¿Por qué la carne fría? Ese era su descubrimiento más reciente. Realmente el principio de la historia de sus crímenes.

Todo empezó con Paloma, una coneja criolla que fue su mascota preferida. La relación con el animal era afectuosa. Goyo se enternecía con la cara de inocencia que proyectaba. La coneja fue creciendo muy apegada a él. Un día, en un arranque de lujuria, la “dedeó” hasta que el animalito cerró los ojos. Después la

violó empleando cloroformo. Pasaron los meses. Los viernes, si él estaba ocioso, a Paloma le tocaba su ración de carne humana. Hasta que un mes y medio atrás a Goyo se le pasó la mano con el anestésico y la coneja murió.

Ese día tomó bastante aguardiente mientras acariciaba al animal, que cada vez se volvía más rígido. Las caricias subieron de tono y el dedo medio de Goyo quedó dentro del ano de Paloma. Esta sensación viajó como de rayo al miembro de Goyo, que decidió ultrajarla por última vez.

Paloma después de muerta seguía proporcionándole placer, pero esta vez el organismo estaba frío, duro. Con esta nueva sensación, su pene creció casi un par de centímetros y llegó al clímax con unos tremendos embates tipo conejo.

Los días pasaron y esa sensación rarísima de la carne fría lo acosaba constantemente. Lo primero que pensó fue comprar varias conejas para formar un harén. Fue a La Merced, pero no le gustó ninguna. Y en ese momento, al ver pasar una prostituta delgada y joven, comenzó la fijación de hacerlo con una mujer. Fue entonces que sintió algo inexplicable que se le enraizó en el cerebro. De inmediato se dio cuenta de que estaba recibiendo el equivalente a una maldición o un castigo a corto, mediano o largo plazo.

Siguió con la mirada a la casi niña. Comenzó a sentirse un felino que vigila los pasos de su víctima. Estaba decidido. Gracias a su querida Paloma había encontrado el camino de una nueva aventura. Era un reto para él, que se sentía muy astuto. También se creía algo de conejo, por su apetito sexual. Pero eso sí: con carne dura.

Y ahí empezó la aventura de la carne fría...

Goyo volvió a la realidad. Evaluó que lo había hecho tres veces, cada una más placentera que la otra. Decidió que la iba a gozar durante este día y que por la noche la enterraría. Una sensación de bienestar lo inundó por todo el cuerpo. Se dirigió a la habitación

donde dormía. El desarreglo era notable a pesar de los poco muebles. Encendió la radio. Se escuchaba una canción de Pedro Vargas. Arregló su cama tarareando la melodía.

Sintió hambre. Salió de su casa y decidió caminar. No usaría el coche Ford durante varios días, hasta que los periódicos indicaran que todo estaba tranquilo. Como de costumbre, se dirigió al puesto de revistas y compró *La Prensa*. Revisó la nota roja; no había nada fuera de lo común.

Fue al restaurante de los chinos en la Calzada México Tacuba. Se sentó de buen humor ya que la nota policiaca no denunciaba ninguna desaparición de alguna prostituta. Pasó a las noticias internacionales: México tenía un par de meses de declararle la guerra a los alemanes, que la estaban ganando. El presidente Manuel Ávila Camacho hacía declaraciones todos los días sobre la próxima participación de un contingente aéreo que se uniría a las fuerzas estadounidenses. Vio una fotografía del emperador japonés Hirohito y sintió que tenía un lejano parecido con él. Su mente jugó con ironía: los dos eran asesinos. Todo indicaba que era cuestión de tiempo la victoria de los aliados en contra del Eje, a pesar de que a los rusos les estaban dando hasta con la cubeta; los alemanes estaban cerca de Stalingrado. Se le ocurrió participar en la guerra y así matar legalmente, pero lo desechó de inmediato: la violencia no era su estilo.

Pasó a los espectáculos y se maravilló con una jovencita con un trasero de antología. Buscó al pie de la foto el nombre de la poseedora de esas caderas tan sensuales. María Antonieta Pons, dijo en voz alta. Después, leyó una nota sobre el mejor compositor del momento: Agustín Lara. Casi a las diez de la mañana se retiró del local. Raramente se sentía tan bien. Durante el trayecto recordó cómo había abordado a la prostituta por el rumbo de Chapultepec. Escogió un momento en que no había compañeras de ella laborando en la calle. El arreglo económico fue generosamente pagado



y la mujer entró al carro gustosa. Se dirigieron a la casa de Tacuba.

Recordó que no había logrado una erección decente, a pesar del ímpetu que demostraba la sexoservidora. La vergüenza se apoderó de él al sentir que su pene no daba muestras de interés. Para justificarse dijo que estaba muy nervioso. Y ese era el punto de partida: el odio lo invadía, la cuerda aparecía entre sus manos y



perdía la razón. Cuando regresaba a la realidad, estaba violándola, potente como un semental.

Desde el principio reconocía que se engañaba a sí mismo. El odio a las mujeres y a sus miradas compasivas mal disimuladas lo enervaban. Dejó de pensar en la parte negra de esa aventura. Lo principal era recordar lo ajustada que estaba la vagina y lo dócil que se mostraba la muchacha.

La cercanía con su casa le fue cambiando el carácter. La imagen de Gabina se le presentó desnuda, con las piernas delgadas abiertas y su sexo ralo de pelo. Vio su reloj y calculó que ya tenía más de catorce horas de muerta. Dedujo que en la noche o la mañana temprano la enterraría, pero por lo pronto estaba pensando en más sexo. La idea de manosear el cuerpo lo encendió por dentro.

Al llegar a su *laboratorio* se topó con el herrero, que le dio los buenos días. Conversaron unos minutos sobre la situación mundial y la próxima intervención de las fuerzas armadas mexicanas, y le regaló el periódico. Después, se encerró bajo llave, encendió el viejo radio y con confianza se acercó al cadáver. Le quitó la colcha por el lado de las piernas dejando la cabeza tapada. No le gustaba verle la cara, solamente el cuerpo. Las horas pasaron con velocidad y se asombraba de su virilidad. Se dio cuenta de que eran las cuatro de la tarde. Tenía que ir a su casa a comer para que lo viera su familia.

De mala gana se vistió mientras miraba que el cadáver estaba amoratado. Lo cubrió y se preparó mentalmente para soportar un par de horas en compañía de su familia. Sentía que dejaba una especie de droga que quería consumir hasta el final. La comparaba con los flanes de vainilla que hacía su madre.

Dudó si sacaba el automóvil o no, y al final optó por llevarlo. La prensa le daba seguridad de impunidad. En cuestión de unos minutos llegó a las calles de Violeta. Los padres no lo incluían en su vida

cotidiana y después de unas tres horas de estadía se disculpó alegando que tenía que estudiar. Estaban entretenidos con un programa de radio. La mano de la abuela autorizó su retirada. Durante todo el tiempo que estuvo con la familia su pensamiento estaba en el *laboratorio*.

Con prisa se trasladó a Tacuba. Cuando llegó a la calle de Mar del Norte entró en sentido contrario para observar si veía algo anormal. Todo estaba como siempre. Bajó frente a su propiedad, abrió el portón y guardó el vehículo. Se dirigió a paso rápido a la puerta, abrió y prendió la luz. Localizó el quinqué de petróleo tipo ferrocarrilero, lo encendió, reguló la mecha y apagó la luz eléctrica. Se acercó al cadáver, se desnudó y se acostó a un lado. Gozó lo frío del cuerpo rígido. Su mano guió al pene hacia la cavidad anal. El juego de sombras en la penumbra realizaba su vileza. Después de un par de horas decidió enterrarla. En el improvisado cementerio se veía la tierra recién trabajada a simple vista en dos porciones. Ahí estaban las víctimas anteriores. Se prometió arreglar ese detalle. Después de una hora y cerca de un metro y sesenta centímetros de profundidad, echó el cadáver de lado y lo tapó rápidamente. Decidió inundar el lugar. Abrió la llave del agua, la reguló muy bajo, se bañó con agua fría y con tranquilidad, tateando una canción de Emilio Turo.

Después revisó a conciencia si había dejado alguna prenda de la mujer a la vista. En su ruta de búsqueda se encontró con la jaula de la Pita, la coneja negra de siete kilos. Cuando notó que estaba entrando en época de celo, resolvió que ella sería la próxima víctima. Vio que era la una de la mañana y decidió ir a dormir a la casa de sus padres. Sacó el Ford y condujo a buena velocidad. En la vivienda estaban todos dormidos. Fue a la cocina, tomó un poco de pan, cortó un pedazo de chorizo y lo devoró de un par de mordidas. Caminó a su habitación y se aventó en la cama con un suspiro de satisfacción. Pensó con agrado que mañana el

colchón de su cama en el *laboratorio* estaría seco y la Pita esperándolo.

Tres víctimas impunes.

Él era el Goyo Cárdenas¹.

¹ Gregorio "Goyo" Cárdenas Hernández (Ciudad de México, 1915-Los Ángeles, 1999), conocido como "el estrangulador de Tacuba", cometió cuatro asesinatos entre agosto y septiembre de 1942. Nació con un daño neurológico que le provocó una encefalitis, un conjunto de enfermedades producidas por la infección de gran variedad de gérmenes como espiroquetas, parásitos y hongos. Desde niño no pudo controlar su esfínter y demostró crueldad con animales. Sin embargo, tenía un alto coeficiente intelectual y fue un alumno destacado en su educación básica y sus estudios universitarios de Química. Detenido en septiembre de 1942 y condenado a veinte años de prisión, alegó que quería experimentar "técnicas de resurrección" con sus víctimas. Quedó en libertad en 1976, indultado por el presidente Luis Echeverría, estudió Derecho y se tituló en 1992.



El dulce hedor de la muerte en Nochebuena

Daniel Salinas Basave*

Años atrás —cuando en Tijuana los asesinatos todavía eran noticia e indignaban a los lectores del periódico *El Bordo*— tú te resignaste a la terquedad de los muertos navideños. Lo de las reyertas y balaceras era propio del fin de año, pero en la Nochebuena solían brotar las fatalidades más absurdas y los compulsivos suicidios. En tu guardia reporteril nunca faltó el gordinflón papá vestido de Santa que se rompía la nuca al caer del techo con todo y costal; la abuela electrocutada al intentar cambiar los fusibles fundidos del arbolito; el tío borrachón que tanguarniz en mano daba el cuartazo antes de abrir los regalos y claro, los despechados y deprimidos de toda especie que elegían la noche del 24 para rebanarse las venas. Lo de los colgados de los puentes con mensaje en el pecho y las cabezas envueltas para regalo llegaría mucho después.

Por mucho tiempo fuiste el único reportero de guardia trabajando en la víspera de Navidad. En la edición del 26 de diciembre (porque el 25 no había periódico) todas las notas traían tu firma: *Por Edelmiro Mascorro*, alias *el Carnitas*, el muertero estrella de Baja California y muchos kilómetros a la redonda.

Alguien te hizo ver que con tus 133 kilos de peso, tus cachetotes rebosantes y tu barba siempre mal rasurada, era un desperdicio no disfrazarte de Santaclós en esa fecha y tú decidiste tomarle la palabra. Conseguiste un percutido traje de medio uso en un mercadito sobre ruedas y desde entonces te volviste el designado e irremplazable Santaclós en las tertulias de tu familia política. Eran los tiempos en que aún vivías con tu esposa, la Ramira, y tus dos hijas, inocentes pequeñitas, se iban a la cama con la ilusión de los regalos. Eran los tiempos en que

* Monterrey, 1974. Narrador y periodista de la frontera mexicana. Es autor de doce libros entre los que hay cuento, ensayo, novela y crónica periodística. Destacan *Días de whisky malo* (Premio Nacional de Cuento Gilberto Owen 2014 y Finalista del Premio Hispanoamericano de Cuento Gabriel García Márquez 2017); *Dispárenme como a Blancornelas* (Premio Cuento La Paz 2014); *Vientos de Santa Ana* (2016, Finalista Premio Mauricio Achar); *Bajo la luz de una estrella muerta* (Premio Internacional Sor Juana Inés de la Cruz 2015). Fue enviado como reportero a la Zona Cero de Nueva York en 2001 y fue becario de la Sociedad Interamericana de Prensa en Argentina en el seminario Periodismo de Alto Riesgo, Campo de Mayo, 2008. Su último trabajo, *Juglares del Bordo*, ganó el Premio Literario Fundación El Libro, en Buenos Aires, Argentina.

conociste algo parecido a la felicidad, pero entonces no lo sabías.

Cumplías con cenar en casa, donde a veces el aguinaldo alcanzaba para pepenar un pavo medio escuálido y dos regalitos no tan pinchurrientos, pero te sentabas a la mesa con el escáner en la mano, monitoreando los quehaceres y angustias de la Policía Municipal, sabiendo que al escuchar 12-17 había que salir corriendo, sin tiempo de quitarte tu traje, así que no fueron pocas las veces en que llegaste a tomar las fotos a la escena criminal enfundado en tu ropaje de Santa, con tu riguroso cigarro sin filtro a punto de transformarse en ardiente bacha entre tus labios.

Los repetidores de la patraña “todo tiempo pasado fue mejor”, peroran que antes hasta la malandrada tenía valores y santificaba las fiestas, pero tú, muertero de cepa y estirpe notarrojera, sabes bien que la Parca nada ha entendido nunca de vacaciones. Claro, una cosa era uno o dos muertitos por Nochebuena, pero una matazón cuyo saldo es un reguero de diecisiete cadáveres en la víspera navideña no es de Dios, mucho menos cuando tu nueva chamba es como encargado de la recepción en el Servicio Médico Forense.

Uno no es lo que quiere, sino lo que puede ser y a tus cincuenta y nueve años de edad te diste cuenta que como reportero de nota roja no te alcanzaría ni para pagarte el ataúd más chafito cuando tu teporocho salud de hierro acabara de desbarrancarse. Por eso aceptaste un empleo como encargado de Comunicación y Relaciones Públicas del Servicio Médico Forense (Semefo). Tu nueva chamba no es un edén de abundancia, pero al menos tu salario dejó de ser un insulto al hambre.

Con lo que no contabas es con la bancarrota en que caería el gobierno estatal ni con la huelga de empleados sindicalizados que ha dejado al Semefo con apenas cinco trabajadores de confianza para recoger, recibir y acomodar un promedio diario de entre ocho y diez cadáveres en infestadas planchas donde no

sobra un milímetro. Hasta el 24 de diciembre, Tijuana arroja un saldo de más de dos mil cuatrocientos asesinatos en lo que va del año. Ello sin contar los muertos en choques, los migrantes atropellados en medio de persecuciones policiacas, los indigentes que se mueren de nada y todo en la noche invernal y los suicidas nuestros de cada diciembre.

Sería bello poder pedirle al Niño Dios el milagro de una Navidad sin muertos, pero el cielo no está para imposibles. Nunca creíste en la utopía de un saldo blanco, pero diecisiete muertos en 24 de diciembre resulta indigesto hasta para tu retorcido colmillo.

Nada hay sublime en tantísimas toneladas de carne amontonadas en un frigorífico que hace muchos meses rebasó su máxima capacidad: cadáveres burocráticos, cadáveres bulto, cadáveres monserga. Decapitados, desmembrados, pozoleados. Cadáveres que nunca nadie reclamará y cuyo destino será la fosa común luego de meses robando espacio e impregnando las paredes con su olor. Ellos serán tus acompañantes en la fiesta de Nochebuena.

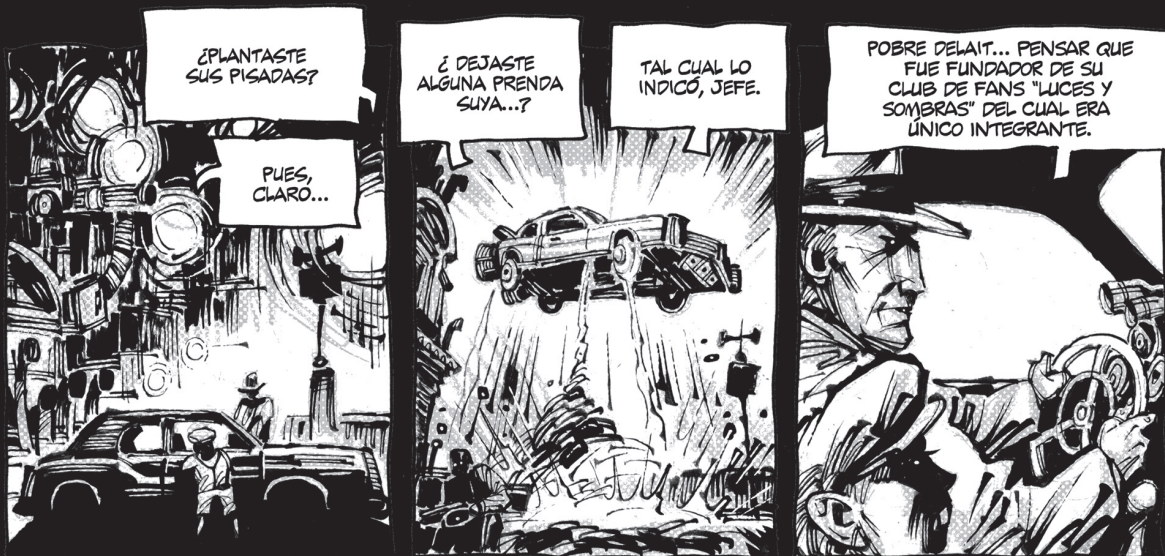


Tus hijas hace tiempo crecieron, inmolaron su inocencia y con algo de suerte, alguna te llamará un par de minutos el 25 solo para verificar que no has muerto, pero aunque nadie espera tus regalos en la mañana navideña, llegas a despachar a la recepción de Semefo ataviado en tu viejo y percutido traje



de Santa. Compras un par de pollos rostizados, diez caguamas, una botella de tequila Cabrito y dos pachas de aguardiente Viva Villa para el solitario festejo de tu guardia navideña entre los muertos. Nabor y Juliano, los cargadores de cuerpos y operadores de la desvencijada camioneta, llegarán con los últimos tres cadáveres de la noche y un par de bolsas de chicharrones. Acaso se unan también Evelio y Aureliano, los omnipresentes buitres de las funerarias y sin duda a la medianoche llegará Altagracia Retamar, la jefa de limpieza, para darte tu regalote, bailar de cachetito y con algo de suerte y cachondería echar un fajecito querendón. Los cumbiones pesados se impondrán a los villancicos y los muertos de la Nochebuena se amontonarán en la sala de espera.

Más de un fiambre llegará con los ojos abiertos y la sangre aún tibia, pero otros anunciarán ya la tonalidad verde negruzca y el primer indicio del hedor por venir. Antes de las tres de la mañana estarás bien borracho, bien cachondo y bien necio y tu traje de Santa estará embadurnado de tequila, baba, salsa y chicharrón; acaso le darás nalgaditas a Altagracia y le dirás a Nabor y a Juliano que los muertos de la madrugada pueden esperar al otro día o a lo mejor —ya punto pedo— derramarás aguardiente dentro de una boca petrificada en rigor mortis y le jurarás a todos que los muertos bailan y son agradecidos, pero nadie va a escucharte y tú buscarás tu reflejo en los ojos sin brillo de un ñorcito con el cráneo reventado a batazos o una adolescente con la yugular rajada por cuchillo cebollero y tratarás de calcular las semanas que faltan para que también tu piel se torne verdosa o negruzca y tus hijas le pregunten a los buitres de la funeraria por la caja más barata, pagada en cómodas mensualidades sin intereses, mientras reparas en que en tu vida, o en lo que de ella queda, muy pronto fue demasiado tarde, pues hace años que tu nariz encuentra familiar y hasta entrañable el dulce hedor de la muerte en Nochebuena.



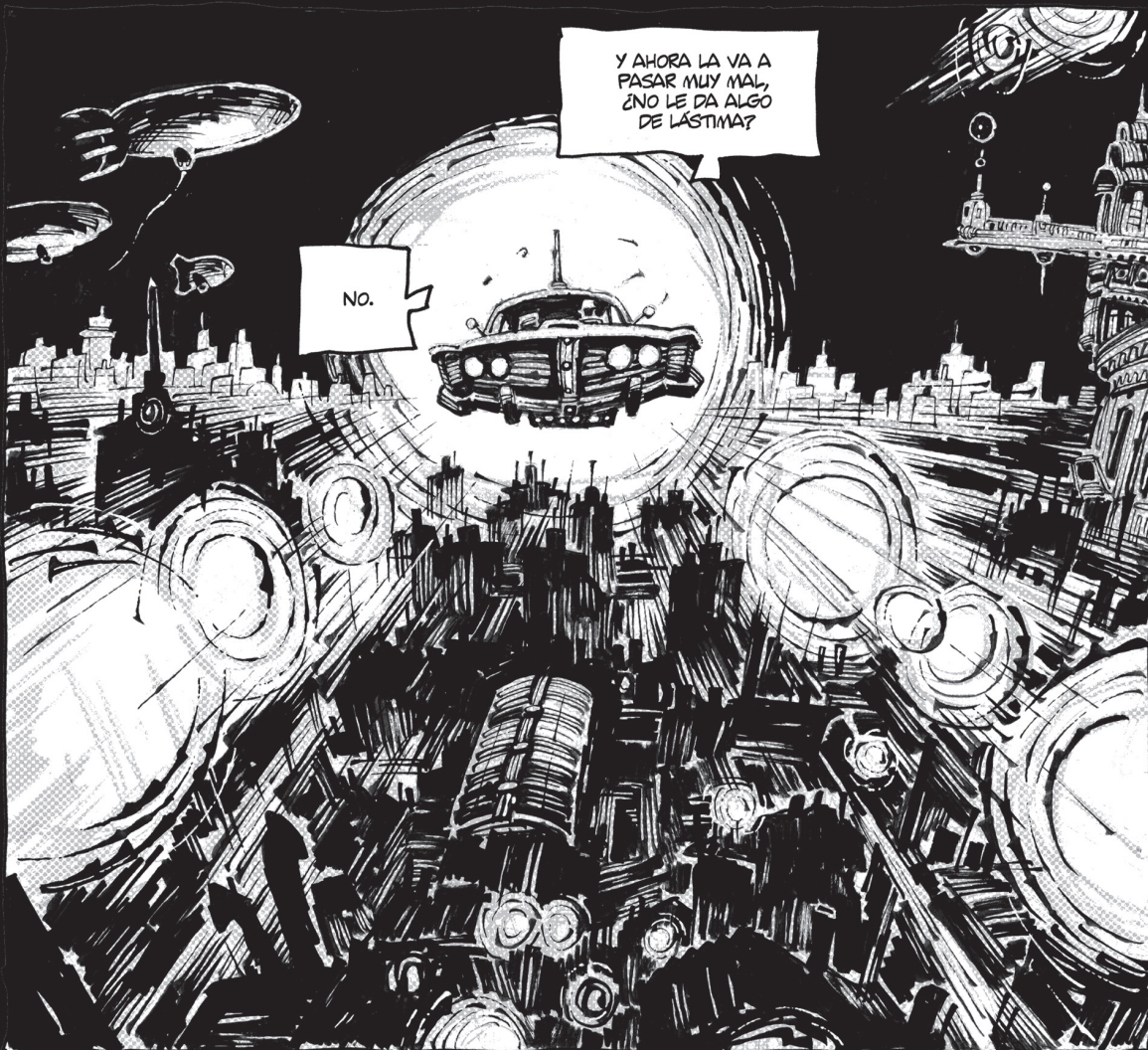
¿PLANTASTE
SUS PISADAS?

PUES,
CLARO...

¿DEJASTE
ALGUNA PRENDA
SUYA...?

TAL CUAL LO
INDICO, JEFE.

POBRE DELAIT... PENSAR QUE
FUE FUNDADOR DE SU
CLUB DE FANS "LUCES Y
SOMBRA" DEL CUAL ERA
UNICO INTEGRANTE.



Y AHORA LA VA A
PASAR MUY MAL,
¿NO LE DA ALGO
DE LÁSTIMA?

NO.

PABLO BARBIERI • EDU MOLINA • 2016

6

Son bellas las malditas

Ricardo Vigueras*

Pocamadre dobló con parsimonia

a la izquierda después de abandonar a un cliente y ascendió por la Insurgentes rumbo a un puesto de tacos de buche entrevisto la noche anterior. Las agujas de todos los relojes marcaban casi la medianoche de una jornada en que el sol, rubio vikingo de fuego, había pasado el día vociferando desde la azul colcha del cielo. Había sido un día normal de fines de julio en Ciudad Juárez, uno de esos en que los termómetros marcan con facilidad los cuarenta grados y los ciudadanos hierven dentro de las oficinas, los coches o las ruterías populosas que se extienden por la telaraña vial de la ciudad. Aquella noche sería digna cónyuge de aquel día mortificador y sudorífero: un cielo de chapopote, sin rastro de luna ni sospecha de estrellas, envolvía la ciudad con su manto opaco de sudor viejo y cansancio acumulado. Daba la impresión de que el mismo cielo se mostrara fatigado de seguir colgando en vano del firmamento.

A falta de aire acondicionado, Pocamadre viajaba con los cristales bajos a la espera de que el aire acondicionado hiciese su trabajo. Era una vieja broma entre taxistas de la ciudad: bajaban los cristales del auto y esperaban que se refrescara a condición de que

la brisa soplase para atravesar el auto en movimiento, remontando las calles de la ciudad que se cocía en su propio jugo. Aire acondicionado, lo llamaban. Mala noche para las clemencias del clima, se dijo Pocamadre: no había ni la más mínima brisa, y a su paso el taxi sólo era capaz de remover espesas masas de aire que golpeaban como puños el rostro peludo y simiesco de Pocamadre.

* Murcia, España, 1968, juarense de adopción. Doctor en Filología Clásica por la Universidad de Murcia, profesor de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez desde 1997. Entre su obra de ficción destacan la novela *Nuestra Señora de la Sangre* (2013), el libro de cuentos *A vuelta de rueda tras la muerte* (2014); *No habrá Dios cuando despertemos* (2016). Premio internacional de ensayo Fray Luis de León 2017 de Castilla y León (España) por el libro *Aquí es frontera de lobos. Ciudad Juárez como territorio mítico. Del western a la narcoficción*, de próxima publicación en España. Compilador del libro *Desierto en escarlata. Cuentos criminales de Ciudad Juárez* (2018). Ha publicado también libros académicos y teóricos, así como más de un centenar de artículos en revistas de España, México, Estados Unidos y otros países.

Fue cerca de la Reforma y 2 de Abril, a dos cuadras del puesto de tacos, cuando vio, entre la luz patibularia de pocas farolas, que un individuo le hizo el alto con la mano. Pocamadre consultó su reloj y comprobó que acababan de marcar las doce de la madrugada. Se dijo que estaba bien, que al fin y al cabo el día no había sido demasiado productivo y que no le vendría mal un viajecito para rematar la noche, celebrarlo con unos tacos de buche regados con un par de barrilitos, y al catre. Aminoró la marcha del auto y se aproximó hacia el individuo para examinarlo con mayor detenimiento. Se trataba de un bato de mediana edad y más bien calvo. Le pregunto si va muy lejos, se dijo Pocamadre, y si no me sale muy largo el viaje lo arrimo y me saco de perdís ochenta o cien pesos. Sin embargo, Pocamadre calculó mal los tiempos del individuo, y antes de que el taxista pudiese preguntar nada, el cliente nocturno abrió a toda prisa la puerta derecha del auto y se introdujo como si le anduviera llegar cuanto antes al retrete. Pocamadre lo contempló con suspicacia en el espejo retrovisor: individuo de mediana edad, con el rostro empapado en sudor por las altas temperaturas. Los párpados a media asta y unos cuantos mechones de cabello gris daban a su semblante un aspecto demacrado.

—Póngase en marcha, aprisa —expresó el individuo con acaloramiento.

—¿Dónde va? —preguntó Pocamadre con suspicacia.

—Al centro, rápido. No pierda tiempo.

—¿Qué parte del centro?

El individuo hizo una mueca de dolor y se echó mano al vientre. Casi pareció doblarse.

—¿Gastritis? —quiso saber Pocamadre mientras se disponía a dar media vuelta para enfilear el centro de la ciudad.

—No, cabrón, es la pinche panza... —susurró el tipo entre quejidos—. La traigo llena de plomo.

Pocamadre intentó escrutar más allá de su rostro y su cuello, pero la iluminación precaria de las farolas le impidió analizarlo mejor. Se puso a la defensiva. Había querido terminar la noche lo antes posible, echar unos tacos y retirarse a su nicho para descansar hasta el próximo amanecer. Ahora le llevaba el demonio que el fulano lo hubiera pillado desprevenido antes de preguntar a dónde se dirigía.

—¿Qué parte del centro? —volvió a preguntar Pocamadre receloso de problemas. Enfiló su taxi a través de la calle Panamá para alcanzar cuanto antes la 16 de Septiembre.

—Voy a un antro de la zona centro... —musitó quejumbroso el cliente imprevisto—. Puede dejarme en la puerta del Reina de la Noche.

Pocamadre había estado un par de veces en el Reina de la Noche. Se trataba de uno de los garitos típicos de aquella zona, lleno de borrachos y vaqueros de medio pelo en los que un tropel de chicas de buenas proporciones, muchas de ellas estudiantes y no pocas menores de edad, bailaban alrededor de una barra y después, de manera más o menos velada, se retiraban con algunos clientes a las entrañas de los hoteles cercanos. Había estado varias veces, y en cierta ocasión conoció allí a una chava a la que



tuvo que defender de un padrote y con quien acabó pasando la noche. Por lo demás, nunca había acudido solo al Reina sin un patrón que le invitara los tragos, ya que, teniendo en cuenta la deficitaria economía de un taxista en una ciudad donde casi nadie toma taxis, el Reina estaba más allá de lo dispuesto a pagar por unas horas de tragos, taco de ojo y panochita aromática al fin de la velada.

—Más aprisa, compa, tengo que llegar a tiempo, antes que... —el cliente bufó entonces como si desfalleciera, pero enseguida recobró la compostura y clavó los ojos grises en el espejo retrovisor. Por unos instantes sus ojos se clavaron en los del taxista.

La iluminación de una tienda de informática que mantenía las luces prendidas durante toda la noche permitió a Pocamadre examinar con mayor cuidado a su cliente. Los cabellos grises, alborotados y caídos en mechones sobre su frente, le hacían un pobre favor al tipo, de por sí poco agraciado y en los peores momentos de una mediana edad muy traqueteada. Era



normal, lo supo enseguida Pocamadre, que los ojos le bailasen como pelotas locas en las cuencas y la boca se le torciera cayendo hacia los lados como si se la hubieran dibujado a cuchillo sobre la jeta. No tardó en darse cuenta de que el tipo ostentaba una inmensa mancha de sangre que le bajaba del pecho y llegaba a la cintura como si se tratase de un plato humano de macarrones a la boloñesa. Entonces Pocamadre no temió tanto por la vida del cliente como por los estragos que pudiera ocasionar sobre la tapicería del carro la sangre del individuo, y se volvió a él muy agitado:

—¡Oiga, usted está herido! ¡Adonde debo llevarle es a un hospital, no a un antro!

—Cállese, cabrón —sentenció echándose mano al interior del bolsillo de su pantalón; Pocamadre creyó que el bato iba a sacar una pistola, pero en vez de eso enseñó frente a él un buen fajo de dólares, se inclinó adelante como pudo y los ostentó un momento delante de las narices del taxista.

—No quiero broncas con la polecía ni con naiden —expresó Pocamadre de manera conciliadora—; si no llega a un hospital se puede morir aquí dentro, y pa' mi chinga, ¿no? ¡Pues nel pastel!

—Mira, mi amigo... ¿Ves toda esta lana? Yo ya valí, así que no la quiero para nada en casa. No tengo hijos a quien dejársela, ni esposa... Tenía una morrita, pero la muy pinche no verá ni un cinco de esta lana —el cliente volvió a agitar el fajo de dólares para que el taxista lo escuchase con interés—. Catorce mil doscientos varos es lo que traigo acá, cuate... Te doy ahora mismo dos mil por el viaje y el resto por las molestias, lo que cueste limpiar la sangre de los sillones y toda la madre... —El fulano revisó con rapidez los billetes y los arrojó sobre el asiento del copiloto, casi por encima del hombro de Pocamadre—. Llévame al Reina de la Noche y estacionate enfrente, compa, de preferencia donde esté menos iluminado, pero que yo pueda ver bien hacia la puerta, ¿entiendes?

Pocamadre asintió en silencio y cuando se prendió la luz verde reanudó el viaje hasta el Reina de la Noche. El centro de Juárez se hallaba despoblado de viandantes por ser noche de martes y los pocos autos con que se cruzaban intentaban llegar con el mismo sopor de esa noche tórrida y espesa hacia donde se dirigieran, quizá hacia colonias perdidas en los cerros, donde la verdad pintada de una biblia de piedra insiste con su mensaje de servidumbre y resignación. Pocamadre sintió que la temperatura ascendía a medida que se aproximaba hacia el antro. De vez en cuando echaba miradas sobre su hombro y contemplaba al cliente, que se había recostado sobre la espalda del asiento con los ojos entornados, como si durmiera, pero sin atreverse a cerrarlos del todo. Quizá temía no volver a abrirlos. Como quiera que fuese, apretaba en el interior de la mano derecha el otro fajo de dólares, y sólo emitió un gemido de alivio cuando el taxi se detuvo en la calzada opuesta al Reina de la Noche, en la salida de un callejón mal iluminado desde donde poder atisbar sin ser visto ni levantar sospechas.

—¿Ve bien desde donde estamos? —preguntó Pocamadre mientras se hacía el distraído y recogía el fajo de dólares con su mano peluda. Pudo entrever y sentir que eran un chingo en billetes de cien y cincuenta, pero no era momento de contarlos.

El individuo asintió con la cabeza, reprimió un gemido de dolor y tomó aire antes de hablar.

—Escucha bien lo que tengo que decirte. Te he dado una buena lana por traerme hasta aquí, y si haces todo lo que te digo, esto que guardo en el puño también será tuyo. Es más o menos la misma feria, así que esta noche podrás volver a casa con un buen chivo para tu vieja y los niños...

—Está muy fea esa herida, señor... Se va a quedar pajarito acá dentro si no hace nada.

—Ese no es tu problema, cuate. Mira, hasta aquí llegué yo. Me llenaron la panza de plomo y con lo

que traigo encima no hay quien me salve, así que no quiero perder mi tiempo muriéndome como un perro en la sala de espera de un mugre hospital. ¿Lo captas? Prefiero morirme aquí mirando, acabar ahora en el sitio donde todo empezó.

—¿Qué quiere que haga?

—Dime primero la hora.

Pocamadre consultó su reloj sin perder de vista al individuo por el espejo retrovisor.

—Quince para la una —respondió—. Ya queda poco para que cierren los antros.

—Que eso no te quite el sueño, compa. No vinimos a tomar tragos, aunque uno ahorita no me vendría mal.

Pocamadre guardaba una pequeña petaca de tequila Orendain en la guantera del taxi, pero ni loco se le hubiera ocurrido ofrecérsela a aquel pinche moribundo. Los balaceados en el estómago mueren vomitando la sangre, los higadillos y hasta la leche que mamaron de las tetas de sus madres, y no quería quedarse sin su magra ración de pisto para cuando la jornada laboral concluyese.

—¿Tienes un cigarro, compa?

Pocamadre extrajo un Delicados del bolsillo de su camisa y se dio media vuelta para tendérselo. Estaba hecho un cristo el cliente. Parecía un caperucito. No cabía duda de que el lobo feroz se lo había chingado bien gacho, a conciencia.

—Gracias, tengo fuego —el cliente sacó de algún lado un encendedor marca patito y encendió su cigarro; expulsó la primera bocanada con alivio de moribundo, como los que mueren como héroes fumando en las películas de guerra—. Disculpa, no pregunté si estaba permitido fumar.

—No se aflija, al cabo un día es un día —Pocamadre extrajo otro alacrán para él y se lo llevó a los labios. Lo encendió y el reflejo de la llama se proyectó sobre el espejo retrovisor, y éste sobre la sonrisa jodida pero satisfecha del cliente.

—Eso quiere decir que ella sale dentro de quince minutos, todo lo más.

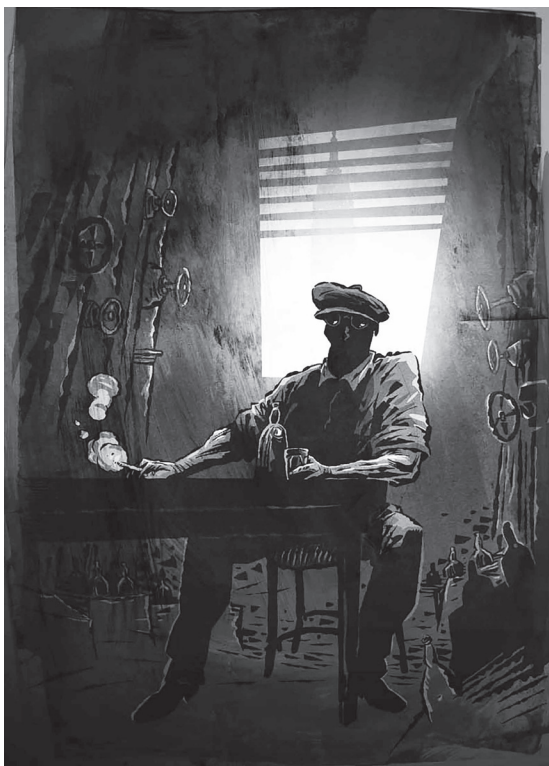
—¿Ella?

—La morrita de quien te hablaba antes, compadre. La que ya no olerá más el olor de mi dinerito.

Sobre todo los que guardo en el bolsillo, pinche puto, pensó para sus adentros Pocamadre, pero sólo expulsó el humo del cigarro con determinación por las fosas nasales.

—Tres balazos me metió el padrote que la chulea hará cosa de un par de horas. No sé ni cómo llegué vivo hasta aquí, pero ya no importa. Sé que de esta no salgo. Por ahí anduve dando vueltas por las calles hasta que vi tu taxi. ¿No quiere saber cómo va la historia?

—En realidad tuve un día muy largo, ¿sabe? Cuando le recogí iba a echarme un taco para luego buscar la guarida. Me levanto muy temprano. La pinche vida de taxista es bien jodida y a veces uno no saca más que para tortillas y frijoles.



Pocamadre sabía que el individuo no le estaba escuchando. Las tortillas y los frijoles se la traían floja al puto. Era su gran momento, se despedía de la vida y aquel pinche chango blanco que manejaba un taxi no le iba a arruinar su adiós al mundo.

—Cuando me quede frito, échate unos tacos a mi salud. Yo la conocí aquí mismo hará un par de semanas, en el Reina de la Noche. Una chava de diecinueve, morena clara, con un cuerpo de los que hacen correr la leche y la lana... Y la sangre, compadre.

Pocamadre gruñó mientras el tipo empezaba a contar su historia.

—Total, para no hacerla muy larga, el padrote estaba en la cárcel... Un narquillo de los que ahora hay miles por Juaritos, el compadrito de uno de los que hoy parten el queso. Un par de veces me cogió a la chava, un par de veces la saqué a cenar y nos vieron juntos. Mala cosa.

—¿Y ahora?

—El tipo salió de la cárcel y fue a buscarme. Yo, pendejo de mí, ya estaba sobre aviso. Ni llegamos a enfrentarnos. Llegué a mi casa, salí del carro y el tipo salió de una van con vidrios polarizados. Me preguntó, ¿tú eres fulano de tal? Yo dije que sí, sacó la pipa y me cantó el madreus...

—¿Y no pensó en correr mejor a un hospital? Mala cosa es morir por un culo de diecinueve y un par de meneos...

—Con tres plomazos en el estómago, aunque sean mal dados como éstos, no hay cristo que se salve. No, compadre, prefiero venir aquí, a la puerta del garito, y verla salir a la una, como acostumbra. Mejor morir aquí viéndola a ella que en un sucio hospital en la camilla de un pasillo mientras las enfermeras se roban mis dólares y hasta se quedan con mis calcetines para venderlos en un mercado de pulgas.

El individuo cerró el pico. Apuró su cigarro y lo tiró por la ventanilla. El rostro lo traía empapado y la mirada casi se extinguía en sus ojos febriles, pequeños

ya como los de un ratón asustado al verse preso en una trampa por haber querido comerse un rico trozo de queso.

—Mi segunda esposa no me dejaba fumar en casa, pero yo siempre supe que no me mataría el cigarro —dijo, y resopló antes de callar por un buen rato.

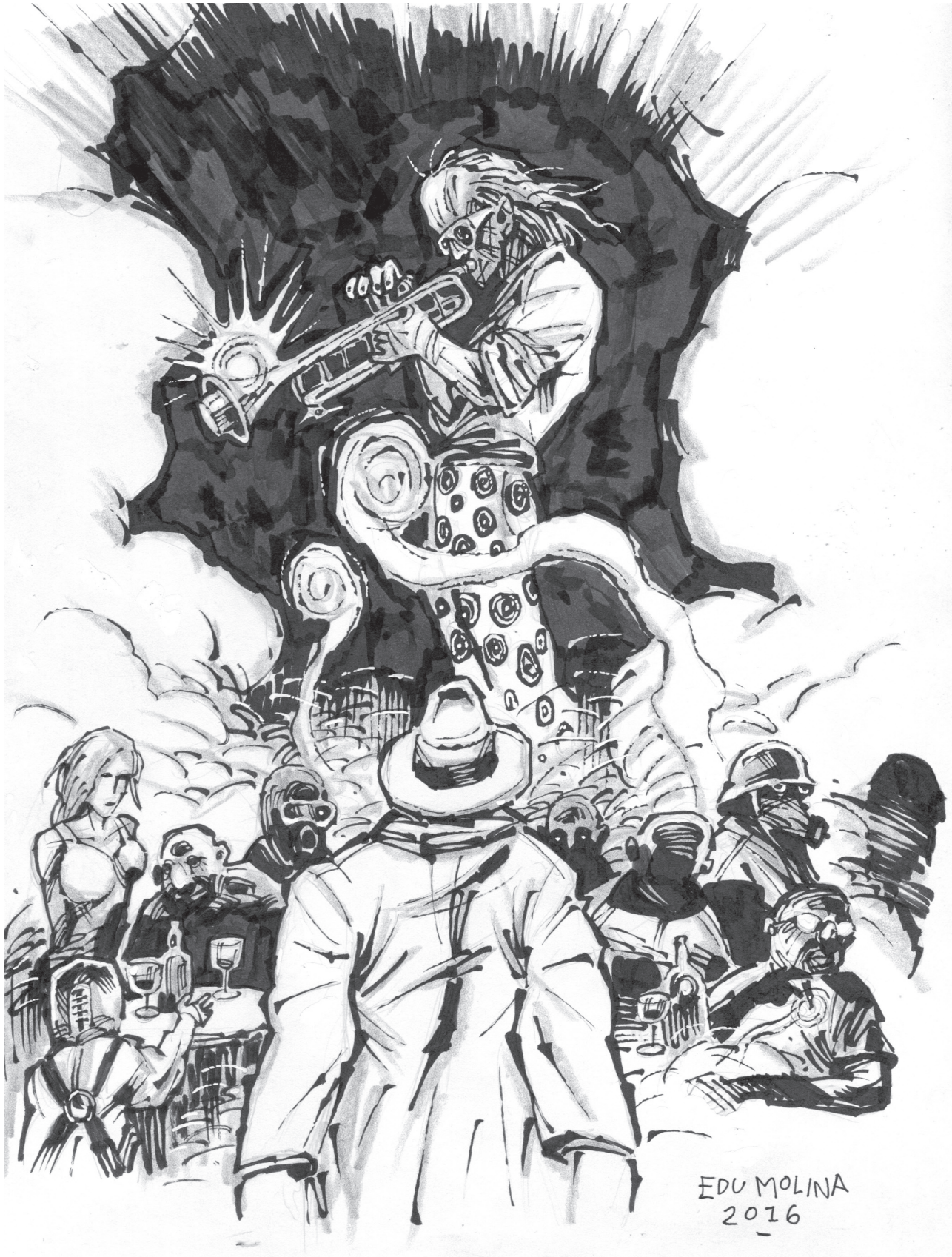
De la puerta del antro comenzaron a salir algunos individuos, algunos tocados con su sombrero vaquero que procedían de los ranchos y buscaban en Juárez vender sus quesos y sus manzanas y luego pasar una noche de jarana en la ciudad llena de veleidades. Un par de individuos gordos y altos como torreones con gafas oscuras precedieron a una pareja de jóvenes. Uno de ellos era un tipo de veintipocos años, vestido con ropa de marca y botas vaqueras de piel de avestruz. Pocamadre las reconoció porque tenían el diseño de un conocido fabricante de la ciudad, próximo al Mercado Juárez. La seguía una muchacha alta, morena clara, con la melena suelta. Pocamadre casi podía oler el perfume de sus jabones de baño, la colonia que había emborrachado su pelo. Su piel, un poco sudorosa por los ratos de baile entre el gentío del Reina de la Noche, brillaba extrañamente a la luz de las farolas y llenaba la calle con su presencia como una maldición.

—Son bellas las malditas, compadre... —fue lo último que Pocamadre oyó decir al cliente antes de enmudecer del todo. Examinó sus facciones a través del retrovisor. Se le dibujó en el rostro una de esas sonrisas de sabiduría que la vida pinta al final en la cara de quienes menos han sabido, y guardó silencio mientras contemplaba con arrobo moribundo a la muchacha. Ella pareció mirar con atención en todas direcciones, e incluso en una ocasión analizó con desconfianza el taxi que aguardaba en la oscuridad, pero al fin no prestó mayor atención al advertir que dos más se estacionaban en la calle para recoger a algunas de las nenas que esa noche no tenían plan y se dirigirían directas a casa. Al fin, la chica se marchó

con su joven amigo en el coche que conducía uno de los dos gordos como torreones, y en un momento determinado Pocamadre supo que el cliente inoportuno no hablaría más. Se dio la vuelta para examinarlo, comprobó que se había quedado frito con los ojos muy abiertos, casi todavía posándose sobre las curvas de la mujercita, y se maravilló de la lucidez que hasta el final había mostrado aquel individuo que prefirió morir de esa manera.

No se dio tiempo Pocamadre para ponerse sentimental. Arrancó de la mano del muertito el paquete de billetes y contó otra feriotota: trece mil ciento y pico dolarucos. No estaba mal para hacer de confesor a altas horas de la noche. Puso en marcha el auto, dio varias vueltas por el cercano barrio de La Pila, y en un jardín oscuro rodeado de viviendas que habían conocido tiempos mejores, tuvo mucho cuidado en dejar abandonado el cadáver del cliente sentado en un banco para que lo encontrasen bien pronto por la mañana. Había sido un buen cliente, se dijo mientras palpaba en su bolsillo los fajos de billetes, que acomodó lo mejor posible para que no se resbalaran. Entonces se acordó de la maestra Trini. Con cuidado de no hacer mucho ruido, se sumergió de nuevo en la noche de Juárez y elevó un ruego a Dios; no por el alma triste del difunto, sino porque el puesto de tacos de buche todavía estuviera abierto a esas horas de la madrugada.





Sol y Sombra

Darío Zalapa*

Para el profe Gil.

La familia no mata por paga, no mata mujeres, no mata inocentes, se muere quien debe morir, sépanlo toda la gente, esto es: Justicia Divina.

Narcomanta del cártel La Familia Michoacana, bar Sol y Sombra, Uruapan, septiembre de 2006.

Entramos

a la ciudad a las ocho de la noche, luego de un viaje de doce horas en autobús. Bienvenidos a Uruapan, capital mundial del aguacate, rezaba en mayúsculas el letrero después del cual brotaban los primeros signos de urbanización: un par de gasolineras, paraderos de tráileres, salones de fiestas incrustados en las faldas de los cerros, algunas fábricas, los imbatibles muros del CERESO municipal. Aunque ese era el primer rostro que ofrecía Uruapan, en realidad su esencia primigenia se anunciaba desde muchos kilómetros atrás, exactamente desde el punto en el que te descubrías, de súbito, recorriendo largos tramos de carretera donde el cielo se convertía en un mero fragmento de memoria aciaga, mostrado a lo lejos y a cuentagotas, detrás del tapanco construido por los árboles de aguacate que brotaban de todos lados y en todas direcciones, y que podrían devorarte de no ser por los kilómetros y kilómetros de malla

ciclónica que los mantenían contenidos y en aparente orden dentro de las huertas a las que pertenecían.

El calor era demasiado húmedo; contrario al de Monterrey, en su vaho llevaba implícita la falsa promesa de una frescura que nunca terminaba de llegar, pero que te hacía esperar por ella detrás de una neblina de sudores y bochornos, prensándote por el cuello, adhiriéndose a tu piel como un velo que ya nunca habría de abandonarte. Nos lo advirtió Kim, mi contacto en Michoacán y quien me había acercado a Maru, la única fuente que teníamos en Uruapan para cubrir el caso de los decapitados del Sol y Sombra: lleven ropa ligera, mi familia es de allá y te juro que la Tierra Caliente es el meritito pinche infierno.

Mira, Julia, es ahí, me dijo René, mi camarógrafo, cuando el autobús quedó frente al Sol y Sombra al detenerse en un semáforo: detrás de una barda de piedra que anunciaba un próximo baile a cargo de los Tucanes de Tijuana, vi los muros blancos que

* Michoacán, 1990. Es autor de tres libros de relatos, entre los que destaca *Los rumores del miedo* (2012), *Perro de ataque* (2017) fue su primera novela, y apareció en un par de listas de los mejores libros del año. Obtuvo el Premio Michoacán de Literatura (2010) el Premio de Cuento Juan Rulfo (2011). Ha sido beneficiario del Programa Jóvenes Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (2015 y 2017) en la especialidad de novela. Fue seleccionado como parte del programa *¡Al Ruedo! Ocho talentos mexicanos* de la FIL Guadalajara 2018.

se alzaban sobre el carril lateral, a desnivel, y que componían parte de la fachada de una construcción de dos pisos, coronada por un tejado de lámina y dividida a media altura por otro de barro, debajo del cual surgían, inclementes, cinco ventanas de marcos acentuadísimos e innecesarios, gendarmes de un gran portón que, a su vez y a pesar de estar abierto, no ofrecía a la vista nada de su interior, como si un vapor oscuro e inexpugnable floreciera todas las noches para esconder de los curiosos lo que sea que ocurriera más allá de ese quicio, y como si el único detalle no para descubrir, sino para suponer o siquiera imaginar qué había del otro lado, fuera el anuncio luminoso —patrocinado por la Corona—, que proyectaba el nombre del sitio, con un sol acompañando a la palabra *Sol* y una luna haciendo lo propio con la palabra *Sombra*: Sol y Sombra, Club Nocturno.

El autobús volvió a avanzar al mismo tiempo que se encendieron las luces del interior como una primera advertencia para los pasajeros que estaban dormidos. La terminal se encontraba en la siguiente esquina; en menos de cinco minutos la rodeamos, entramos por el acceso de los autobuses y volvimos a pisar tierra. No demoramos en abandonar los andenes y conseguir un taxi: nos urgía llegar al hotel, comer lo que sea que no fuera un sándwich de autobús, dormir hasta el día siguiente.

Nuestro hotel, el Plaza, estaba a unos pasos del centro de la ciudad. Nos registramos y subimos



a nuestras habitaciones. Al llegar a la mía sólo conseguí sacarme los zapatos y tirarme en la cama. Me preguntaba si seguía valiendo la pena vivir así, paseándome por las ciudades más peligrosas de México, con tal de armar el reportaje que había consumido los últimos seis meses de mi vida: una investigación que recogía los hechos más violentos ocurridos durante la pendeja guerra contra el narcotráfico del presidente Calderón. Michel, el jefe de corresponsales de la CNN en México, me alentaba a terminarlo, seguro de que nos valdría varios premios internacionales, pero a mí empezaba a cansarme lo estéril de la situación. Guerrero, Tamaulipas, Chihuahua, Veracruz... sin importar cuál estado pisara, me encontraba con el mismo impedimento: fuentes temerosas que abrazaban su testimonio como si callarse los detalles verdaderamente importantes fuera lo único que les asegurara mantener la cabeza en su sitio. De ahí la única certeza que había conseguido luego de seis meses de aviones, autobuses, carreteras abandonadas y caminos de terracería: la guerra no había terminado cuando Calderón dejó la presidencia, dos años antes, porque tampoco había comenzado con él; la verdadera guerra no la estaba librando el Estado, sino todos los habitantes de regiones como esa, obligados desde hacía décadas a defenderse por cuenta propia de los criminales que peleaban por sus territorios, aunque ya no fueran sino tierras arrasadas por la plaga más desesperanzadora de todas: la de la sangre que brota de un cuerpo al que le han arrancado la cabeza como máximo signo de anulación, esa sangre que corre para regarse entre un surco y otro, que se encharca y pudre todo lo que la rodee.

No supe en qué momento me quedé dormida, pero el sonido del celular me despertó hasta el día siguiente, cuando René me llamó para decirme que ya me estaba esperando en el restaurante. Le pedí quince minutos para tomar un baño. El incipiente rumor del tráfico, afuera, amenazaba con convertirse

en la balada que habría de acompañarnos el resto del día.

La cita con Maru era a las diez en el Starbucks del único centro comercial de Uruapan. Se trataba de una vieja prostituta con la que sólo había hablado por teléfono, y que por cien dólares estaba dispuesta a contarnos todo lo que vio esa noche, cuando un comando con falsos uniformes de la AFI entró en el Sol y Sombra, en septiembre de 2006, para dejar sobre la pista de baile cinco cabezas recién decapitadas, algo poco común por aquel entonces pero que se interpretó como lo que era: una llamada de atención para que todo el país se enterara de cómo estaban las cosas en el estado natal de su próximo presidente.

Pasaron dos horas sin que Maru se apareciera. Estábamos a punto de irnos cuando hizo su repentina y despampanante entrada: aunque eran evidentes sus más de sesenta años, el cúmulo de décadas le sentaba de maravilla: de cabellera platinada y ensortijada, con un par de tetas que podrían alimentar a un orfanatorio completo, el recuerdo aún latente de una cintura mortal, y unas piernas que me dieron envidia, era simplemente la recreación purépecha de Maribel Guardia con barriga post embarazo. El cuadro lo completaban unos leggins color rojo cereza, una blusa de animal print que simulaba el pelaje de un tigre y unos tenis Nike con burbuja de aire.

Nos reconoció de inmediato, pues apenas nos vio, cruzó la cafetería hasta el área de fumar, donde René y yo la esperábamos.

—Hola, mis niños, ¿ustedes son los reporteros de la tele gringa? —nos dijo antes de saludarnos de beso, pero sin permitirnos contestar a su pregunta, pues de inmediato comenzó a explicarnos su plan, agitando sus manos al aire y haciendo sonar los kilos de joyería falsa que le forraban las muñecas:

—Vámonos yendo, ándenle, aquí traigo las llaves del bar, estamos cerquita, nomás invítenme un cafecito porque todavía es muy temprano para mí.



Caramel macchiato en mano, Maru se convirtió a partir de ese momento en la guía de nuestra excursión: abordamos un taxi en el estacionamiento —ella en el asiento del copiloto— y le indicó al chofer que nos llevara a la terminal de autobuses, pero por la calle trasera. Al llegar ahí completamos el recorrido a pie, teniendo como únicos testigos a los incontables grafitis que adornaban la barda de la terminal, mientras Maru nos explicaba que debíamos entrar a prisa, ya que tanto el ejército como los dueños del bar mantenían rondines de vigilancia debido a que lo habían clausurado una semana antes.

—Pero no se me asusten, mis niños, si vienen conmigo no les va a pasar nada.

Cruzamos el portón, ignorando un sello de clausurado que claramente ya había sido violado antes, sólo para acceder a un gran terrero vacío. Maru nos aclaró que ese era el estacionamiento y nos ordenó que la siguiéramos por una diminuta puerta situada a la izquierda que bien podría pasar desapercibida.

Avanzamos por un oscuro, serpenteante y estrecho pasillo. Pocos metros después, una barra en forma de medialuna nos dio la bienvenida al Sol y Sombra, como si fuera la navaja que lo abriese en canal para dejarnos saborear sus entrañas: desde el exterior resultaría imposible advertir las dimensiones del salón que funcionaba como punto de venta de armas, drogas y mujeres; una gran nave que podría albergar la celebración de una boda, sin más decoración que imágenes de mujeres desnudas y de camionetas 4x4, muros cubiertos por tiras de espejos, y un par de inmensos cuadros que proyectaban árboles de aguacate pintados al óleo. El aroma imperante era el del encierro absoluto: el encierro de la cerveza y el licor rancios, el encierro de los baños sin limpiar, el encierro de la ceniza y del humo de cigarro, el encierro de los mil litros de sudor y jugos corporales que suelen derramarse por noche en un lugar donde los fluidos son la moneda de cambio.

—Disculpen el desorden, nadie ha venido a limpiar desde que clausuraron —nos dijo Maru con franca vergüenza, como si estuviéramos entrando en su propia casa, pero ni René ni yo le prestamos atención: él comenzó a disparar su cámara avanzando entre las mesas, sobre las cuales brotaban envases de cerveza y de licor y ceniceros como fuentes de colillas, mientras yo caminaba directo a la pista de baile, que en medio del salón se erguía como la piedra angular de una noche infinita, de rincones inabarcables.

Cuando colmamos nuestro morbo, y René me aseguró que la luz le servía —una luz ambarina, casi mortuoria, que en su totalidad se filtraba por las ventanas de la fachada—, improvisamos el set para la entrevista: sobre la pista de baile, a un costado del tubo, pusimos una silla con estampado de la Corona, quedando de fondo las mesas y el montón de botellas abiertas: pétalos de una flor a punto del deshoje. Sentamos a Maru, le pusimos el micrófono, me situé a un lado de la cámara y empecé las preguntas sobre

sus inicios en la prostitución y su trabajo en el Sol y Sombra, temas que ya me había adelantado por teléfono.

—Uy, mi niña, este es el único oficio que conozco. Empecé a putear antes de los veinte y no te voy a decir cuántos tengo ahorita, porque soy una dama, nomás figúrate que ya cobro mi INAPAM, tú saca las cuentas. Pero no te me asustes, que ya no puteo, nomás atiendo a las niñas: les preparo sus cambios de ropa, les ayudo con el maquillaje y los trucos, les llevo de cenar, les bajo la borrachera o las mando a dormir cuando ya cubrieron su cuota... Las cuido, pues, porque eso es por lo que me pagan. A final de cuentas son las que hacen el billete y hay que cuidarlas de los pendejos que se ponen hasta la madre, sobre todo de los cortadores de aguacate, los peones, pues, que nomás cobran la raya y se sienten los dueños de la pinche huerta, aunque lleguen al bar y entre diez cabrones apenas les alcance para una botellita de bucanas.

El tintineo de su falsa joyería resonaba con generosidad. Maru lo hacía bien para alguien que seguramente nunca había sido entrevistada, así que aproveché el ímpetu y le pregunté sobre la noche de las cabezas.

—Yo lo vi todo, mi niña: los uniformados llegaron, dispararon, soltaron chingadazos, sacaron las bolsas y aventaron las cabezas aquí, en la pista de baile... Cinco bultos que rodaron como pelotas de fútbol desinfladas... Ay, me acuerdo y quién sabe qué siento en el pecho, como una tristeza que ya no me voy a poder quitar nunca, como un granito de esos que te salen en la pancha cuando coges sin condón y que nomás está ahí, chingando la madre, haciéndote pensar mil pendejadas, obligándote a tocarlo aunque sepas que eso sólo hará que se te ponga más feo... No sé, mi niña, una no vuelve a ser la misma después de ver cosas así... Te juro que a veces hasta pienso que me voy a ir al infierno nomás por haber visto eso... no sé, mi niña, no sé.

Maru se quebró en ese momento, su presencia frente a la cámara fue la de un costal de cebollas desparramado sobre la silla. Pude haber parado ahí, darle un respiro, pero esa era la primera ocasión en muchos meses que alcanzaba a vislumbrar un testimonio sincero. Continué, sin saber que estaba entrando a un pasadizo que nunca imaginé descubrir cuando inicié esa pinche investigación, y le pregunté quién protegía al Sol y Sombra, porque seguía abierto ocho años después, cómo sorteaba las constantes clausuras como la que les acababan de hacer apenas una semana antes.

—Qué quieres que te diga, mi niña, así funcionan las cosas aquí y a nadie le conviene que esté cerrado. Luego viene el ejército, o la policía, y arman un relajo por cualquier pendejada, pero no pasan más de quince días cuando esto ya se volvió a abrir. Pero esta vez no sé. Me dijo Chavita, el gerente, que ahora está más cabrón, que nos cerraron porque la pendeja de Genito ya soltó la sopa y que hay personas de más arriba que prefieren que ahorita no se le mueva mucho al asunto.

Las manos de Maru se entrelazaron nerviosamente, como si protegieran a un diminuto animal moribundo, tal vez la cría de un gorrión que saltó del nido y cayó en picada hasta quedarse ahí, en el suelo, con las alas rotas, a la espera de que Maru llegara para procurarle otro destino y no el que la naturaleza le tenía sentenciado. Sin dudarle, hurgué en esa vereda y le pregunté quién era Genito y qué sopa había soltado.

—Es que ella también estuvo la noche de las cabezas. Yo sé de buena fuente que la tenían protegida porque su testimonio era muy importante, según eso, pero que no se lo podían tomar hasta que cumpliera dieciocho años, cosa que ya ha de haber sucedido.

René me miró mientras yo sacaba las cuentas con los dedos, como si retrasar el resultado de la operación aminorara el terror y el asco que producía. Aún sin

aceptarlo, le pregunté cuántos pinches años tenía esa niña entonces.

—Diez, once, doce... no me acuerdo, mi niña, a mí nomás me la trajeron una noche y me dijeron “Maru, cuídala porque vale oro”, y te juro que sí lo valía para nosotros y para todos los clientes que venían a verla, sobre todo los huerteros: le pintaba bien la cara, le ponía un truquito en el brasier, y se veía como de quince, que es la edad promedio para empezar a putear por aquí, porque después de los dieciocho ya se les hacen muy manoseadas... Es corto este oficio, mi niña, y si no consigues que antes de los veinte te lleven a Cancún para que los gringos te paguen en dólares, o que algún cabrón se te enamore y te cumpla eso de sacarte de trabajar y ponerte casa con sirvienta, ya no la hiciste y te vas quedando como yo: cada vez más puta y más vieja, pero con menos ilusiones...



Abrupto, el estruendo inició en la entrada: siluetas oscuras avanzaron pateando mesas y gritando mentadas de madre, una manada hambrienta que usaba el alarido como primera herramienta de intimidación, tal vez porque no sabían que sólo se enfrentaban a un par de reporteros y a una puta de la tercera edad. Segundos después, gracias a los tonos verdes de sus uniformes y a sus armas largas que nos apuntaban directamente, supimos que eran militares. Su andar fue acompañado por el concierto de botellas estrellándose contra el suelo y los gritos de una Maru histérica que no dejaba de repetir que ya había valido verga. Rodearon la pista de baile y uno de ellos, al percatarse de la cámara, metió el cañón de su arma entre el tripié para mandarla a volar varios metros.

René y yo no pudimos sino levantar las manos y gritar que éramos reporteros, que revisaran nuestras credenciales, pero fue en vano: él, Maru y yo terminamos sometidos contra el suelo, puntas de cañón enterradas en el cráneo y, en la boca, el sabor del polvo y la ceniza de cigarro que recubrían la pista de baile: el corazón de una noche que nunca había dejado de palpitar, un ritmo cardíaco que no debíamos descubrir.

Una hora después René y yo íbamos rumbo a Morelia en total silencio, sin cámara y sin saber qué chingados pasaría con Maru. El que se identificó como sargento, un tipo de apellido Mendoza, nos había escoltado a la terminal, no sin antes quitarnos credenciales y celulares. Fue claro cuando nos obligó a abordar el autobús:

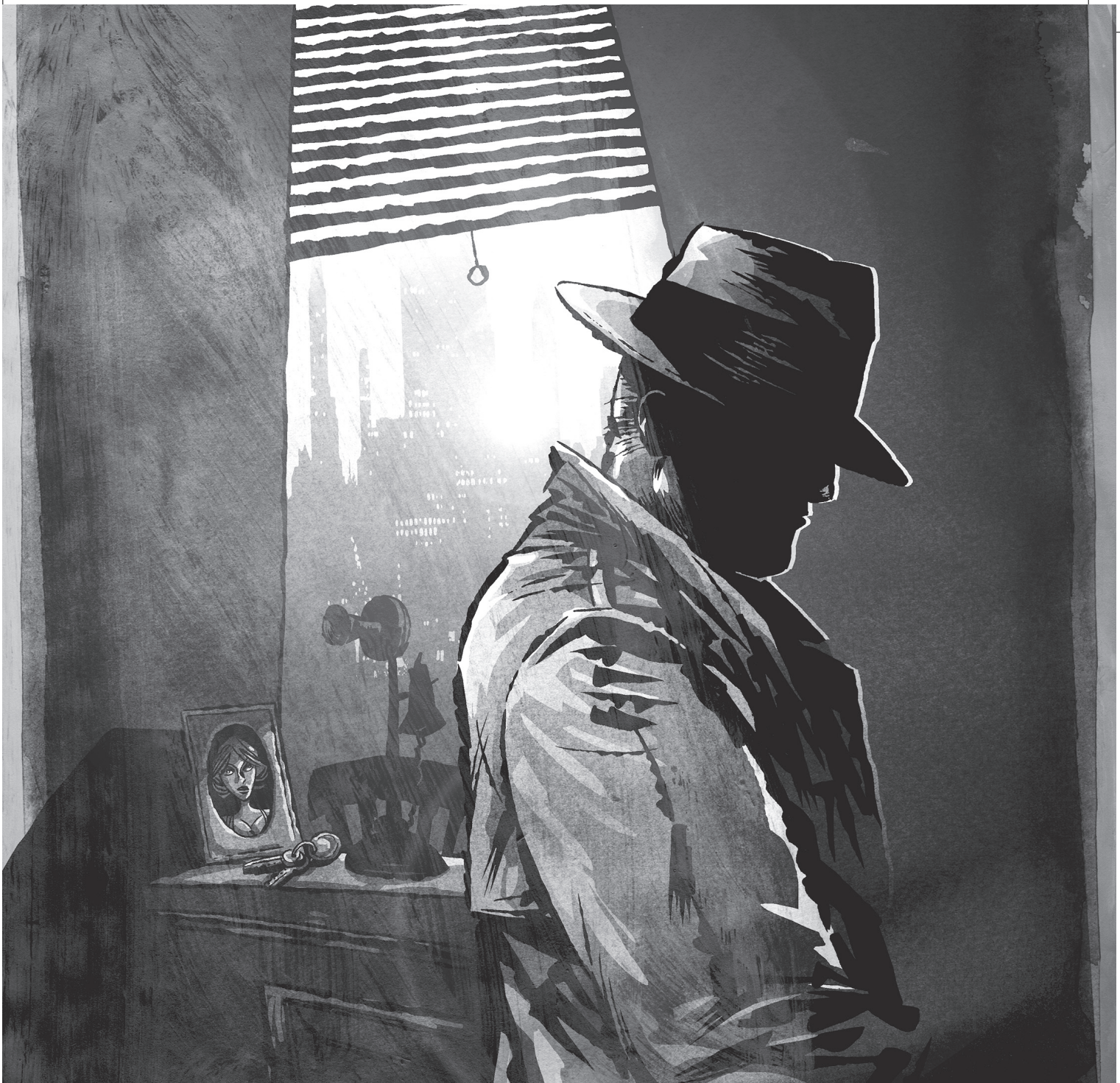
—No quiero leer ni una pinche palabra sobre ese negocio, acuérdense que ya tenemos sus datos, no sé qué pensaron que iban a encontrar aquí, pero mejor se van a la verga y hacen de cuenta que nomás vinieron a probar el aguacate, y que no les gustó, ¿estamos? Apenas llegamos a Morelia, busqué el ciber de la terminal para escribirle por Facebook a Michel mientras René compraba los boletos, pero él ya se me había

adelantado: “Regrésense en chinga, me habló un tal sargento Mendoza para decirme hasta de lo que me voy a morir. Pinche Julia, en qué pedos nos metes”, decía el mensaje enviado apenas media hora antes, lo que me hizo entender que el supuesto sargento Mendoza no estaba mintiendo y que en verdad nos quería fuera de Michoacán ese mismo día.

La espera de dos horas para abordar el siguiente autobús a Monterrey fue una tortura, minuto a minuto. En su desesperación, René llamó a su esposa para decirle que no saliera de casa por ningún motivo; aunque me pareció que exageraba, supuse que yo habría hecho lo mismo, de tener alguien por quien preocuparme en Monterrey. Abordamos, finalmente, pero no estuve en paz hasta que el autobús hizo escala en Irapuato, Guanajuato, lo que significaba que por fin habíamos salido de Michoacán.

Por indicación de Michel, no volví a tocar mi investigación. Cuando Morelia, Lázaro Cárdenas, Zamora o Uruapan, las ciudades más importantes de Michoacán, salían a flote en la redacción, regularmente en notas sobre el narco, automáticamente explotaba en mi boca el sabor del polvo y la ceniza de cigarro que saboreé en la pista de baile del Sol y Sombra. Tampoco volví a tener noticias de Maru, aunque más de una vez tuve que lidiar con la culpa por nunca escribirle o llamarle para saber si la había librado.

La supuesta Genito se quedó ahí, como un tornillo barrido de mi memoria. ¿Qué más pude haber descubierto, qué estuvo a punto de decirme Maru sobre ella? No importa. Mi única certeza, una que me tardé mucho en comprender, es que en Uruapan o en cualquier otra parte de México, así escriba sobre Genito o sobre cualquier otro caso, siempre habrá alguien para impedir que termine mis investigaciones, que hilvane las pocas pistas que deja sueltas este país donde el miedo no es una ficción, sino el agua de riego de todos sus campos.



Edu Molina

La Plata, Argentina, 1969. Vive en México desde 2002. Dibuja historietas para Argentina, Italia y España con distintos guionistas. Adaptó diferentes clásicos de la literatura como *Crimen y castigo*, *El Quijote* y E. A. Poe, entre otros. Autor del cómic *El Sombra*, que cuenta con tres novelas gráficas, una de ellas inéditas. Integra el staff de la revista mexicana *El Chamuco* desde 2016, da talleres de narrativa gráfica y hace story boards para publicidad.

<p>BLANCO MÓVIL Director: Eduardo Mosches</p>	<p><i>Los primeros pasos</i> Eduardo Mosches</p>	
<p>CONSEJO EDITORIAL Gerardo Amancio Andrés Cisneros Beatriz Escalante José María Espinasa Ana Franco Eve Gil Francesca Gargallo Gabriel Macotela Eduardo Milán Cynthia Pech Miguel Ángel Quemain Juan Antonio Rosado Bernardo Ruiz Adriana Tafoya Esther Seligson (q.e.p.d.) Daniel Sada (q.e.p.d.) Aralia López (q.e.p.d.)</p>	<p>LATINOAMÉRICA ENTRE LADRONES, POLICÍAS Y PARIAS</p> <p><i>Cada cual a su juego</i> Atzin Nieto</p> <p><i>Nariz de botella</i> Imanol Caneyada</p> <p><i>Este juego perverso</i> Norma Yamille Cuéllar</p> <p><i>Una llamada</i> Fragmento de novela inédita Iván Farías</p> <p><i>Destino trágico</i> Iris García Cuevas</p> <p><i>Es muy fácil</i> Lorenzo Lunar</p> <p><i>Cobalto</i> Nylsa Martínez</p>	
<p>CORRESPONSALES Floriano Martins (Brasil) Carles Duarte (Cataluña) José Kozér (Estados Unidos) Marcela London (Israel) Rodolfo Alonso (Argentina) Shadi Rohana (Palestina)</p>	<p><i>El comisario va la universidad</i> (Un caso académico para Wenceslao Pérez Chanán) Francisco Alejandro Méndez</p> <p><i>Delete</i> Miguel Ángel Molfino</p> <p><i>Cuestión de buen gusto</i> Alfonso Morcillo</p>	<p><i>Mala sangre</i> Rebeca Murga</p> <p><i>Segunda vida</i> (Fragmento de novela) Guillermo Orsi</p> <p><i>Lo de siempre</i> Carlos René Padilla</p>
<p>SECRETARÍA DE REDACCIÓN: Lydia Hernández RELACIONES PÚBLICAS: Patricia Jacobs (q.e.p.d.) Impresión: Impresos Rubí & Gom (5632 8314) Ciudad de México Ilustraciones: Edu Molina Diseño de portada: Pablo Rulfo Diseño de interiores: Marco Kim</p>	<p><i>Avispas</i> Ivonne Reyes Chiquete</p> <p><i>Nadie muere a bordo</i> Mercedes Rosende</p> <p><i>La tercera del Goyo y también la coneja</i> Guillermo Rubio</p>	
<p>BLANCO MÓVIL Momoluco No. 64. Pedregal de Santo Domingo, Alcaldía Coyoacán. C. P. 04369, Ciudad de México Teléfono: (55) 56-10-92-99 blanco.19mosches85@yahoo.com.mx www.blancomovil.com.mx</p>	<p><i>El dulce hedor de la muerte en Nochebuena</i> Daniel Salinas Bas</p> <p><i>Son bellas las malditas</i> Ricardo Viguera</p> <p><i>Sol y Sombra</i> Darío Zalapa</p>	